

Cinco espinas tiene La Rosa□□

Alejandra Abraham



Capítulo 1

Capítulo 1: Isabel

Isabel cerró sus ojos color esmeralda y se reclinó sobre la barandilla del barco. La fresca brisa salada arremolinaba su cabello del color de la noche y le recordaba que pronto perdería su libertad. Aunque lo cierto era que nunca había sido completamente libre.

Una profunda melancolía se apoderaba de su alma y si hubiera sido como cualquier otra joven de su edad, se hubiese dado el lujo de permitirse llorar. Sin embargo, Isabel nunca lloraba, ni siquiera lejos de la mirada severa de su padre.

Negó con la cabeza. Una parte en su interior siempre lo había sabido, llegaría el día en el que la casarían con algún miembro de una familia poderosa. Aun así, se había esforzado mucho en demostrarle a sus padres que era tan fuerte y lista como podían llegar a ser sus primos Sebastián y Diego. Si hubiese nacido hombre, sin dudas, sería el orgullo de su familia. Incluso se había encargado de administrar la estancia y de mantener a raya a los negros de los cultivos durante las frecuentes ausencias de su progenitor. Por desgracia, todos sus esfuerzos habían sido en vano.

Cuando falleciera Antonio Pérez Esnaola, y al carecer este de una estirpe masculina que heredara su campiña, posiblemente la administración quedaría en manos de alguno de los primos de Isabel, casi con seguridad de Diego, ya que Sebastián no tenía madera de patrón. A sus dieciséis años, el mayor de los muchachos había demostrado no tener ningún tipo de habilidad más allá de provocar los suspiros y de levantar las faldas de las jovencitas del pueblo.

No era justo que Isabel tuviese que ser exiliada a las colonias de la Corona, si era Sebastián quien hacía peligrar el honor de su familia y no ella. Una dama de su alcurnia no contradecía las decisiones de su señor padre, pero le había sugerido que quizás casar a alguna de sus hermanas con la familia Páez sería más sensato. Las malas lenguas comentaban que Amanda salía a cabalgar de noche sin la compañía de las criadas y su madre había encontrado algunas cartas que vaya uno a saber quién le enviaba a la pequeña Sofía, que con tan solo catorce años ya atraía las miradas de los hombres de su congregación.

Por supuesto que sus sugerencias no fueron escuchadas, pues ella era la mayor de las tres y tendría que ser la primera en abandonar la estancia que la vio crecer. Con diecinueve años, ya no podía seguir posponiendo lo inevitable. Sus palabras tan solo habían conseguido despertar la ira de su padre por criticar a sus hermanas y se había visto confinada a su habitación para ocultar la marca púrpura de la vergüenza que contrastaba

con la palidez de su rostro.

—Yo tampoco podría dormir si mañana fuera a conocer a mi prometido...
—la voz soñadora de Sofía sacó a Isabel de sus pensamientos.

—Sofi, es tarde. Deberías estar en la cama —replicó y su voz sonó más alta de lo que hubiese deseado.

Sofía tenía el cabello dorado y los ojos del mismo tono azul violáceo que los de su madre. Las joyas y las telas eran su debilidad y le gustaba leer a escondidas novelas románticas. Isabel la había descubierto en una ocasión espiando a sus primos mientras nadaban en el lago, por supuesto que no la había delatado. Aunque se jactaba de hacer siempre lo correcto, la joven tenía cierta debilidad por su hermana favorita y sus travesuras no lastimaban a nadie.

—Roberto Páez, Roberto Páez... —canturreó Sofía con picardía—. ¿Cómo crees que sea?

—Escuché que es tan rico como papá y el tío Óscar juntos —dijo Isabel encogiéndose de hombros.

—No me refiero a eso. ¿Crees que sea guapo?

—No lo sé, Sofía. No me preocupan esas cosas como a ti.

El rostro de la más pequeña de las Pérez Esnaola se tiñó de desconfianza.

—No te creo. Yo huiría de casa si papá me comprometiera con un viejo.

—Bueno, creo que por fortuna, en algo la suerte se puso de mi lado. Mi futuro esposo tiene tan solo veintiséis años y desde hace cinco años que él y su hermano menor son terratenientes en el virreinato del Río de la Plata.

—¿Cuántos años tiene su hermano? ¿Es soltero?—interrogó Sofía enseguida, acomodando uno de sus bucles detrás de su oreja.

—Creo que Esteban tiene veinte. ¿Por qué el repentino interés?

Pese a la oscuridad, la pálida luz de la luna delató que sus mejillas se habían teñido de un rosa suave.

—Bueno, si de mí dependiera me gustaría que fuésemos hermanascuñadas, porque de esa forma me podría quedar contigo en las colonias y no tendría que regresar sola a España —explicó Sofía con la mirada

perdida en la oscuridad de la noche.

—No seas tonta, Sofía. Tú no estarás sola, es a mí a quien entregan a otra familia. Tú seguirás con nuestros padres muchos años más. A decir verdad, incluso dudo que estén pensando en casar a Amanda pronto.

—Vale, pero es que te echaré mucho de menos —reconoció algo triste la pequeña.

Las hermanas regresaron a su camarote intentando no hacer ruido para no despertar a Amanda quien se había sumergido en un profundo sueño a pesar de las náuseas que le producían los movimientos del barco. Las esperaba un largo día en aquellas tierras lejanas de las que solo habían escuchado relatos que rozaban lo fantástico.

Capítulo 2

Capítulo 2: Sebastián

El puerto de Buenos Aires estaba atestado de esclavos, de pescadores e incluso de españoles. La niebla se arrastraba entre los puestos de los vendedores y acarreaba consigo un fétido aroma a pescado y a humanidad. Sebastián no pudo evitar fruncir la nariz.

—Me pregunto si un bufón le puso nombre a esta ciudad o acaso el fundador carecía del sentido del olfato —dijo. Su voz denotaba un cierto dejo de altanería que era característica en él.

Diego, su hermano menor, soltó una risa por la ocurrencia.

—¡Silencio, niños! Alguien podría oírlos —los reprendió su madre.

—Tonterías, mujer. ¿Acaso, te preocupa ofender a los esclavos o es a los pescadores a quienes buscas impresionar? —manifestó Óscar y María Esther optó por quedarse en silencio.

Habían realizado el viaje más largo de sus vidas, para celebrar la unión en matrimonio de Isabel, la mayor de las primas de Sebastián, pero no solo por eso toda la familia había cruzado el océano. Óscar se había hecho con unas nuevas y fértiles tierras en Buenos Aires y todo gracias a que le había prestado dinero a un pobre diablo que no había podido devolverlo a tiempo. Tendrían que poner los cultivos a funcionar y conseguir a alguien de confianza que los administrara antes de poder regresar a España. Sebastián esperaba que eso no fuese hasta dentro de mucho tiempo, por lo menos hasta que se calmasen un poco las aguas en su tierra natal. No era extraño que algunos hombres tuvieran hijos bastardos antes e incluso después del matrimonio, pero había embarazado a una joven lo suficientemente adinerada como para tener que llevarla al altar si sus padres se enteraban. Adriana había accedido con ingenuidad a darle algo de tiempo para arreglar sus asuntos y, por supuesto, él evitó mencionarle que estaban al otro lado del Atlántico.

Dos carruajes que transportarían a los nueve Pérez Esnaola hasta una de las mansiones de la familia Páez los estaban esperando. Los padres y los tíos de Sebastián intercambiaron algunas palabras con un chofer y luego les indicaron a las muchachas, a Diego y a él que subieran en uno de los vehículos.

Amanda se apresuró a sentarse junto a su primo mayor. La joven llevaba un elegante vestido verde que combinaba con sus ojos del mismo color esmeralda que tenían todos los Pérez Esnaola, con excepción de Sofía quien era idéntica a su madre, la tía Catalina. María Esther era prima de

Óscar por parte paterna, por lo que el matrimonio no había supuesto un gran cambio para ella, como solía decir la mujer.

—Les aseguro que no extrañaré el fétido aroma del puerto ni los mareos que padecí en el barco —comentó Amanda en cuanto el carruaje comenzó a ganar un poco de velocidad.

—Yo tampoco —reconoció Diego, quien sentado entre medio de Isabel y de Sofía con sus enormes vestidos, parecía aún más menudo de lo que era.

María Esther solía decir que Diego pronto pegaría el estirón y sería tan alto como su padre y su hermano. Llevaba tres años diciendo eso. Con quince años el menor de sus hijos se veía como un niño, mientras que Sebastián con tan solo un año más era un hombre con todas las letras.

Sofía estaba empeñada en continuar con su bordado, a pesar de los codazos que le daba al pobre Diego quien no se quejaba, porque por alguna razón todo el mundo siempre buscaba consentir a la pequeña. Tenía la belleza de una muñeca de porcelana y a Sebastián no le extrañaría que terminase casada con algún príncipe, pues era frágil, pero tenía la astucia de las mujeres que pueden conseguir cualquier cosa que se propongan.

Sebastián pasó gran parte del viaje intentando convencer a las muchachas de que el prometido de Isabel sería jorobado y deforme, pero por mucho que se esforzó, no pudo engañar a nadie. Los primos habían crecido en estancias vecinas y prácticamente se habían criado juntos. Las Pérez Esnaola lo conocían demasiado bien y ya casi no caían en sus bromas.

Más allá de las burlas contra Isabel, se sorprendía de la serenidad con la que ella había aceptado la decisión tomada por otros sobre algo tan importante en su vida. No pudo evitar pensar en Adriana, no es que estuviera enamorado de ella o algo así, pero quizás abandonarla en ese estado no había sido la decisión correcta. Intentó apartar aquellos pensamientos, pues ahora él era parte del Nuevo Mundo y su pasado había quedado lejos, aunque los fantasmas en su mente se empeñasen en no dejarlo olvidar.

—Nos dijo mi padre que el vuestro ha comprado unas hectáreas y que será dueño de una estancia llamada La Rosa. ¿Es eso cierto, Sebastián?
—preguntó Amanda cuando el muchacho desistió de molestar a Isabel.

—Comprar, comprar, digamos que no, pero sí adquirió unas tierras y viviremos algún tiempo por aquí.

—No es justo. No solo pierdo a mi hermana, sino también a mis primos

—se quejó Sofía haciendo un puchero exagerado.

—Con mi compañía debería ser suficiente, hermanita —se burló Amanda.

—Sabes que no será lo mismo sin ellos —replicó la joven de cabellos dorados.

—Lo sé, pero a menos que convencas a papá de que nos mudemos aquí, no tenemos muchas opciones —comentó Amanda acomodándose su trenza de color castaño.

—No sería una mala idea —dijo Sofía apoyando con tristeza la cabeza sobre el hombro de su sonrojado primo menor.

Sebastián estaba casi seguro de que la joven disfrutaba incomodando al muchacho con su cercanía. Si Diego contaba con un poco de suerte le permitirían casarse con Sofía, como sus propios padres lo habían hecho.

Llegaron a la mansión porteña de los Páez antes de la puesta del sol. Su tío Antonio les había informado que pasarían la noche allí y por la mañana partirían los nueve hacia La Rosa.

Los recibieron algunos criados en la entrada y los ayudaron con el equipaje. Una vez que todos estuvieron dentro de la blanca mansión, hicieron acto de presencia los hermanos Páez. Huérfanos de padre y madre debían ser los millonarios más jóvenes de todo el virreinato. Ambos eran bastante atractivos, por lo que Isabel debía sentirse aliviada. Llevaban el cabello rubio muy corto y la barba prolijamente cuidada. Sus profundos ojos marrones los hacían parecer mayores de lo que eran. Tenían mucha prestancia.

El más fornido de los dos se presentó como Roberto y después de saludar con cordialidad a los señores Pérez Esnaola y a sus esposas, besó la mano de su prometida quien tenía el rostro pétreo cual estatua de mármol. «Será un matrimonio sin pasión, como la mayoría», reflexionó Sebastián.

Sofía no lograba apartar la vista de Esteban, quien se esforzaba en esquivar la mirada de la joven. Todos comenzaron a intercambiar saludos y presentaciones corteses. Tanta formalidad aburría a Sebastián, quien solo deseaba una cena rápida y después poder irse a descansar.

Capítulo 3

Capítulo 3: Amanda

Durante la cena, Amanda casi no probó bocado. Llevaba el corset tan apretado que incluso respirar le resultaba difícil. La conversación giró en torno a Isabel y luego viró a cuestiones políticas. Como debía ser, ella y sus hermanas se mantuvieron al margen.

Después de que las criadas retiraron los platos, los mayores insistieron en que Sofía interpretase una melodía en el lujoso piano de los Páez. Fingiendo modestia, la más pequeña de las Pérez Esnaola evadió en un principio la propuesta. Sin embargo, no tardó en ceder a las insistencias de su madre. Lo cierto era que a diferencia de Amanda, a Sofía le encantaba ser el centro de atención y no desaprovechaba ninguna oportunidad para demostrar los dones que Dios, sus institutrices y maestros le habían dado.

Todos pasaron una hermosa velada. Después de tanto tiempo en el mar, Amanda agradecía estar en tierra firme. Si de ella dependiera, no regresaría de nuevo a España y no porque no extrañase su tierra natal, sino porque no se creía capaz de sobrevivir a otra travesía en el océano.

Lo único que había disfrutado de aquel viaje había sido contemplar por primera vez en su vida a unos pintorescos peces que acompañaban la embarcación cuando bordearon las costas del Brasil. Los marineros los llamaban: delfines y a la joven le había reconfortado escuchar las historias que narraban de aquellas criaturas que, según decían, rescataban a los naufragos de las embarcaciones. Por fortuna, no habían naufragado, pero sí habían atravesado tormentas terribles y visto olas tan grandes como barcos enteros. Sebastián aseguraba haber distinguido el ojo de un kraken en una de las olas, pero ya todos en la familia ignoraban sus cuentos.

Amanda sabía que la mayor parte de las historias de Sebastián no eran más que intentos por llamar la atención, pero lo cierto era que la hacían reír bastante. Le gustaba pasar tiempo con él, porque algunas veces era el único que la hacía partícipe de su vida, aunque fuera solo para que lo cubriera con sus tíos, cuando quería escabullirse con alguna joven del pueblo. Su primo se había ganado en poco tiempo la fama de rompecorazones y con ello la enemistad de muchos de los miembros de las familias de sus conquistas. Ella estaba segura de que empezar de nuevo y dejar atrás su pasado, sería la mejor opción para él.

Amanda observó por un instante al mayor de sus primos. Él la descubrió enseguida y le regaló media sonrisa al mismo tiempo que acomodaba hacia atrás su cabello negro y ondulado. La muchacha le devolvió la

sonrisa y no pudo evitar pensar que la mujer que se convirtiera en la esposa de Sebastián, tendría que esforzarse mucho para ganarse su corazón, pues sin dudas tendría mucha competencia. Su primo era muy guapo.

Apartó la mirada y sus pensamientos del joven para preguntar con timidez a los dueños de casa por una pequeña estatuilla de elefante que reposaba sobre la madera lustrada del piano en el que había estado tocando su hermana.

—Nuestra querida madre le tenía mucho aprecio a esta pequeña pieza de bronce. Son muy comunes en las Indias —se apresuró a responder Esteban, el menor de los hermanos Páez.

—Es muy hermosa. Sin dudas su madre tenía buen ojo para el arte —respondió Amanda, algo avergonzada, pues era consciente de que todos en la sala tenían su atención puesta en ella.

Sofía por su parte, la fulminaba con la mirada. Quizás hubiese estado esperando algún cumplido o reconocimiento por parte de Esteban quien no parecía interesado en ella en absoluto. Sin embargo, la intención de Amanda no había sido opacar el talento de su hermana y cuando pensó que la velada no podía tornarse más incómoda, Diego comenzó a hablar:

—A mi prima Amanda le encanta el arte. Sus dibujos son muy hermosos.

—Sin dudas sería un enorme placer poder contemplar su arte, mi bella dama —dijo Esteban.

—Le agradezco, pero para ser sincera son solo bocetos. Mi primo tan solo exagera —respondió la joven sin ninguna intención de develarle a un extraño aquellos recortes de la realidad que hacía.

Los dibujos realizados con carbonilla que creaba Amanda eran realmente muy buenos. Sebastián le había dicho en más de una ocasión que tenía el don de capturar la esencia que emanaba desde el alma de las personas. Sus primos y sus hermanas eran sus modelos favoritos y no necesitaba someterlos a que posasen durante horas. No, ella prefería captar los momentos en pleno movimiento y así sus dibujos parecían cobrar vida.

Tenía una muy buena memoria visual y podía dibujar lugares, animales o personas que hubiera visto años atrás con una claridad asombrosa. Aun así, sus dibujos eran muy personales y no le gustaba mostrarlos, mucho menos si se trataba de alguien a quien ni siquiera conocía.

Entrada la noche, se retiraron a las que serían sus habitaciones. Amanda estaba exhausta y se durmió apenas apoyó la cabeza en la almohada de plumas. Quizás hubiera dormido igual de bien si se hubiese acostado

sobre el suelo, siempre y cuando el piso no se moviese como en aquel barco infernal.

Sus sueños estuvieron cargados de recuerdos del campo que la vio crecer. Podía sentir la frescura del rocío sobre la hierba bajo sus pies descalzos y escuchaba el canto de los zorzales a su alrededor. La rodeaban y aquella melodía parecía atraer a más aves que pronto se tornaron pájaros negros. Una bandada de aves de rapiña se amontonaba y amenazaba con cubrir el sol.

Se despertó sobresaltada al despuntar el alba y no se atrevió a volver a conciliar el sueño. Sus hermanas dormían a ambos lados de su cama con el semblante sereno. No quería perturbar la calma de sus sueños y aguardó hasta que su madre fuese a despertarlas. Partirían pronto hacia la estancia La Rosa. Deseó con todas sus fuerzas que los buitres no encontraran allí a su familia.

Capítulo 4

Capítulo 4: Diego

Los nueve Pérez Esnaola se quedaron maravillados con los alrededores de la estancia en la que iban a vivir a partir de ese momento. Centenares de rosales, con rosas de diferentes colores y tamaños, bordeaban el camino de tierra que conducía a la entrada principal. Detrás de ellos se extendían cultivos de un verde muy intenso que parecían fundirse con el horizonte.

Cuando Diego bajó del carruaje distinguió el murmullo del agua de un arroyo cercano y apreció extasiado el aroma de las flores. Era un lugar aún más hermoso que el campo que lo había visto crecer.

Con cortesía le dio la mano a cada una de sus primas para que descendieran del carruaje. Las tres lucían radiantes y hermosas. La belleza del lugar había extinguido cualquier atisbo de cansancio que pudieran tener. Sin dudas, aquella travesía había valido la pena.

Óscar, el padre de Diego, se había ocupado de enviar a Leónidas, un joven sirviente de confianza, para que se encargara de acondicionar el lugar antes de que ellos viajaran, por lo que el interior estaba impecable y completamente amueblado. Diego recordaba con mucho cariño a Clara, la madre del muchacho, quien había sido su niñera. La muerte de la mujer fue muy dolorosa para él y para Sebastián, pues habían pasado más tiempo con ella que con su propia madre. Leónidas había escogido desde muy pequeño seguir trabajando con los Pérez Esnaola y todos le tenían mucho aprecio. Si bien no era demasiado listo, era bastante organizado y servicial.

Bajo y regordete como lo recordaban llegó corriendo apenas entraron por la puerta principal. Tenía las mejillas tan rojas y castigadas por el sol que, en contraste, sus pequeños ojos azules parecían resplandecer.

Ignorando las críticas de su madre, Sebastián abrazó a Leónidas con fuerza. Clara había sido su ama de cría, lo que convertía a los muchachos en hermanos de leche. Diego se alegraba de ver al joven, pero no compartía la impulsividad de su hermano mayor, ya que sabía bien dónde estaba el límite con los empleados.

Una vez que se instalaron y descansaron, Amanda les propuso a todos ir a caminar por los alrededores para familiarizarse con el lugar. Isabel rechazó la oferta alegando tener dolor de cabeza, pero Sebastián, Sofía y Diego aceptaron de buena gana.

El sol brillaba alto en el cielo despejado por lo que sus primas tenían sus sombrillas. Hacía bastante calor y Diego no comprendía cómo hacían las

jóvenes para no desfallecer con los enormes y ornamentados vestidos que llevaban puestos.

—Estoy seguro de que tiene que haber un arroyo cerca de aquí —dijo Diego una vez que los cuatro salieron de la vivienda.

No tuvieron que caminar demasiado para toparse con el curso de agua, pero no fue lo único que encontraron.

Sofía soltó un grito muy agudo y se cubrió el rostro con las manos, aunque dejando los dedos lo suficientemente separados como para poder seguir observando la escena. Amanda dio media vuelta con el rostro teñido de un adorable rosado, mientras que Sebastián parecía divertido.

Habían sorprendido en el agua a una pareja teniendo un encuentro íntimo. Era la primera vez que Diego veía algo así y aunque sabía que no debía, no pudo apartar la vista ni por un segundo de la morena que salía corriendo desnuda del agua, avergonzada por haber sido descubierta en tan pecaminoso acto.

—¡No te vayas! —la llamó el muchacho desde el agua, pero ella lo ignoró, cogió su ropa a toda velocidad y se fue corriendo sin mirar atrás.

—Lamentamos haber arruinado tu encuentro —dijo Sebastián con sinceridad.

—Descuida. Mientras no le digan a mi abuela que andaba con una de las paisanas, está bien.

—¿Quién es su abuela? —preguntó Sofía quitándose la mano del rostro y mirando al joven que seguía en el agua como Dios lo trajo al mundo.

—Doña Rosa Ferreira, dueña de las tierras de más allá de aquella colina. Ustedes deben ser nuestros nuevos vecinos, los Pérez Esnaola, si es que Leónidas no me mintió.

Sebastián confirmó las palabras y le dijo los nombres de todos. En algún momento, Amanda se había volteado a mirar al joven. ¿Acaso Diego era el único al que le parecía de lo más vergonzoso estar teniendo una conversación con alguien desnudo y en presencia de dos inocentes damas?

—Un placer, pueden llamarme Pablo y les recomiendo nadar un rato pues el agua está exquisita.

—¿Podrías, por favor salir y ponerte algo de ropa?, estás incomodando a mis primas —pidió Diego en voz baja, aunque ellas se veían mucho menos

incómodas que él.

Pablo se encogió de hombros y salió del agua. Era guapo y arrogante, lo cual molestaba de sobremanera a Diego y no se molestó en disimular su desnudez mientras iba por su ropa. Amanda y Sofía se reían por lo bajo y se susurraban cosas al oído. Diego estaba muy decepcionado de ellas, pero en especial de Sebastián a quien no parecía molestarle nada de aquel encuentro tan inoportuno. Era el hermano mayor y se suponía que debía tener la responsabilidad de velar por el honor de las mujeres de su familia.

—¿También eres español? —preguntó Sebastián una vez que Pablo se puso los pantalones de montar.

—Soy criollo. Mis padres iban a llevarme a conocer España, pero la fiebre se los llevó el invierno pasado.

—Siento mucho oír eso. Le diré a nuestros padres que organicen una cena un día de estos. Puedes venir con tu abuela y juro por Dios y por la vida de Diego que ninguno de nosotros revelará tu secreto —dijo Sebastián poniendo una mano en el hombro de su hermano.

—No deberías jurar y mucho menos por una vida ajena —replicó el aludido.

—Ya está hecho ante los ojos de todos y de Dios. Un juramento que ninguno puede romper.

—No diremos nada. Lo juro —agregó Amanda con malicia.

—Prometo no decir nada —dijo casi con dulzura la más pequeña de las hermanas.

Diego terminó aceptando de mala gana. No le agradaba Pablo en lo más mínimo, carecía de moralidad y se había ganado la simpatía de su hermano y de sus primas con demasiada facilidad. Tendría que tener cuidado con el criollo, de eso Diego estaba seguro.

Capítulo 5

Capítulo 5: Sofía

Los días que siguieron a la llegada de los Pérez Esnaola a la estancia fueron tan cálidos y soleados como el primero. Pablo Ferreira y Sebastián habían congeniado muy bien desde su primer encuentro en el arroyo. El criollo había conocido a Leónidas algunas semanas atrás y en los momentos en los que el muchacho no estaba haciendo algún recado para los señores de la casa, los tres disfrutaban las tardes juntos.

Amanda y Sofía no le habían mencionado a Isabel las circunstancias en las que habían conocido a Pablo aquella tarde en el agua. Sería su pequeño secreto, puesto que si bien adoraban a su hermana mayor, siempre había sido muy correcta y más ahora que estaba a punto de convertirse en la señora Páez.

Su primer domingo en el virreinato del Río de la Plata llegó y todos los miembros de la familia se vistieron con suma elegancia. Acudirían por primera vez al pueblo más cercano para asistir a misa y aquello significaba que iban a conocer a todos los habitantes del pueblo y de la campiña. Sofía estaba muy emocionada.

La joven se recogió su largo cabello rubio con una peineta de marfil que su tío le había traído de uno de sus viajes. Estaba muy hermosa y lo sabía, mas eso no evitó que se sonrojara un poco cuando se encontró con Pablo en la entrada de la iglesia y la elogió con una sonrisa seductora dibujada en su encantador rostro.

—Mi señor es muy amable —respondió ella inclinando apenas su cabeza.

Los padres de los chicos ya conocían a Pablo quien había ido a presentar sus respetos en nombre de su abuela puesto que eran los vecinos más cercanos. La mujer se había excusado, por no poder ir ella misma, ya que padecía un fuerte dolor de espalda. Sofía reflexionó en que el dolor debía ser muy fuerte ya que le había impedido incluso asistir al culto.

Los humildes feligreses que pasaban frente a ellos los observaban como si fuesen pájaros exóticos y aquellos que iban mejor vestidos se presentaban. Sofía se percató de que la mayoría de los que asistían a la única iglesia que había, y alrededor de la cual se alzaba el pequeño pueblo, eran personas humildes en su mayoría familias de gauchos. Los mestizos, mulatos y zambos superaban en número a los españoles y criollos en aquel lugar. La joven pensó con amargura que le sería muy difícil encontrar gente de bien con la cual trabar amistad. A decir verdad,

no había casi muchachas de su edad.

El párroco era un hombre joven de cabello color trigo y unos ojos miel que reflejaban paz interior. Se identificó ante los recién llegados como el padre Facundo y les dijo que él también era bastante nuevo en el pueblo. Lo habían asignado allí hacía poco. Parecía demasiado amable, una cualidad de la que solían carecer los poderosos. Sofía esperaba equivocarse, pero no le veía madera de líder espiritual al sacerdote. Más aún, teniendo en cuenta que las puertas de la casa de Dios se encontraban abiertas incluso para los vagos y los rufianes.

Sofía no pudo evitar darse cuenta de que el padre llevaba el ruedo de la túnica gastada y las mangas remendadas. También, tenía las manos curtidas de quien ha trabajado mucho. Era posible que el hombre hubiese tenido que hacer un gran sacrificio para poder llegar al lugar en el que estaba. Su padre despreciaba a ese tipo de personas y los llamaba «escaladores sociales». Desde pequeña le habían inculcado tanto a ella como a sus hermanas que Dios colocaba a las personas en donde tenían que estar y querer cambiar eso era un desafío a su grandeza. ¿El párroco estaría desafiando a quien decía servir? o acaso, ¿Antonio Pérez Esnaola exageraba al meterlos a todos dentro de la misma bolsa?

La misa resultó distendida, algo a lo que Sofía no estaba acostumbrada. En la catedral, a la que asistían en España, los minutos parecían durar horas y los sermones eran tediosos y aburridos. Sin embargo, Facundo daba vida a través de sus palabras a los sucesos bíblicos de forma muy interesante, era como escuchar la narración de una buena pieza literaria.

No faltó la oportunidad para que los nuevos españoles tomaran la palabra y se presentaran ante todas las personas del pueblo y de los alrededores, quienes escuchaban con suma curiosidad. Tampoco faltó quien preguntara por las últimas noticias que sucedían en el viejo continente.

El joven párroco invitó a los muchachos y señoritas en edad de merecer a que salieran con él a los jardines de la iglesia. Los matrimonios y los viudos se quedarían en el salón principal para escuchar la voz de la experiencia que una pareja de ancianos cercana al cura les transmitiría. Mientras que una mujer condujo a los niños hacia una habitación contigua al confesionario.

La madre de las jóvenes Pérez Esnaola se negó al principio a separarse de sus hijas solteras y dejarlas marchar con un grupo en el que se incluían muchachos, y por si fuera poco, personas de los más bajos estratos sociales. Aun así, la última palabra siempre la tenía su marido y guardó silencio cuando este manifestó que aprobaba que sus hijas se relacionaran con las demás familias pudientes del pueblo. Al fin y al cabo, irían con el cura y a Catalina le habían enseñado a callar y a respetar los deseos de su marido por más que no estuviese de acuerdo. Con el permiso de sus

padres Sofía, sus hermanas y sus primos salieron hacia el jardín que rodeaba la construcción, mientras que los mayores permanecieron en sus asientos.

Pablo se acercó a Sebastián no sin antes lanzarle una mirada cargada de intención a Sofía, quien volvió a sonrojarse ante sus ojos marrones llenos de pasión. Por su parte Leónidas, que había ido con ellos manejando el carruaje pero que se había mantenido alejado por respeto a sus patrones, se tomó la libertad de acercarse al grupo.

Ahora que tan solo los jóvenes, los rechazados y las solteronas se habían puesto de pie, Sofía se dio cuenta de que eran muchos más de los que había pensado en un primer momento. Unos cuantos grupos de adolescentes por sus atuendos parecían contar con un estatus aceptable para ella. Con un poco de suerte no tardaría en formar lazos de amistad con algunas señoritas influyentes del pueblo.

Todos siguieron al sacerdote de buena gana. Muchos iban conversando entre amigos, tal era el caso de Sebastián, Pablo y Leónidas a los que Sofía escuchó comentando por lo bajo que había un grupo de damas muy guapas. No pudo evitar sentir una pizca de envidia hacia ellas que habían acaparado las miradas de los muchachos.

No era común que las españolas frecuentaran espacios en los que hubiera hombres sin estar acompañadas por su madre, por alguna criada o alguna mujer casada de confianza. Las nuevas tierras le estaban permitiendo a Sofía otro tipo de libertad. Aquella libertad que hasta ahora tan solo había conocido en las novelas románticas. Se preguntó si también allí encontraría aquel amor del que se hablaba en los libros, un amor incondicional y pasional. ¿Acaso podría ser Pablo Ferreira quien ganara su corazón?

Capítulo 6

Capítulo 6: Isabel

Isabel procuró mantenerse cerca de sus hermanas en el trayecto hacia los jardines de la iglesia y lejos de los peones de los campos. No le gustaba la confianza con la que se movían entre las personas decentes como si se creyeran iguales. Tampoco le agradaba la familiaridad que existía entre su primo mayor y Leónidas. Algunos límites eran peligrosos de cruzar.

Habían colocado sobre el césped sillas de madera suficientes para que todos pudieran sentarse. Los varones se dirigieron al grupo de la derecha, mientras que las mujeres se colocaron en el de la izquierda. El padre Facundo, por su parte, se quedó de pie delante de ambos grupos y esperó en silencio a que los murmullos se apagaran y todos se hubiesen acomodado.

—Me llena de alegría encontrar tantas caras nuevas en la casa de Dios. Espero que se sientan acogidos aquí por todos nosotros y quiero que sepan que si necesitan cualquier cosa estoy a su servicio. No me gusta hablar por los demás, pero podría poner las manos en el fuego de que también pueden contar con el apoyo de todos los humildes hermanos aquí presentes —dijo el párroco con la bondad de quien entregó su corazón al Señor.

Isabel se vio en la obligación de responder en nombre de la familia puesto que sus primos no pronunciaron palabra alguna:

—Muchísimas gracias, padre. Dios lo bendiga.

El sacerdote le respondió a la joven dama con una inclinación de cabeza y agregó:

—Veo aquí a otra persona nueva a quien no tuvimos la oportunidad de escuchar. Por favor, me gustaría que nos contaras algo sobre ti —dijo el padre Facundo invitando a Leónidas a hablar.

—Me temo que no soy más que un criado —se excusó el muchacho muerto de vergüenza.

—Un buen y humilde hombre que se gana la vida de forma honesta, querrás decir. Yo también soy un servidor, pero a quien yo sirvo está más allá de esta tierra. Todos los presentes servimos al Señor o por lo menos deberíamos. Además, tenemos una misión que nos ha encomendado, es por eso que estamos aquí en distintos lugares, pero con un fin común que es cumplir lo que él tenga planeado para nosotros. Así que no seas tímido, hijo mío, porque en este momento todos somos iguales ante los ojos de

Dios.

Isabel no podía creer el ímpetu del párroco. Comentarios como aquellos solo podían incitar al descontrol y al caos. ¿Acaso no se daba cuenta de que sembrando ese tipo de ideas podía llevar a que los peones se envalentonaran contra sus patrones?

Miró a su alrededor y la gente parecía embelesada o hipnotizada por el cura. Las mujeres incluso soltaban suspiros y susurraban la aprobación ante aquellas palabras que si las escuchara su padre, tildaría de herejías.

—Me llamo Leónidas y trabajo como ayudante en la casa de los Pérez Esnaola —dijo el criado mientras que el iluso de Sebastián le daba una palmada de aliento en el brazo.

Isabel negó con la cabeza. No entendía cómo hacía su primo para ir en contra de todo lo que se le había enseñado. El mayor de los Pérez Esnaola era sin lugar a dudas un rebelde sin causa.

Quizás se estaba precipitando y el padre no quería incitar a una revolución. Tal vez, tan solo buscaba darle ánimos a un muchacho un poco tímido y corto de inteligencia. Sin embargo, desde el primer momento en que lo había visto, Isabel supo que algo no estaba bien con aquel hombre. Parecía demasiado humilde, demasiado amable y era demasiado guapo como para ser un simple cura.

Isabel tenía buen ojo para detectar las intrigas y traiciones. Gracias a ella habían frustrado una fuga de esclavos en sus campos de España. Aunque era una mujer podía tener la sangre fría que se necesitaba para hacerse respetar. Había mandado a azotar a quienes habían planeado la huida. No tuvo piedad y se sentía orgullosa de haber podido ayudar a mantener el orden de la estancia.

Si de ella dependiera se encargaría de administrar las tierras de su padre, pero pronto se iba a casar y sus sueños jamás se harían realidad. Su tío le había dicho que Roberto Páez, su futuro esposo, era un hombre de carácter que sabría cómo lidiar con ella. Ese tipo de comentarios no le agradaban en absoluto, pero había optado por no darle el gusto al hombre de responder algo mordaz y comenzar una pelea. Era lo bastante lista como para saber las batallas que podía ganar y las que no.

La voz del padre Facundo apartó a Isabel de sus pensamientos. El párroco animaba a los feligreses a que compartieran sus preocupaciones. Ya fueran personas humildes o adineradas y tanto hombres como mujeres hablaron de sus problemas y fueron escuchados por sus hermanos que rezaron para que Dios no se olvidara de ellos. Otros se limitaron a dar las

gracias o bien compartieron los nuevos acontecimientos de sus vidas.

Una pareja de criollos llamados Franco y Alicia pronto se casarían. Ambos se veían radiantes y se sonreían a la distancia. Isabel dudaba de poder sentir alguna vez algo semejante y no pudo evitar odiarlos en silencio.

La joven se extrañó un poco al darse cuenta de que Pablo Ferreira no pidió por la salud de su abuela. Quizás la relación entre ambos no era demasiado buena, pero tenía entendido que era la única familia cercana que le quedaba. Luego reflexionó que era posible que por algún motivo la mujer estuviera fingiendo su dolencia. Sofía le había contado que los campesinos se referían a la anciana como la Viuda Bruja. Si hubiera sido ella la que los hubiese oído en lugar de su hermana menor, los habría mandado a azotar por semejante insolencia hacia una mujer española. Sin embargo, no dejaba de despertarle un poco de curiosidad aquella dama a la que aún no había conocido y se preguntaba qué habría de cierto en las habladurías de los peones.

Capítulo 7

Capítulo 7: Sebastián

A pesar de que Sebastián consideraba que lo mejor del virreinato eran los momentos en los que podía salir a cabalgar por la inmensidad de la campiña sintiéndose en libertad junto a Pablo Ferreira, aquello no era más que una pequeña muestra de lo que el nuevo continente tenía para ofrecerle. El criollo y él habían trabado una muy buena amistad y estaba maravillado por las aventuras que su amigo había vivido. A pesar de que era muy joven, demostró tener mucho valor defendiendo sus tierras de los malones e incluso había herido de gravedad a un grupo de indios salvajes. También, obtuvo una pequeña fortuna contrabandeando algunas mercaderías para un amigo inglés y se ganó el corazón de una docena de damas hermosas. Sin lugar a dudas, Sebastián lo admiraba gracias a sus proezas.

Después de la reunión de jóvenes, que había tenido lugar en la iglesia, conversaron con los hijos de las personas más influyentes del pueblo. Eso se lo debían a Sofía que tenía buen ojo para darse cuenta con quiénes convenía trabar amistad. De no haber sido por ella quizás los Pérez Esnaola no habrían sido incluidos en la selecta lista de invitados que solían asistir a las tertulias que tenían lugar en las casonas más lujosas.

Al igual que Sebastián, las familias poderosas del virreinato amaban las reuniones con música, baile y gente dispuesta a tener conversaciones interesantes. Por fortuna, Pablo Ferreira también solía asistir a las tertulias y aquella noche de domingo había llevado a escondidas una botella de un excelente vino especiado.

—Estoy seguro de que mi abuela no se dará cuenta. Solo tengo que procurar llenar luego la botella con vino de un tonel barato y volver a sellarla —dijo intentando convencerse a sí mismo.

—Seguro —dijo Sebastián para animarlo bebiendo un poco de vino directamente de la botella.

Tal vez, podría haber tomado cualquier copa de la mesa en donde estaban los invitados, pero eso hubiese implicado tener que volver a pasar por el salón en donde varias parejas se encontraban bailando. Era mejor permanecer en aquel sitio apartado del patio en compañía de Pablo y de dos hermosas damas que habían logrado escabullirse lejos de la mirada de las mujeres mayores.

A decir verdad, solo Magdalena era una joven soltera, puesto que también los acompañaba Ana, la nueva esposa de Juan Bustamante, el viejo dueño de la casona en la que estaban. La anfitriona que contaba con apenas

quince años, luego de tomar varios tragos con ellos, les confesó que su vida era un calvario.

—No entiendo cómo pudo tu padre obligarte a ser desposada por un hombre tan mayor y carente de elegancia —dijo Magdalena intentando consolar a su amiga.

Ana se acomodó algunos mechones rubios de cabello que amenazaban con escaparse de su peineta y respondió:

—No tuve opción, querida. Aunque mis hermanos hubieran estado encantados de que llevara mi caso a la justicia para que así mi padre pudiese desheredarme. No me convenía en absoluto. Lo habría perdido todo.

—Es tan injusto —se quejó Magdalena.

—Tienen toda la razón, preciosas damas. Me gustaría citar las palabras del padre Facundo cuando en aquella reunión dijo que para que un matrimonio sea armonioso y feliz debe haber amor en la pareja. Yo me pregunto entonces: qué clase de amor puede haber cuando prácticamente las fuerzan a desposarse con hombres a los que no aman. Cuando yo me case no solo me gustaría escoger a mi esposa, sino que ella también elija estar conmigo. Quiero que nos amemos con dulce pasión, con salvaje locura... —dijo Pablo con la sabiduría de un experto conquistador de mujeres y pronunció sus últimas palabras con sus profundos ojos marrones perdidos en las esferas celestes que eran los de Magdalena.

El calor no solo había alcanzado las mejillas de la muchacha que el criollo derretía con la mirada, sino que Ana también había comenzado a abanicarse sonrojada. Era una mujer preciosa y quizás si no hubiera estado casada, Sebastián podría haber considerado cortejarla.

—¿Qué me dice usted, recién llegado? ¿Está de acuerdo con su amigo? ¿Cree que debería haberme arriesgado a perderlo todo para ir en contra de la voluntad de mi padre y de mi señor esposo? —Ana habló con una seducción y un valor que tan solo el alcohol le podría conferir a una dama como ella.

—Yo creo, mi señora, que quizás tomó decisiones antes de haber conocido el verdadero amor —dijo Sebastián acercándose a la dama.

—Hay quienes piensan que el amor llega con el tiempo, con la convivencia. ¿Cree usted que se encuentren equivocados?

El azul profundo de los ojos de Ana resultaba hipnotizante para Sebastián que, con la razón nublada ante semejante belleza, estuvo a punto de cometer un acto de locura y besar a la mujer de otro hombre, frente a

Pablo y Magdalena. Aunque ellos habían estado entretenidos conversando en voz baja, el criollo demostró ser un amigo leal al llevarse a Magdalena del lugar.

—Será mejor que regresemos al salón a bailar un poco, antes de que tu madre comience a preguntarse por tu ausencia —sugirió Pablo guiando a la joven al interior de la vivienda.

Sebastián y Ana se quedaron a solas en el patio, sentados en un banco de piedra e iluminados por la tenue luz de la luna llena. El cielo estaba despejado y decorado por infinitas estrellas que brillaban solo para ellos.

Quizás, si en ese preciso momento alguien se hubiese asomado por la ventana podría haber distinguido a los dos jóvenes que seducidos por lo prohibido, encontraban en el pecado un deseo incomparable. Sebastián había estado con varias mujeres a lo largo de su vida, pero había algo en Ana que nublaba su razón y su juicio. Un amorío con la mujer de un empresario como Juan Bustamante era más peligroso que jugar con fuego, pero en ese momento sintió que por ella valía la pena arriesgarse.

Lo invadió el deseo de darle un rápido y apasionado beso, sin embargo, decidió regresar a la tertulia antes de que sus familias comenzaran a preocuparse por su ausencia. Hubiera sido muy peligroso ganarse la enemistad de una familia poderosa como la suya. Por otro lado, no quería aprovecharse de una dama bajo los efectos del alcohol.

Aquella noche permaneció grabada a fuego en el corazón del español que no podría dejar de pensar en Ana de Bustamante; esa joven hermosa, impulsiva y seductora que a partir de ese momento estaría presente en todos sus sueños. Deseaba con todo su ser sentir por primera vez el calor de sus labios y la suavidad de su piel. Se juró a sí mismo que haría todo lo que estuviese a su alcance para conseguir que ella fuera suya.

Capítulo 8

Capítulo 8: Amanda

La sala estaba abarrotada de personas que bailaban, hablaban y bebían, pero Amanda se sentía profundamente sola en medio de la multitud. A su lado se encontraba Sofía que fingía escuchar a María, la hija menor del dueño de la casa. La niña, de unos once años, había perdido a su madre por una enfermedad repentina. Se quejaba de su insoportable madrastra que era un poco mayor que ella. Sofía no prestaba atención a la conversación y lanzaba miradas furtivas a Pablo Ferreira que estaba bailando con una muchacha muy guapa.

Amanda buscó a su familia entre la multitud. Sus padres, sus tíos e Isabel conversaban con Juan Bustamante que tenía una copa en la mano y las mejillas enrojecidas. Casi con seguridad estarían platicando sobre negocios, política o asuntos de la campiña. Amanda prefería mantenerse al margen de ese tipo de charlas.

Distinguió a Diego jugando un partido de cartas con un grupo de muchachos de su edad y parecían muy entretenidos. Amanda suspiró aburrida mientras se preguntaba cuánto tiempo más debería permanecer allí antes de que pudiera regresar a La Rosa. Quizás, si hubiese llevado sus materiales de dibujo, podría haberse sentado alejada de las miradas curiosas e inmortalizado la esencia de la reunión.

Todos los presentes estaban tan preocupados por intentar sobresalir entre los demás asistentes que ella fue la única en notar que Sebastián había regresado a la reunión tras una ausencia considerable. Pocos minutos después ingresó en la sala la anfitriona. Su andar delataba, que al igual que su esposo, había bebido de más. Sin embargo, no había estado bebiendo con él precisamente. Aunque guardando una distancia prudente, Sebastián y ella no dejaban de mirarse.

Amanda se puso de pie y cruzó la habitación hasta llegar a Sebastián. Era posible que nadie se hubiera dado cuenta de su arriesgada jugada, pero si no tenía un poco de cuidado acabarían por descubrirlo.

La cercanía de su prima obligó al muchacho a apartar la vista de la sensual anfitriona que había interrumpido el baile de Pablo Ferreira al arrastrar del brazo a su compañera. Ese movimiento no pasó desapercibido y generó que un murmullo, similar al agua que corre en un arroyo, se extendiera por la habitación.

—Querida Amanda, ¿te diviertes? —preguntó Sebastián reparando en ella.

—Me temo que no —reconoció la joven.

—Entonces, tendré que remediarlo de alguna forma. ¿Me concederías esta pieza? —propuso extendiendo una mano hacia la joven e inclinándose con el otro brazo detrás de la espalda.

—Me parece bien. Quizás bailar haga mi noche un poco más tolerante, aunque seguro que más de una me odiará por acaparar tu atención —aceptó Amanda divertida y se dejó guiar por su primo.

—Nadie podría odiarte, querida.

Sebastián bailaba muy bien y la guiaba con total naturalidad. Sus brazos la reconfortaban y la hacían sentirse completamente cómoda.

Antes de que la canción terminara, Sofía entró también a la pista de baile en compañía de Pablo a quien no le costó ningún esfuerzo encontrar una nueva compañera. Sin lugar a dudas, hacían una pareja preciosa. Él era alto, moreno y guapo y ella tenía el porte de una princesa.

En compañía de su primo y guiados por la hermosa música de un pianista, la noche de Amanda mejoró muchísimo. Se olvidó por un momento de la mirada de la gente, de los murmullos y de las malas lenguas; tan solo importaban ellos y la mágica melodía que la transportaba a otro mundo.

Bailaron durante horas, sin percatarse del paso del tiempo más que por el cambio en el ritmo de la música. Ya estaban exhaustos cuando Diego les dijo que era hora de regresar a la estancia.

Sebastián sugirió despedirse de la anfitriona, pero no la encontraron. Era muy entrada la noche y la mayoría de los invitados ya se habían marchado, era probable que la mujer se hubiera retirado a sus aposentos a descansar.

Pablo y Sofía también habían estado bailando durante la mayor parte de la noche, y si hubiera sido por ella, quizás nunca se hubiesen detenido, ya que suplicó:

—Solo una pieza más...

—Me temo que es tarde, querida prima y nuestros padres ya están saliendo de la fiesta —respondió Diego guiando a Sofía hacia la salida con suavidad, pero sin darle tiempo de despedirse de Pablo.

Los padres y los tíos de Amanda subieron a una carreta, mientras que sus primos y sus hermanas abordaron otra junto a ella. Todos compartieron

anécdotas y conversaron acerca de los invitados.

Diego había ganado unas cuantas monedas jugando cartas. Había aprendido un nuevo juego llamado truco.

Amanda viajaba con la cabeza apoyada en el hombro de Sebastián. Se sentía adormecida por el monótono andar de la carreta y la caricia de la fresca brisa nocturna. Por un momento, creyó que se encontraba en un sueño. Escuchaba a la distancia el llanto de un niño. Se separó de su primo, que la miró extrañado.

—¿Qué sucede, Amanda? —susurró Sebastián.

—Escucho llorar a un niño.

Unos instantes después los cinco estaban alertas y escuchaban el llanto de un bebé.

—¿Será un ánima perdida? —preguntó Sofía aferrándose al brazo de Diego.

—No seas tonta. Deben haber dejado al más pequeño de una familia numerosa. Es común entre los paisanos cuando no pueden alimentar a todos sus hijos —conjeturó Isabel con frialdad.

—¡Deténgase! —le ordenó Amanda al peón que conducía.

No iba a dejar morir a un niño si estaba en peligro.

—Lo siento, Señorita. Si nos detenemos ahora moriremos. Aquello que llora no es un niño —explicó el hombre azotando a los bueyes para que apresuraran su paso.

Asustados los jóvenes Pérez Esnaola, observaron como la carreta de sus padres también ganaba velocidad.

Capítulo 9

Capítulo 9: Diego

Durante algunos días, un tema frecuente de conversación en casa de los Pérez Esnaola fue el llanto del monstruo que los persiguió el domingo por la noche. El peón que manejaba la carreta lo había llamado: puma y lo había descrito como un gran felino. Sin embargo, en las más íntimas pesadillas de Diego, aquella bestia se transformaba en el diablo mismo. Luego, aquel ser se alimentaba de niños recién nacidos frente a sus ojos.

Óscar, cansado de los cotilleos de sus hijos y sus sobrinas con respecto a la criatura, les había prohibido volver a mencionarla dentro de la casa. Además, les comunicó que se había comprometido a que tanto Diego como Sebastián harían algunas diligencias para el señor Juan Bustamante. El mayor de los hermanos, quien casi siempre se mostraba reacio a obedecer a su progenitor, extrañamente parecía encantado con la idea. Diego atribuía esto a que Pablo Ferreira también participaba de aquellos negocios. Su hermano veía en el criollo al compañero de aventuras que él mismo nunca podría ser.

Una tormenta de verano confinaba a toda la familia en el interior de la vivienda. Acodado sobre la mesa, Diego observaba a Sofía que estaba tarareando una melodía mientras avanzaba con su bordado. Si la memoria no le fallaba, la canción la había interpretado el pianista que tocó en la tertulia organizada por los Bustamante.

Sintió cierto pesar al recordar a Sofía bailando en los brazos de Pablo. Casi con seguridad, si él hubiera estado más atento a las necesidades de la muchacha, aquello no habría tenido lugar, pero al descubrir su talento para los juegos y el placer de ganar una y otra vez, se había alejado de quien realmente le importaba.

Intentó convencerse de que aquel baile no significaba nada y que pronto tendría la oportunidad de bailar durante horas con Sofía. No obstante, una parte de él sabía la verdad y algo había cambiado en los ojos azules de la joven. Ella, que vivía enamorada de la idea misma del amor, había encontrado en quien depositar todos esos sentimientos y sin lugar a dudas, no era en la persona indicada.

—¿Cuándo iremos a hablar con el Señor Bustamante, padre? —preguntó Sebastián, sacando a Diego de sus pensamientos.

—El sábado por la mañana enviará una carreta a buscarlos a ustedes y al muchacho este... Ferreira —explicó Óscar con cierta dificultad para

recordar el nombre del criollo.

—¿Iremos a su casa? —preguntó Sebastián con sospechoso interés.

—No me dio demasiados detalles, pero el pago será muy generoso si todo sale bien. Ya no son niños y es importante que aprendan a moverse como hombres de negocios, mis muchachos. Recuerden mantener completa discreción sobre esto.

A pesar de que los negocios de Óscar muchas veces rozaban lo ilegal, todos los miembros de la familia le tenían mucho respeto y ninguno cuestionaba sus métodos. Gracias a él, los ahorros y las tierras de la familia habían crecido de manera considerable. Además, a todos les gustaban demasiado los lujos.

El hombre les explicó a sus hijos, a grandes rasgos, en qué consistiría su misión. Se acercó hasta ellos y habló en voz baja. Pero aun así, tanto Antonio como las mujeres se las ingenieron para escuchar hasta los más mínimos detalles de la conversación. Catalina incluso les acercó una bandeja de bollos y permaneció de pie a escasos centímetros hasta que su cuñado terminó de hablar.

El plan era sencillo. Serían guiados por Pablo Ferreira, que ya conocía el camino y no había motivos para que tuvieran algún problema. Llevarían algunas mercancías hasta un puerto por un camino poco ortodoxo. Allí se reunirían con Antony Van Ewen, un renombrado comerciante inglés, que les entregaría una enorme cantidad de dinero para Bustamante. De esa suma un generoso porcentaje sería repartido entre los tres muchachos.

Sebastián parecía emocionado, mientras que Diego no podía evitar preocuparse por lo que les depararía el destino. En momentos como aquellos, deseaba ser tan valiente como su hermano mayor. Dios había sido injusto al otorgarle a cada uno sus cualidades, pues Sebastián era más guapo, más fuerte y más valiente que su hermano menor. Diego era precavido y obediente. Además, era la luz de los ojos de María Esther que solía sobreprotegerlo. Esto hacía casi imposible que él pudiera acercarse a alguna mujer, sin contar a sus primas, claro.

Diego esquivó la mirada preocupada de su madre. En el fondo, ambos sabían que Óscar no pondría en peligro a sus propios hijos, pero el contrabando de materias primas no era lo que tenían pensado para su futuro.

Cuando aminoró la intensidad de la lluvia, Diego fue el primero en salir. Miró al cielo, disfrutando las refrescantes gotas de agua que caían sobre su rostro.

—¿Tienes miedo de hacer la entrega? —preguntó Sofía sobresaltándolo, puesto que no la había escuchado llegar.

—No —mintió desviando la mirada de aquellos cautivantes ojos de color azul violáceo.

—Yo tengo miedo. Si algo les ocurriera, creo que me moriría —reconoció la joven.

Diego se acercó a ella y colocó con suavidad una mano en el brazo de Sofía. Los instantes en los que podían estar completamente solos los dos eran escasos y preciosos para él. Desde siempre, ella había sido la persona que más le importaba en el mundo y por eso, no se sentía cómodo al mentirle.

—Bueno, debo reconocer que me asusta un poco. Pero te juro que nada malo nos va a suceder.

Ella lo rodeó con sus brazos por la cintura y él correspondió a ese mágico abrazo. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en su hombro. Se quedaron así durante algunos segundos, que Diego hubiera deseado que duraran para siempre. Luego Sofía se separó, lo observó con seriedad y dijo:

—Por favor, cuídate mucho y no dejes que nada malo le ocurra a Pablo. Promételo, ¿sí?

Sus palabras estaban cargadas de ternura e ingenuidad. No había malicia en ellas, pero aun así rompieron en mil pedazos el corazón de Diego. Él se limitó a asentir, pues un nudo se había formado en su garganta y las palabras se negaron a salir.

—Gracias. ¡Eres el mejor! Te quiero muchísimo —dijo Sofía y sin darse cuenta del daño que le había causado, lo besó en la mejilla y regresó a la estancia.

Diego permitió que una lágrima solitaria descendiera por su rostro. Ese día descubrió que el amor puede ser doloroso, en especial si no es correspondido. No dudaba que su prima lo quisiera, pero era de una forma diferente a como él la amaba. En el fondo, sabía que los sentimientos de Sofía por Pablo eran algo pasajero. Cuando el criollo se marchara, él seguiría estando ahí para ella y aunque no le iba a exigir ni a recriminar nada, una parte de él iba a desear siempre algo más.

Capítulo 10

Capítulo 10: Sofía

Sofía y sus hermanas estaban sentadas sobre una manta a la sombra de un sauce muy antiguo. Degustaban los dulces que su madre les había preparado y simulaban que todo estaba bien. Sin embargo, la joven no podía dejar de pensar en Pablo Ferreira y en sus primos de quienes no sabían nada desde hacía horas. Tenía un mal presentimiento. Sentía que algo malo había sucedido y no se equivocaba.

Poco antes de la puesta del sol, las jóvenes distinguieron que se acercaba una carreta. Los bueyes avanzaban a toda velocidad y dejaban una densa estela de polvo tras de sí.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Amanda aliviada.

Se pusieron de pie y comenzaron a recoger lo que quedaba de su picnic. Querían estar en la estancia a tiempo para recibir a sus primos.

Sus padres y sus tíos habían ido al mercado que se armaba los fines de semana en la plaza del pueblo por lo que solo ellas recibieron a los muchachos. El primero en bajar fue Pablo que saludó a las chicas con una inclinación de cabeza y le dedicó a Sofía una mirada indecorosa. Lo siguió Sebastián que se demoró unos segundos ayudando a Diego que se quejaba de dolor.

El corazón de Sofía pareció detenerse en ese instante. La manga de la camisa de su primo estaba destrozada y cubierta de sangre.

—¡Por todos los santos! ¿Qué ocurrió? —preguntó Sofía, corriendo hacia el muchacho.

Diego estaba pálido y había perdido mucha sangre. Habló y su voz se escuchó áspera y entrecortada:

—Una bestia me destrozó el brazo.

Las hermanas intercambiaron miradas cargadas de miedo y asombro. Un momento después, el conductor azotó a los animales y se alejó a toda velocidad.

—¡Amanda, ve a buscar trapos limpios para contener la herida! Herviré un poco de agua —indicó Isabel sin perder la calma.

Sebastián ayudó a Diego a entrar en la sala y se sentaron en el sillón.

—¡Quítate esto! —ordenó Sebastián, intentando despegar la tela de la camisa que se adhería al brazo de su hermano.

—No —negó con pudor.

Sofía se acercó y acarició con ternura la frente de su primo. El muchacho tenía las mejillas acaloradas y los ojos llenos de lágrimas. Sin duda, debía dolerle mucho.

—Por favor, deja que te cure —pidió arrodillándose a su lado.

Él asintió con la cabeza y dejó que Sofía le quitase la camisa con sumo cuidado. No pudo evitar gemir de dolor cuando la tela impregnada de sangre en su brazo se despegó junto con algo de piel.

—Lo siento —murmuró ella.

Isabel y Amanda habían regresado llevando un jarro con agua y algunos trapos. Sebastián se levantó para que pudieran acomodar las cosas en el sillón y se sentó con Pablo a la mesa.

—Cuéntanos lo que ocurrió —le exigió Isabel a Sebastián.

Sofía empapó un trapo y comenzó a lavar la herida.

—Nos encontramos con Juan Bustamante y uno de sus hijos en su casa. No estaba su mujer ni tampoco sus hijas, puede que hubieran ido al mercado... —comenzó a narrar Sebastián.

—Ve al grano, ¡por el amor de Dios! ¿Qué fue lo que atacó a Diego?

—Isabel comenzaba a perder la paciencia.

—A eso voy a llegar. No puedes comenzar a contar una historia por el final —agregó.

Sofía, Diego y todo a su alrededor estaban teñidos de color carmesí. Si ver a su hijo convaleciente no le provocaba un infarto a María Esther, descubrir el estado en el que había quedado su sala lo haría. Parecía la escena de un crimen.

—Como les decía, los Bustamante nos encargaron llevar unas cajas para un tal Antony Van Ewen. No usamos los caminos tradicionales, por supuesto, porque están patrullados por soldados realistas. Nos aventuramos por unas catacumbas que están construidas debajo de la ciudad. Pablo nos guio por varios recovecos hasta que la luz de las

antorchas nos mostró una enorme y espeluznante nariz.

Sebastián hizo una pausa dramática y Amanda lo interrogó:

—¿La nariz de lo que atacó a Diego?

—No. La nariz le pertenecía a un humano, aunque era bastante feo a decir verdad.

—¿Era Antony Van Ewen? —volvió a preguntar Amanda.

—No. Se trataba de Simón, el secretario de Antony. Detrás de él estaba el inglés con unos cinco o seis perros. En fin, nos acercamos para hacer el intercambio cuando Diego no tuvo mejor idea que pisarle la cola a un cachorro que dormía. En definitiva, el perro se despertó y lo atacó.

—¡No era un cachorro y más que perros parecían lobos! —se quejó Diego.

Pablo soltó una carcajada contenida.

—Traje aguja e hilo —informó Isabel.

—Gracias —dijo Sofía que no había notado en qué momento su hermana abandonó la habitación.

—No creo que sea necesario —dijo Diego con la voz temblorosa e hizo un ademán de levantarse.

Sofía lo detuvo colocando una mano en su pecho. Su primo había crecido. Era más alto y sus hombros se habían ensanchado desde la última vez que lo había visto sin camisa.

—¡No seas tonto! Si no te coso ahora te vas a desangrar —lo reprendió Sofía.

—No es tan malo como parece. Si tienes suerte, te quedará una gran cicatriz —añadió Sebastián intentando animarlo.

—¿A eso llamas suerte? —cuestionó Isabel confundida.

—Por supuesto. Todo el mundo sabe que las mujeres aman las cicatrices —explicó y Pablo a su lado volvió a reír.

—¡Ya dejen de burlarse y vengan a ayudarme! ¡Sostengan a Diego para que no se mueva y pueda cerrar su herida! —gritó Sofía enfadada.

No le gustaba en absoluto que molestaran a Diego y mucho menos cuando estaba experimentando un sufrimiento semejante. Él siempre había sido

bueno con ella. Era su mejor amigo y si él no estaba en condiciones de defenderse, no tenía más opción que ayudarlo.

Pablo y Sebastián se acercaron y sujetaron a Diego para que Sofía pudiera encargarse de su brazo. La joven tomó aire y se preparó mentalmente evitando pensar en que lo que estaba por coser era una persona. Con tanta sangre y con los gritos de Diego todo se volvía más difícil. Se armó de valor e intentó controlar el temblor de sus manos para conseguir una costura aceptable. A la mitad del proceso Diego se desmayó. Esto facilitó un poco la tarea de Sofía, ya que él había dejado de gritar y de moverse.

La puerta se abrió y al ver semejante escena María Esther soltó un grito desgarrador. Catalina se llevó una mano a la boca y salió del lugar seguida de su esposo.

—¿Aún está con vida? —preguntó Óscar con un hilo de voz.

Sofía tragó saliva. Había estado tan concentrada en cerrar la herida de su primo que no se había molestado en comprobar su respiración.

Capítulo 11

Capítulo 11: Isabel

Isabel les propuso a sus padres posponer la boda hasta que su primo se repusiera del ataque del perro. Sin embargo, con el correr de los días, las heridas de Diego mejoraron gracias a los intensivos cuidados de Sofía y de María Esther y no hubo necesidad de mover la fecha. No había visto a su prometido desde el día en el que arribaron a Buenos Aires y la idea de compartir toda su vida con él no la emocionaba en absoluto.

Aquella mañana las mujeres de la familia Pérez Esnaola estaban bordando los manteles que utilizarían en la boda. Los hombres de la casa, por su parte, habían salido de cacería acompañados por Pablo Ferreira, Juan Bustamante y Mariano: su hijo. Algunos años atrás, alguien había encontrado los huesos de un monstruo cerca del río y los habían enviado a España. Allí aún era tema de conversación. Los Bustamante estaban convencidos de que podrían encontrar un espécimen vivo de aquel ser. Si lograban capturarlo, las tres familias serían generosamente recompensadas por el rey.

Amanda le había suplicado a su padre que la dejara acompañarlos y por supuesto que recibió una negativa. Ir de cacería no era algo que una mujer pudiera hacer y mucho menos si se trataba de una Pérez Esnaola.

Tres golpes secos en la puerta rompieron la monotonía de la tarde y sobresaltaron a Isabel. Era demasiado pronto como para que los hombres de la familia hubieran regresado.

La tía de las muchachas dejó su bordado sobre la mesa y se dirigió a abrir. Intercambió algunas palabras que Isabel no logró escuchar y permitió que dos hombres jóvenes ingresaran a la sala. Isabel fijó su mirada en la prominente nariz de uno de ellos y luego en los paquetes que llevaba en los brazos. El otro tenía el cabello rubio recogido hacia atrás y vestía con suma elegancia. Saludaron apropiadamente a María Esther e hicieron una inclinación de cabeza en dirección al resto.

Las damas se incorporaron y fueron a recibir a los inesperados invitados.

—Lamento mucho no haber podido anunciar nuestra llegada con anticipación —se disculpó el más guapo.

Hablaba bien español, pero su acento delataba que no era su lengua materna. Isabel supo de inmediato de quienes se trataba.

—Mi nombre es Antony Van Ewen y él es Simón, mi secretario —agregó.

—Es un placer conocerlos —dijo Catalina y a continuación presentó a cada una de sus hijas.

—Lamento no haber podido pasar antes, pero quería venir en persona a ver al joven Diego. ¿Será posible que pueda hablar con él?

—Me temo que ha salido, mi señor, pero sería un placer que nos acompañe a almorzar. Estoy segura de que mi hijo y los demás habrán vuelto antes de la puesta del sol. Si le parece bien, puede esperar a que regresen —agregó María Esther.

—Sería un gran honor, pero lamentablemente tengo que organizar mis barcos para que partan esta misma noche y estamos corriendo con los tiempos —se disculpó Antony.

—Es una verdadera pena —comentó María Esther.

—Me tomé el atrevimiento de traer algunos regalos para su familia. Sé que no compensa todo el sufrimiento que debe haber experimentado el muchacho, por culpa de mi perro, pero quiero que sepan que ya ha sido sacrificado y que no volverá a ocurrir nada semejante. Me gustaría que sus hijos puedan seguir actuando como nexo entre mis proveedores locales y los capitanes de mis barcos. Por supuesto, serán ampliamente recompensados.

Amanda hizo a un lado de la mesa los manteles que habían estado bordando para que Simón pudiera depositar sobre ella los paquetes que cargaba. Antony hizo un gesto para que se acercaran y vieran los regalos.

Sofía, que era curiosa por naturaleza, comenzó a abrir los obsequios y un momento después Amanda e Isabel se sumaron. Había telas de buena calidad suficientes para confeccionar por lo menos una docena de vestidos, una caja labrada que contenía joyas, piedras preciosas y una veintena de especias y conservas diferentes. Isabel no podía creerlo, nunca hubiera pensado que el brazo de su primo valiera tanto.

A pesar de que alegaron estar apurados, los hombres aceptaron quedarse a conversar. Catalina y sus hijas se encargaron de despejar la mesa y de preparar mate y unos bollos dulces.

—¡Muchísimas gracias!, todo está delicioso. Es una bebida muy interesante —comentó el inglés, luego de degustar la infusión.

Simón, por su parte, se mantenía al margen de la conversación y, sentado

junto al altivo y elegante inglés, parecía haberse vuelto invisible.

—De haber sabido que vendrían, lo hubiéramos recibido mejor —se disculpó Catalina mirando con la cabeza ladeada al inglés.

—Créame, mi señora, que todo es perfecto así. Ah, por cierto, señorita Isabel, le doy mis más sinceros buenos deseos. Don Juan Bustamante me comentó que usted va a casarse dentro de poco tiempo —dijo Antony, dirigiéndose a Catalina y luego a Isabel.

—¡Gracias! —pronunció la joven con una falsa sonrisa en el rostro.

—Si me disculpan la intromisión, me gustaría saber si las señoritas Amanda y Sofía ya están comprometidas —dijo Antony observando a las hermanas de Isabel.

—No, por el momento no tienen ningún compromiso —respondió Catalina.

Sofía le sonrió coqueta al inglés, mientras que Amanda, por su parte, estaba tan pálida como un fantasma. Isabel no pudo evitar fruncir apenas los labios, se encontraba muy incómoda. Sentía que su madre las exhibía como simples esclavas para ser vendidas al mejor postor. Se preguntó si sus padres estarían dispuestos a entregarle a alguna de sus hijas a un adinerado pirata inglés.

Tanto Antony como su secretario eran solteros y deseaban casarse pronto. Isabel reflexionó sobre lo extraño que resultaba que en un momento en donde la tensión entre España e Inglaterra no dejaba de crecer, Van Ewen se mostrara interesado en mujeres españolas. No parecía ser el tipo de persona que se dejara encandilar con la belleza. Era posible que las intenciones del inglés estuvieran más relacionadas con su beneficio económico personal que con motivos románticos. Una esposa española podía resultar la excusa perfecta para infiltrarse en tierras de la corona sin llamar demasiado la atención.

Isabel estaba casi segura de que se encontraba frente al futuro esposo de alguna de sus hermanas. A pesar de que la mayoría de las miradas del inglés iban dirigidas hacia Sofía, Amanda era dos años mayor y la costumbre exigía que ella fuera desposada primero.

Después de algunos mates los muchachos se despidieron y Van Ewen prometió que cuando regresara de su viaje volvería para conversar con los señores de la casa. No tuvo que decirlo, estaba claro que para pedir la mano de alguna de las jóvenes Pérez Esnaola. Isabel esperaba que Amanda no fuera la desdichada novia, todos recordaban sus mareos en el barco en el que había llegado a Buenos Aires y casarse con alguien como Van Ewen sería condenarla a una vida de sufrimiento. No obstante, la

decisión definitiva la tendría su padre, como siempre.

Capítulo 12

Capítulo 12: Sebastián

Los siete hombres se encontraban de pie en la ribera del río. Buscaban huellas, pelo de animal, cualquier pista que pudiera llevarlos hasta la criatura a la que ansiaban atrapar. No sabían con exactitud a qué se enfrentarían en realidad, pero estaban armados y motivados para enfrentarla. Llevaban redes y sogas porque si tenían suerte atraparían con vida a la bestia.

Don Juan Bustamante le había mostrado a Sebastián el recorte del periódico que certificaba el hallazgo de los huesos de una extraña criatura de dimensiones colosales. El joven español estaba más que motivado por la gloria y la recompensa que podrían obtener si encontraban uno con vida.

—Muy bien, ¿por dónde comenzamos a buscar? —preguntó Sebastián mirando a Bustamante, quien había organizado la expedición.

—Por aquí mismo, muchacho. Los huesos fueron encontrados cerca del río. En algún momento las criaturas necesitarán acercarse para beber agua. Las han buscado durante años y teniendo en cuenta su gran tamaño se camuflan muy bien. Tendríamos que intentar cubrir la mayor cantidad de terreno posible. No sabemos casi nada de ellas, así que tengamos mucho cuidado. Si conseguimos capturar algún ejemplar vivo sería lo ideal, pero si nos ataca, no dudemos en defendernos. También podríamos obtener una gran recompensa si le obsequiáramos el cadáver a su majestad —dijo jugueteando con su bigote blanco el señor Bustamante.

—Creo que separarnos en pequeños grupos sería una forma de cubrir más terreno —sugirió Pablo Ferreira.

—¡Gran idea, chico! —exclamó el viejo.

—No lo sé. ¿Qué tal si es peligroso? No sabemos qué estamos buscando exactamente —comentó Diego y su padre lo fulminó con la mirada por parecer un cobarde.

—No se preocupe, Diego. Las posibilidades de que la criatura escupa fuego por la boca son ínfimas. He matado algunos pumas, así que si va conmigo estará a salvo —bromeó Mariano, el mayor y único varón de la stirpe de Juan Bustamante.

Diego parecía incómodo ante la situación. Nunca había sido muy aventurero y aún llevaba vendado el brazo que uno de los perros de

Antony Van Ewen le había mordido.

—¡Yo haré equipo con Sebastián! Ustedes tres que son más expertos pueden ir río arriba, Diego y Mariano río abajo y nosotros exploraremos entre los pastizales —le dijo Pablo a Juan Bustamante.

—¡Me encanta tu determinación, muchacho! Así se hará. Nos veremos aquí al atardecer —respondió él, dándole una palmada en el hombro al criollo.

Los tres grupos partieron hacia las direcciones establecidas.

—¡Vamos a atrapar a ese monstruo! —exclamó Sebastián con determinación.

Pablo se detuvo y se aseguró de que los otros exploradores estuvieran lo suficientemente lejos como para escucharlos.

—No lo haremos — dijo.

—No te des por vencido, amigo. Tienes que tenernos más fe —lo animó Sebastián un poco confundido.

No lograba comprender el repentino cambio en la actitud del criollo. ¿Qué había sucedido con el optimismo que mostraba hacía solo un momento? ¿Acaso habría estado fingiendo solo para impresionar a los demás?

—No lo hallaremos porque tenemos algo mucho mejor que hacer —le explicó sacando una carta del bolsillo de su chaleco.

Sebastián alzó una ceja divertido y añadió:

—¡Cuánto misterio! ¿Qué hay más memorable que capturar un monstruo?

—No sé si podríamos llamarlo memorable, pero que será más divertido, lo será —dijo con una sonrisa pintada en la cara y le tendió el sobre a Sebastián.

El muchacho lo tomó y sacó de su interior una carta perfumada, escrita con una letra estilizada que iba dirigida a su amigo. Sin lugar a dudas, una mujer se la había dado. Sebastián comenzó a leerla en voz alta:

—Querido Pablo: Cuento los minutos para volver a verlo. No he podido dejar de pensar en sus labios y en su osadía al besarme. Agradezco que lo haya hecho, porque mi corazón no había conocido la verdadera dicha hasta que llegó usted a mi vida. No puedo evitar extrañarlo más de lo que es bueno para mí. Mañana por la tarde la familia de mi padrino estará ausente y Ana me ha invitado a pasar el día en su casa. Solo ella sabe de

lo nuestro y me ha dado permiso de invitarlos a usted y al joven que conocimos en la tertulia. Espero no incomodarlos, a ninguno de los dos, pero usted me pidió que le avisara cuando pudiéramos volver a vernos y no creo que exista mejor momento que este. Dejaré en sus manos la decisión de invitar o no a su amigo. Sé que será prudente y criterioso. Firma con amor, María Magdalena de Toledo y Rojas.

Aquella carta significaba que Ana también quería volver a verlo. Lo estaba invitando a su casa. Sebastián no podía dejar de sonreír.

—¿Quieres seguir buscando al monstruo o vamos con las bellas damas?
—indagó Pablo, aunque la respuesta era más que obvia.

Los muchachos casi corrieron hasta los establos de la estancia La Rosa para tomar dos caballos y así llegar lo más rápido posible al pueblo. Estaban a poco menos de una hora de cabalgata hasta la casona de los Bustamante.

Una vez en la mansión, una esclava los condujo hasta la sala en donde Ana y Magdalena se encontraban bebiendo vino. Ambas estaban muy hermosas y en cuanto la negra anunció a los invitados se pusieron de pie para ir a recibirlos.

—Luisa, ¡qué nadie nos moleste! —ordenó Ana Bustamante.

—Como ordene, ama. Con su permiso... —dijo Luisa e inclinó la cabeza antes de irse.

Pablo se acercó a Magdalena, la tomó por la cintura y la besó en los labios sin ningún reparo. Ana apartó la mirada de ellos sonrojada y se acercó un poco más a Sebastián.

—Mi señora —la saludó el joven español y besó su mano, demorándose más de lo normal en soltarla.

Cuando Pablo y Magdalena se separaron, el criollo saludó a Ana con una inclinación de cabeza y Sebastián lo imitó, dirigiéndose a Magdalena quien correspondió. Tenía el cabello oscuro algo revuelto y las mejillas encendidas.

Los cuatro se sentaron en los elegantes sillones y compartieron varias copas de vino y algunas anécdotas. Las dos hijastras de Ana habían salido, por lo que en la casa solo estaban ellos y los sirvientes que tenían orden de no molestarlos. Luisa había llegado a la familia junto con Ana y le respondía directamente a ella, no tenían nada de qué preocuparse.

Pablo le susurró algo en el oído a su enamorada y ella se rió, llevando una

mano a su boca. Luego, dijo:

—Voy a caminar por los jardines junto al señor Pablo, si nos disculpan...

El criollo se levantó y le dio la mano a la muchacha para que se pusiera de pie. Se fueron caminando tomados del brazo y susurrándose cosas que sus amigos no llegaron a escuchar.

Sebastián y Ana se quedaron solos. Ella se abanicaba un poco nerviosa. No se atrevía a mirar al joven a los ojos y tenía la vista fija en su copa.

—Está usted muy hermosa —dijo él y recorrió el brazo de la dama con la yema de los dedos.

La joven llevó sus profundos ojos azules hacia los de él. Estaba muy guapa, aún más que el día de la tertulia. La deseaba con cada fibra de su ser. Colocó una mano en su mejilla y lentamente unió sus labios a los de Ana que estaban entreabiertos. Se dejaron llevar por aquel mágico beso que sería el primero de muchos. No iba a renunciar a ella, aunque nunca pudiera ser completamente suya.

—Es una locura —murmuró Ana, apenas separando sus labios de los de Sebastián.

—Sí, tiene razón, pero hasta que la conocí no me había detenido a pensar en lo aburrida que la cordura puede resultar —confesó, apoyando su frente sobre la de ella.

Esta vez fue Ana quien buscó su boca anhelante y lo besó. El joven correspondió con pasión. La atrajo hacia él y recorrió el contorno de su cuerpo con caricias. Se deshizo de sus ropas y de sus inseguridades. Se entregaron el uno al otro sin miedos y sin tapujos; olvidándose de Pablo, de Magdalena, de los sirvientes y de sus familias. En ese momento nada más allá de lo que sucedía en esa habitación importaba. Todo lo demás resultaba lejano para ellos.

Capítulo 13

Capítulo 13: Amanda

Amanda acarició con la yema de los dedos un terciopelo negro al que el sol otorgaba reflejos azulados. La muchacha había optado por acompañar a su madre y a su hermana mayor al mercado de vendedores ambulantes que habían armado sus puestos en la plaza del pueblo. Faltaba poco tiempo para la boda de Isabel y era necesario que armara un ajuar acorde a su posición. Sofía había ido a merendar a la casa de una de las jovencitas que habían conocido en la iglesia, por lo que la menor de las Pérez Esnaola no las acompañaba. Tampoco María Ester, quien había optado por pasar la tarde en la estancia junto con sus hijos.

—Cuando te conviertas en la señora de Páez vas a poder organizar reuniones con las familias más influyentes del virreinato e incluso de España. Serás la mujer de la casa y como anfitriona recaerá en ti la responsabilidad de que tu familia se mueva entre los más altos círculos de la sociedad —le explicó Catalina a Isabel.

La joven asintió con la cabeza y le indicó al vendedor que le alcanzara una tela bordada con hilos de plata.

Amanda se alejó apenas para observar más de cerca las joyas de un negocio cercano. Un brazaletes de oro le llamó la atención y estuvo a punto de probárselo cuando un hombre pasó corriendo a toda velocidad y la empujó. La joven no pudo mantener el equilibrio y sintió la piel de sus palmas y rodillas rasparse cuando cayó sobre la tierra reseca. Antes de levantarse lo observó alejarse algunos metros. La tela de sus pantalones y de su camisa estaba sucia y raída.

La joven se puso de pie y se apartó justo cuando un grupo de soldados derrumbó el puesto que había estado mirando. Todo ocurrió demasiado rápido. El vendedor soltó un improperio y comenzó a levantar las joyas de la tierra. Amanda alcanzó a ver cómo dos soldados disparaban. Uno de ellos no le atinó a su objetivo, pero el sonido ensordecedor del tiro fue suficiente para sembrar el pánico en todo el mercado. Las personas alrededor de la joven se empujaban y corrían. El segundo disparo alcanzó por la espalda al hombre que la había empujado y lo derribó. Durante algunos instantes, Amanda fue incapaz de apartar la mirada de la sangre que se expandía como si fuera una mancha de tinta roja sobre la tela blanca de la camisa del caído.

—¡Este hombre era un traidor a su majestad, el rey de España! —gritó uno de los soldados, levantando del pelo al desdichado para que los

presentes vieran su rostro inerte.

Cuando el soldado realista volteó hacia Amanda, la joven supo que no podría borrar jamás de su mente aquella imagen. Aunque cerró sus ojos, la mirada sin brillo y el rostro deformado por el dolor del hombre seguían allí.

Amanda entreabrió apenas los ojos y vio cómo arrastraban a dos personas. Se trataba de un hombre y una mujer a los que obligaron a arrodillarse en medio de la plaza. Algunos curiosos se acercaron para ver lo que sucedía. Ella, por su parte en cuclillas, se aferró a un trozo de madera rota del puesto de joyas y sintió que todo su cuerpo se tensaba.

—¡Observen a estos traidores! Se los ha encontrado conspirando en contra de Su Majestad —gritó alguien.

—¡Piedad! —pidió el muchacho arrodillado.

En cuanto escuchó su voz Amanda lo reconoció. Lo había visto antes en la iglesia, se trataba de Franco; y la mujer a su lado, que lo miraba con el rostro cubierto de lágrimas, era Alicia, su prometida.

—¡Nooo! —gritó Amanda, pero el sonido que salió de sus labios quedó oculto tras el estridente ruido de las balas.

Les habían disparado a los criollos en el medio de la frente y ahora yacían de espaldas, mirando al sol, con los ojos cegados por la muerte.

Amanda no podía dejar de temblar. La impresión había sido tan grande que ni siquiera era capaz de llorar. La gente parecía llegar de todas partes y se acercaba para ver la escena. Las voces a su alrededor la hacían sentirse perdida y mareada. Seguía viendo los cuerpos a través de las piernas de la multitud. Quería apartar la vista de allí, pero no podía moverse. Incluso respirar se volvía cada vez más difícil.

Alguien tocó su hombro y la hizo estremecer. No opuso resistencia a los brazos que jalaban de ella para que se incorpore. Solo cuando estuvo de pie distinguió que era el padre Facundo quien la apartaba del caos.

Se dejó guiar por el cura hasta la iglesia que se alzaba imponente frente a la plaza. Si él la hubiera soltado, casi con seguridad se habría vuelto a caer. Era la primera vez que veía un fusilamiento y nunca antes habían asesinado a alguien que conociera. No había hablado demasiado con Franco y con Alicia, pero le habían parecido personas amables. Se preguntaba qué podrían haber hecho para merecer tan terrible suerte.

El frío del interior del templo la hizo reaccionar.

—Mi madre y mi hermana... —murmuró, reparando en que se había separado de ellas.

—Estarán bien. En cuanto se despeje la multitud iremos a buscarlas
—prometió el párroco y ambos se sentaron en la banca más cercana a la entrada.

—Franco y Alicia fueron... —comenzó a decir Amanda, pero el padre la interrumpió.

—Asesinados, lo sé. No merecían morir así.

—¿Entonces eran inocentes? —interrogó.

—Tan inocentes como la mayoría de las personas en este pueblo. Solo se quejaron por los impuestos que siguen aumentando injusticadamente y que los trabajadores no pueden pagar. Todo el mundo lo piensa, pero cuando los pensamientos salen por la boca hay que tener cuidado quién está escuchando —explicó el padre y luego comenzó a rezar por las almas de las personas a las que les arrebataron la vida por no saber callar.

Amanda esperó a que el cura terminara de decir sus oraciones y le preguntó:

—No lo comprendo, si los impuestos no son justos, ¿por qué no piden una audiencia con el oidor?

Su padre le había contado en una ocasión que existía un funcionario leal al rey que mediaba entre la corte y los habitantes del virreinato.

—Muchos han hablado con él, pero bajar los impuestos o velar por los derechos de la gente parece ir en contra de sus intereses personales
—respondió y bajó la vista.

Un profundo deseo de ayudar se apoderó de Amanda, pero no sabía qué podía hacer ella al respecto sin poner su vida también en riesgo. Había sido necesario viajar hasta los confines del mundo para que pudiera darse cuenta de que existían la injusticia y el horror.

Capítulo 14

Capítulo 14: Diego

Diego y Mariano fueron los primeros en regresar al punto de encuentro. Cargaban con varias liebres, un trofeo más que aceptable, teniendo en cuenta que a lo lejos se acercaban Sebastián y Pablo con las manos vacías.

—Creo que ninguno de nosotros pudo encontrar al monstruo. Supongo que será en otra ocasión —comentó Sebastián despreocupado al llegar a donde estaba su hermano menor.

—¿No se toparon con ningún animal? —les preguntó extrañado Mariano Bustamante.

—Una verdadera pena —afirmó Pablo Ferreira.

Esperaron alrededor de un cuarto de hora hasta que los señores Pérez Esnaola y don Juan Bustamante regresaron. Traían un puercoespín y un conejo muy gordo. La misión de encontrar al monstruo sin lugar a dudas había fracasado, pero los animales que habían conseguido eran más que suficiente para que las mujeres preparasen un delicioso guiso.

Como era de esperarse, Óscar se mostró muy decepcionado de que su hijo mayor no hubiera podido cazar nada en absoluto. Por otro lado, Diego y Mariano recibieron algunos elogios por sus habilidades.

Durante el trayecto de vuelta los Bustamante no dejaron de hablar de sus logros personales y de su propia sombra. Cuando la conversación comenzaba a tornarse repetitiva, los siete hombres llegaron a una bifurcación en la que después de repartir el botín de manera equitativa, se despidieron del viejo empresario y de su hijo. Los demás continuaron hasta la estancia La Rosa.

Óscar insistió en que Pablo se llevase algunas de las liebres de Diego, pero el criollo rechazó el obsequio con amabilidad y continuó su viaje en dirección a Esperanza, su estancia.

—Es entendible, nadie que se respete aceptaría disfrutar de un platillo que sepa a derrota —comentó el hombre con malicia. Sebastián lo fulminó con la mirada, pero no replicó.

Diego imaginó que al entrar a la sala los recibirían las mujeres de la casa, quienes se alegrarían de sus logros, y que luego de disfrutar de la deliciosa cena podría tener un merecido descanso. Por desgracia, el panorama que encontró al entrar fue muy diferente a lo que él había

esperado: Catalina lloraba sentada en el sofá mientras que Isabel y Sofía estaban a su lado intentando consolarla. María Esther furiosa se aferraba con fuerza al borde de la mesa.

Los demás ingresaron a la sala un instante después. Todos estaban tan desconcertados y preocupados como el muchacho.

—¿Qué sucede? —interrogó Diego, observando a su tía y luego a su prima menor.

Después de lo que pareció ser una eternidad, Sofía respondió y sus ojos se llenaron de lágrimas:

—Amanda desapareció.

—¿Cómo que Amanda desapareció? —preguntó Antonio Pérez Esnaola acercándose a su mujer y a sus hijas.

Catalina estuvo a punto de decir algo, pero se detuvo y comenzó a llorar con más fuerza. Fue Isabel quien respondió:

—Estábamos en el mercado y escuchamos tiros. Todo era un auténtico caos. Vimos cómo los soldados atrapaban y fusilaban a unos traidores. Quién iba a decir que gente como esa iba a la iglesia con nosotros. Una multitud fue atraída por el alboroto y perdimos de vista a Amanda. La buscamos durante toda la tarde.

—¿Perdiste a tu propia hija? —le gritó Antonio a Catalina.

Una vena comenzaba a marcarse en el cuello del hombre y su rostro estaba tenso y enrojecido, mientras que su mujer no dejaba de llorar.

—¿Regresaron con Leónidas y la carreta, mientras que Amanda se quedó de noche en el pueblo a merced de cualquier perverso que se cruce en su camino? —espetó con rabia y alzó su mano para golpear a Catalina, pero Sebastián frenó el golpe justo a tiempo. La mujer gritó y abrazó a Sofía.

—Tío, escúchame. Saldré a buscarla y la traeré de vuelta a casa —dijo Sebastián que aún sostenía su brazo con firmeza.

Antonio se liberó con brusquedad y empujó a su sobrino para dirigirse hacia la puerta. Él lo siguió junto con su hermano que le lanzó una mirada de soslayo a Catalina. Ella se relajó un poco, pero continuaba llorando.

—Encontraremos a Amanda —prometió Diego, aunque parte de sus

inseguridades se reflejaron en el timbre de su voz.

—¡Leónidas! —llamó Óscar y le dio instrucciones al muchacho para que ensillara a los caballos.

Diego se percató de que aún llevaba colgadas del hombro las liebres amarradas. Las dejó sobre la mesa y abandonó la sala. Los últimos rayos del sol se ocultaban en el horizonte y poco a poco comenzaban a dibujarse las constelaciones en el cielo.

Una vez que los caballos estuvieron listos, Leónidas y los cuatro Pérez Esnaola emprendieron la marcha por el pedregoso sendero. Cabalgaban a toda prisa, dejando una estela de polvo a su paso. Diego mantenía los ojos entrecerrados y se había cubierto la boca con un pañuelo. Sin embargo, era imposible contrarrestar el polvo por completo. La venda de su brazo estaba cubierta de tierra y el muchacho esperaba que no se infectara su herida.

Los hombres vislumbraron un vehículo que se acercaba a la distancia y una oleada de esperanza los invadió a todos. Solo aminoraron la marcha cuando se acercaron lo suficiente como para distinguir a sus ocupantes iluminados por la tenue luz de la luna. El padre Facundo llevaba con las riendas a un par de mulas escuálidas que tiraban de una carreta desvencijada y junto a él se encontraba la joven Amanda. Estaba despeinada y sucia. Entre sus brazos llevaba una enorme Biblia de cuero a la que se aferraba tiritando. A pesar de que era verano, soplaba un viento frío y húmedo.

Cuando la carreta se detuvo, el sacerdote bajó de un salto, rodeó el vehículo y ayudó a la joven a descender. Antonio y Sebastián se apearon del caballo y fueron a su encuentro. Amanda abrazó primero a su padre y luego a su primo, sin dejar de sostener el libro que llevaba. Si no hubiera sido porque el brazo malo entorpecía sus movimientos, Diego también habría ido a recibirla.

—¡Me alegra que estés bien! —gritó desde donde estaba.

—¡Es bueno verlos a todos! —respondió Amanda.

—Gracias por rescatar a mi hija. Dígame cómo puedo pagarle —dijo Antonio, estrechando muy fuerte la mano del cura.

—No es necesario —añadió.

—Insisto. No sé qué habríamos hecho sin usted. Todavía no entiendo cómo mi mujer pudo descuidarla de ese modo.

—Fue una gran revuelta la de hoy. No culpe a su esposa, por favor. Debió ser culpa mía por llevar a Amanda a la iglesia hasta que todo se calmara.

—¿Su culpa? Nada de eso. Al contrario, usted trajo a salvo a mi querida Amanda y estaré en deuda con usted de por vida —insistió Antonio.

—¡Eso es demasiado!, pero se me ocurre una forma en la que podrían ayudarme y ya no sentiría que me debe nada —dijo el cura y miró a Amanda de reojo.

—Estoy para servirle —respondió el hombre.

—Sin embargo, no requiero de sus servicios, sino de los de su hija. Escuché hablar maravillas de los dibujos de la señorita Amanda y me encantaría disponer de un ejemplar de la Biblia con ilustraciones. Con su permiso, me gustaría que sea ella quien se encargue de los dibujos —sugirió el párroco.

—No tengo ningún problema —se apresuró a decir Antonio, complacido de que la recompensa careciera de valor monetario.

—¿Qué dice, señorita? ¿Me permitiría disponer de sus servicios como artista? —preguntó ilusionado.

—Sería un honor —dijo la joven y una sonrisa se formó en su rostro.

Luego de arreglar que la muchacha iría a la iglesia por las tardes para ayudar al padre Facundo a elaborar su Biblia, el cura se despidió y se marchó en la carreta. Sebastián se subió a su caballo. Luego ayudó a Amanda a montar detrás de él y emprendieron el regreso a la estancia La Rosa.

Con un poco de suerte, ahora que habían encontrado a Amanda sana y salva, quedaría algo de tiempo para cenar y quizás alguien valoraría el esfuerzo que había hecho Diego para conseguir las liebres. El muchacho decidió que si tenía la oportunidad le comentaría a Sofía que Pablo Ferreira había vuelto con las manos vacías.

Capítulo 15

Capítulo 15: Sofía

Durante algún tiempo, la ejecución de los criollos fue un tema de conversación recurrente en el pueblo y circulaban diferentes versiones de la historia. La mayoría de los feligreses coincidían en que su muerte había sido una pérdida lamentable ya que los tres eran buenos muchachos. Sin embargo, un grupo reducido creía que formaban parte de un movimiento clandestino que abogaba por dejar de rendir cuentas ante el rey de España.

Fuera cual fuese la verdad, el luto y el miedo se apoderó de los pobladores. Los cuerpos quedaron expuestos a fin de disuadir a cualquiera que quisiera seguir sus pasos, pero eso no evitó que el padre Facundo dedicara una misa en su honor. Se veía demasiado afligido y las malas lenguas decían que aquello se debía a que en el fondo apoyaba los ideales de los traidores.

Antonio Pérez Esnaola zanjó el asunto de raíz al explicarle a toda la familia que ellos no conocían a esas personas lo suficiente y no era correcto hacerse eco de las habladurías. Por otro lado, cuando le contaron de la visita de Antony Van Ewen el buen humor se apoderó de él. El inglés era un excelente partido, ya fuera para Amanda o para Sofía. Había demostrado su gran generosidad al compensar con creces el brazo de Diego. Sin lugar a dudas, una alianza matrimonial con él resultaría provechosa para la familia.

Sofía había estado fantaseando con el inglés desde aquel día. Quizás no tuviera un halo de valentía y osadía como Pablo Ferreira, pero era muy guapo; su elegancia, sus facciones finas y su acento resultaban igual de seductores.

La joven se había encargado de bordar una gran parte del vestido de novia de su hermana mayor. También había ayudado en la decoración de la estancia La Rosa, en donde se celebraría la fiesta después de la ceremonia en la iglesia. Todo estaba quedando espléndido. Isabel era muy afortunada y Sofía esperaba tener tanta suerte como ella.

En una ocasión, Catalina llevó a Isabel a su habitación para tener una conversación privada acerca de lo que se esperaba de ella la noche de su boda. Por supuesto que Sofía intentó escuchar detrás de la puerta, pero pudo oír muy pocas palabras antes de que su madre la llevara de la oreja hacia la sala en donde estaba el resto de la familia.

El día de la ceremonia llegó junto con el otoño. Parecía como si los árboles de la estancia La Rosa derramaran lágrimas doradas para despedirse de

Isabel. La joven lucía triste, pero hermosa. Ese día iba a dejar a su familia para convertirse en la señora de Páez. Sofía la iba a extrañar muchísimo, pero al mismo tiempo se alegraba por ella. En algún momento había temido que a causa de su frialdad, su hermana se quedara para vestir santos.

La iglesia estaba más llena que nunca. Muchos de los invitados de Roberto Páez habían llegado de distintos puntos del virreinato e incluso de Europa, por lo que La Rosa estaría atestada de huéspedes durante unos cuantos días.

Sofía se acercó a Esteban Páez que estaba manteniendo una distendida conversación con Mariano Bustamante. El hermano del novio la saludó apenas con una inclinación de cabeza y la ignoró para seguir contando una anécdota. La joven que no estaba acostumbrada a que nadie la despreciara se marchó con el ceño fruncido. Por fortuna distinguió a Pablo Ferreira entre la multitud y se acercó a él.

—Luce usted bellísima, mi bella dama —dijo Pablo con galantería y besó su mano.

Sofía le sonrió coqueta, pensando que Esteban Páez tendría que aprender algunos modales. Apenas tuvieron la oportunidad de intercambiar unas pocas palabras antes de que el padre Facundo les pidiera a todos que se sentaran.

Diego, a quien Sofía no había escuchado llegar, la sorprendió colocándole una mano en la espalda y la guio hacia donde se encontraba toda la familia. Ella se acomodó entre su primo menor y Amanda que lucía preciosa. Las últimas semanas había estado muy atareada entre los dibujos que hacía para el cura y los preparativos de la boda, pero el trabajo ocupaba su mente y la hacía sentirse bien.

Roberto Páez estaba muy guapo y elegante. Se había afeitado la barba por completo, lo que le daba una apariencia más juvenil. A su lado se encontraban María Esther y Esteban, los padrinos de boda, y detrás de un atrio de madera labrada, el cura aguardaba de pie.

Cuando Isabel entró a la iglesia del brazo de su padre, todos se pusieron de pie para contemplarla. Caminaba despacio como intentando postergar lo inevitable.

—No quiere casarse —le susurró Amanda a Sebastián que estaba a su lado.

—Me temo que nunca he visto a una novia que de verdad quiera hacerlo

—comentó el muchacho por lo bajo.

Una vez que Isabel llegó junto a su futuro esposo, el padre Facundo comenzó a hablar:

—Queridos hermanos, nos hemos reunido aquí para que Dios garantice con su gracia vuestra voluntad de contraer matrimonio. Cristo bendice copiosamente vuestra unión y os enriquece hoy y os da fuerza con su Sacramento para que os guardéis mutua fidelidad y podáis cumplir con las obligaciones del Matrimonio.

Les preguntó si aceptaban unirse en matrimonio hasta que la muerte los separe y una vez que ambos aceptaron, los declaró marido y mujer.

—¡Puede besar a la novia! —dijo el cura y Roberto Páez besó a su esposa con ternura.

Un elegante carruaje transportó a los recién casados hasta la estancia La Rosa. Conducía Leónidas, que lucía un traje acorde para la ocasión. Sofía, Amanda y sus primos los siguieron en otro vehículo.

Los Pérez Esnaola no habían escatimado en gastos. Una boda por todo lo alto era la mejor manera de demostrar que eran una de las familias más pudientes del virreinato. Habían preparado platillos suficientes para alimentar a un batallón y el menú contaba con deliciosos bocadillos españoles y locales. Las melodías interpretadas por un pianista experto y el abundante vino especiado alegraban el ambiente.

Pocas horas después de terminado el almuerzo, las mejillas sonrojadas de los presentes, delataban los efectos del alcohol. La tarde transcurrió entre risas, bailes y alguna que otra riña pasajera entre los invitados. Sofía, por su parte, no se despegaba de la cintura de Pablo Ferreira.

—Creo que ya sé por qué las personas disfrutan tanto de los bailes —le confesó el criollo al oído.

—¿Por qué? —atinó a preguntar ella con timidez.

—Porque es la única forma de que dos personas se acerquen tanto sin que llegue a considerarse inmoral —dijo, rozando con los labios el lóbulo de su oreja.

Sofía podía sentir la cálida respiración del joven sobre su cuello y la hacía estremecer. Estaban demasiado cerca, tanto que temía que escuchara los latidos de su corazón. Un pequeño movimiento fue suficiente para que sus labios quedaran enfrentados. Muerta de miedo lo besó. Había leído muchos libros románticos como para tener una idea aproximada sobre lo que debía hacer, pero llevarlo a la práctica era muy diferente. Él

correspondió al acercamiento. Sus labios eran suaves y estaban algo húmedos. Fue un beso corto, pero tierno y perfecto para ella.

Una mirada rápida a su alrededor bastó para confirmar que nadie los hubiera visto. Aún no podía creer lo ocurrido. Pablo había correspondido al beso y aquello solo podía significar que él también la amaba. Era el día más feliz de toda su vida.

Capítulo 16

Capítulo 16: Isabel

Después de unas conmovedoras palabras pronunciadas por Antonio Pérez Esnaola todos los presentes alzaron sus copas para brindar por los recién casados. Isabel probó un poco de vino y a pesar de que el primer trago le resultó amargo, continuó bebiendo.

—El día de hoy no he perdido a una hija, sino que he ganado un hijo
—agregó el hombre con falsedad y abrazó a su yerno.

Isabel aceptó los cumplidos de los invitados, se forzó a probar diferentes platillos y un trozo de pastel; bebió hasta que su vista se nubló y bailó en los brazos de su esposo. Sin embargo, el temor que oprimía su corazón no desaparecía.

Mientras bailaban Roberto Páez le había dicho que no vivirían en su mansión de la ciudad, sino en una estancia que había adquirido recientemente. Estaba a media hora de La Rosa por lo que podría ir a visitar a su familia con regularidad. Además, continuaría asistiendo a la misma iglesia. Saberlo le produjo cierta sensación de alivio temporal que desapareció cuando su marido le dijo que había llegado la hora de partir hacia la habitación que les habían asignado. Por la mañana conocería su nuevo hogar.

Se despidió sin prisas y con pesar de su familia. Uno a uno la abrazaron y le dieron sus buenos deseos. Cuando llegó el turno de saludar a Sebastián, él la abrazó y se acercó a su oído.

—Intenta relajarte. Será más fácil con el tiempo —le susurró.

Las pálidas mejillas de la joven se tiñeron de carmesí por un momento. Su tía, María Esther, la tomó del brazo y clavó sus severos ojos verdes en ella.

—No te preocupes. Estaré justo afuera de la habitación por si necesitas algo —le dijo con solemnidad.

Isabel sintió que se moría de vergüenza, pero no se resistió cuando su esposo la guió del brazo hasta la habitación. Su tía los seguía a unos pocos centímetros. La mujer al estar casada desde hacía años contaba con mucha experiencia y solo tenía intención de ayudar. Sin embargo, la joven hubiera preferido que la primera noche con Roberto fuera más íntima o bien que no ocurriese jamás.

Una vez que la pareja ingresó a la alcoba, María Esther cerró la puerta. Alguien le había dejado un hermoso camisón blanco extendido sobre la cama matrimonial.

—Podría voltearse mientras me arreglo, por favor —dijo la novia con un hilo de voz.

—De acuerdo —aceptó el hombre y clavó sus ojos negros sobre el picaporte.

Podían escuchar cómo del otro lado de la puerta, María Esther arrastraba una silla. Era imposible saber cuánto iba a durar el encuentro y no era sensato que se quedara parada durante horas.

Con las manos temblorosas intentó desanudar el lazo de su corset, pero estaba en su espalda y no llegaba. Maldijo por lo bajo y Roberto se volteó apenas.

—¿Dijiste algo, querida? —preguntó.

Negó con la cabeza. Tenía los brazos a los costados y estaba frustrada por no poder desprenderse de su vestido de novia.

—¿Puedo ayudarte con eso? —aventuró el muchacho.

—De acuerdo —aceptó, aunque no muy convencida.

Se giró y acomodó su cabello hacia adelante. Las manos de Roberto estaban frías y le hacían cosquillas. En el pasillo María Esther tosió. Cuando el lazo del corset por fin cedió, Isabel llevó los brazos a su pecho para evitar que se le cayera el vestido.

—¡Voltéese de nuevo, para que pueda ponerme el camisón! —gritó aunque esta no había sido su intención.

—¿Es necesario? —preguntó el hombre un poco incómodo.

Ella asintió con la cabeza y él la obedeció. Lejos de la mirada de su esposo, dejó que su vestido se deslizara por su cuerpo hasta caer al piso. Cubriéndose los pechos con un brazo, por si acaso Roberto decidía girarse, tomó el camisón con un fugaz movimiento y se lo deslizó por la cabeza. Le quedaba holgado y en su bordado se distinguía la mano experta de Sofía. No le avisó enseguida a su marido que estaba lista, sino que se tomó el tiempo suficiente como para intentar acompasar su respiración acelerada.

—¿Lista? —preguntó después de algunos minutos.

—Sí... sí —se vio obligada a responder y se sentó sobre la cama.

El hombre se giró despacio y la observó desde donde estaba. Se quitó los zapatos, el traje y la camisa quedándose apenas con unos calzoncillos largos y una camiseta de invierno. Isabel tenía frío y temblaba, pero se obligó a ponerse de pie y a correr las sábanas para acostarse.

Él rodeó la cama y se acomodó a su lado. El techo resultaba más interesante que nunca para Isabel, quien no se atrevía a mirar al hombre que tenía al lado. Luego de unos segundos que parecieron eternos, Roberto la besó en la mejilla y ella cerró sus ojos con fuerza.

—Bueno, que descanses —dijo y se tapó.

—¿Qué? —agregó la joven y lo observó desconcertada.

El sonido que la silla de su tía hizo al crujir resonó en toda la habitación y Roberto se removió incómodo tapado hasta la barbilla.

—¡Debemos hacerlo! De lo contrario todos estarán decepcionados de mí —agregó, clavando sus ojos verdes en los de su esposo.

Roberto Páez meditó durante algunos instantes y salió de la cama. Isabel lo observaba. ¿Acaso lo había ofendido? Su padre la mataría si era devuelta.

El hombre rebuscó entre sus prendas y sacó un facón de su bolsillo. Isabel gritó y se cubrió con las sábanas buscando una protección inexistente.

—¡No grites! —intentó callarla en vano.

¿Por qué su tía no entraba a ayudarla?

Cuando Roberto estuvo muy cerca, ella cerró los ojos y se preparó para lo peor. Sintió el peso de su esposo hundir el colchón a su lado. Cuando abrió los ojos, vio que se había hecho un pequeño corte en el brazo y estaba sangrando sobre las sábanas. Lejos de intentar asesinarla, estaba protegiendo su honor.

—¡De pie! —ordenó y su esposa lo obedeció mucho más tranquila.

Roberto salió de la cama y comenzó a sacudir la cabecera haciendo que golpee contra la pared.

—Lo están haciendo —escucharon decir a una mujer al otro lado de la puerta.

La joven llevó sus ojos verdes hacia la cerradura ornamentada. Era obvio que su tía no estaba sola.

—Así parece —agregó orgullosa María Esther.

—Es un hombre fuerte y vigoroso. No me extrañaría que esta misma noche conciban un niño—concluyó una tercera voz desconocida.

La joven tensó apenas la mandíbula. El bullicio al otro lado de la puerta indicaba que una parte de la fiesta se había trasladado al pasillo.

Sin previo aviso y sin dejar de mover la cama, Roberto comenzó a soltar gemidos extraños. Debía ser una actuación bastante creíble porque fuera de la alcoba, las mujeres parecían complacidas.

—Ayúdame —le rogó el muchacho en un susurro.

Isabel negó con la cabeza sintiendo que las mejillas le ardían, pero después contribuyó con algunos quejidos. Una media hora más tarde Roberto se dejó caer en el lecho y se frotó el brazo cansado. Ella se acomodó a su lado, manteniendo una distancia prudente, y ambos se dispusieron a dormir.

Una anciana entró al cuarto antes de que el sueño llegara, para retirar sus sábanas y ofrecerles unas nuevas. Se levantaron y la dejaron hacer el intercambio. Los felicitó y salió con una sugerente sonrisa de la habitación para poder reunirse con las bulliciosas damas del pasillo. Quizás Sebastián tuviera razón y las siguientes noches junto a su esposo fueran más sencillas.

Capítulo 17

Capítulo 17: Sebastián

A medida que transcurrían los días, los huéspedes fueron partiendo hacia sus hogares y La Rosa recuperó su tranquilidad habitual. Aunque Isabel se había marchado hacía menos de una semana, su ausencia generaba cierta sensación de melancolía que se extendía como una sombra entre los miembros de la familia Pérez Esnaola.

Sofía le había pedido permiso a su padre en más de una ocasión para que le permitiera ir a visitar a su hermana mayor. Sin embargo, Antonio había sido tajante en la decisión de que nadie molestara a la feliz pareja mientras vivían su luna de miel. Doña Catalina, por su parte, solía colocar un plato de comida de más y aunque al principio Sebastián se había burlado de ella, finalmente comprendió que el dolor de una madre no era motivo de risa.

Aquel sábado uno de los sirvientes de Juan Bustamante se presentó en la casa y les comunicó que su patrón los invitaba a ir de cacería. También acudirían su hijo Mariano y Pablo Ferreira. Sebastián esperaba con cada fibra de su ser que la suerte le volviera a sonreír como había ocurrido la última vez que había ido a cazar. Deseaba poder encontrarse a escondidas con su querida Ana.

Óscar le pidió a Leónidas que ensillara cuatro caballos. Pasarían a buscar al criollo y se encontrarían con los Bustamante en un pequeño bosquecillo.

—Puedes llevarte a Génesis si quieres, primo. Es la más rápida y quizás te dé algo más de suerte esta vez —le dijo Amanda a Sebastián.

Génesis era la yegua favorita de la muchacha. Sumisa y hermosa, destacaba con su crin plateada entre los demás caballos del establo.

—No me decepciones otra vez —bramó su padre fulminándolo con la mirada.

Sebastián sopesó la posibilidad de pasar por el mercado y comprar algunas liebres después de su encuentro furtivo.

Cuando llegaron a Esperanza, la estancia de Pablo Ferreira, el criollo aguardaba montado sobre un caballo negro. Sin perder tiempo se pusieron en marcha hacia el bosquecillo en el que los esperaban los Bustamante. Don Juan y su hijo ostentaban unas costosas armas nuevas e iban montados en un par de corceles blancos. Presumían con orgullo de aquellos bienes a los que podían acceder gracias a Antony Van Ewen. Es

decir, gracias al contrabando.

—Iré con Diego. No quisiera que los otros me peguen su mala suerte —dijo Mariano en un tono socarrón y Pablo se burló imitándolo a sus espaldas y exagerando sus expresiones.

—Yo voy a ir con Pablo —se apresuró a decir Sebastián.

—Bien, yo iré con ustedes. ¡Les enseñaré cómo cazar! ¡No se preocupen que esta vez no volverán con las manos vacías! —añadió Don Juan Bustamante y los muchachos intercambiaron una mirada cargada de desilusión.

—¡Vamos, Antonio! Vamos a demostrarles a Juan y a estos niños cómo cazan los hombres de verdad.

Óscar y su hermano partieron a toda velocidad dando inicio a la feroz competencia. El grupo de Sebastián comenzó a cabalgar hacia el poniente, dejando atrás a Diego y a su compañero que parecían estar trazando una estrategia para ganar. Ya que los planes del muchacho habían sido frustrados por el esposo de Ana, el joven decidió que haría todo lo que estuviera a su alcance para limpiar su nombre dando su mejor esfuerzo durante la cacería.

Guiados por Juan Bustamante, no tardaron en toparse con una hilera de patos que caminaban en fila junto a un arroyo.

—No hagan ruido —les advirtió el hombre mientras se bajaba con una considerable destreza de su corcel.

Pese a estar avanzado en años y de portar un poco de sobrepeso, Bustamante era bastante ágil. Sebastián y Pablo lo imitaron procurando no hacer ruido.

El viejo dio unos cuantos pasos hasta camuflarse detrás de unos arbustos. Desde donde estaba, Sebastián pudo notar la incipiente calvicie del hombre oculta por el escaso cabello rojizo veteado de canas.

Los muchachos siguieron a Juan Bustamante, pero se detuvieron cuando una rama se partió debajo del pie de Pablo Ferreira que se sonrojó abochornado.

—¡Silencio, niños! —los reprendió en voz baja el hombre.

Sebastián no pudo evitar que un sentimiento de rabia e impotencia invadiera su cuerpo. Los llamaba niños cuando su propia esposa era menor que ellos. Compadecía a su pobre Ana que tenía que soportar a este desagradable sujeto cada noche en su lecho, mientras que él en la

soledad de las madrugadas tan solo podía conformarse con su recuerdo.

Bustamante alistó su rifle y se preparó para apuntarle a los patos. A pocos pasos de él, Pablo lo imitó. Sebastián cogió fuerte su arma entre las manos, pero su mira estaba puesta en el tentador blanco que proporcionaba aquel lugar sin cabello en la cabeza del anciano.

Fantaseó por una fracción de segundo y se vio jalando el gatillo. Podría alegar que había sido un accidente y Ana por fin sería libre para estar con él. Pablo lo rodeó con un brazo y lo giró hacia un lado logrando que aparte la mirada de don Bustamante.

—¡Mira! ¡Un conejo! —señaló el criollo, guiando el arma de su amigo hacia unos matorrales cercanos.

El muchacho no mentía. Efectivamente un conejo blanco y gordo había clavado sus ojos rojos en ellos. Tenía las orejas hacia atrás y sus mejillas se inflaban con cada respiración.

Sebastián disparó, pero el conejo fue más rápido y lo perdieron de vista. Juan Bustamante comenzó a soltar improperios contra los jóvenes amigos. El estridente estallido del rifle había espantado a todos los patos que se alejaban volando. Pablo y Juan intentaron atinarles algún tiro en pleno vuelo, pero resultó en vano.

—¿En qué estabas pensando, muchacho? ¡Con las ganas que tenía de comer pato a la naranja! —le gritó Bustamante a Sebastián con las mejillas enrojecidas por la ira.

—Lo siento —se disculpó el joven.

Pablo lo miraba con cautela, pero no dijo nada. Aunque no hubiera pensado llevar a cabo sus fantasías homicidas, Sebastián estaba seguro de que su amigo lo había visto apuntándole al viejo a la cabeza. Un grito seguido de un pedido de auxilio por parte de su padre lo sacó de sus pensamientos.

Los tres hombres dejaron de lado sus diferencias y se subieron a sus caballos. Partieron al vuelo entre los árboles para acudir al llamado de Óscar Pérez Esnaola. Escucharon un disparo proveniente de otro punto del bosque, pero lo ignoraron. El hombre continuaba gritando. Las ramas desnudas de los árboles les arañaban el rostro y las manos, pero no se detuvieron ni aminoraron la velocidad.

Sebastián distinguió a la yegua color caoba de su padre caminando despacio y la tomó de las riendas para que no se escapara. Avanzaron durante algunos segundos y distinguieron una imagen que jamás podrían

borrar de sus mentes.

Antonio Pérez Esnaola yacía en el suelo rodeado de un charco de su propia sangre. Tenía los ojos verdes abiertos de par en par y su cabeza reposaba sobre una roca puntiaguda en una posición antinatural.

Pablo Ferreira se apeó del caballo y se acercó al tío de su amigo. Tragó saliva y colocó dos dedos sobre el cuello del hombre.

—Está muerto —dijo confirmando lo que ya todos sabían.

—¡Por el amor de la virgen y de todos los santos! —gritó Diego que acababa de llegar cargando un zorro muerto sobre los hombros.

—¿Cómo pudo pasar algo así? —se aventuró a preguntar Mariano que estaba tan pálido como el cadáver.

—Su caballo vio una serpiente y se asustó. Antonio cayó y el animal escapó —explicó Óscar y se acercó para cerrar los ojos de su hermano menor.

Capítulo 18

Capítulo 18: Amanda

Amanda estaba ansiosa por mostrarle al padre Facundo los nuevos dibujos que había realizado para que formaran parte de la Biblia ilustrada en la que estaban trabajando. Atravesó el pasillo arrastrando su vestido sobre la alfombra roja que conducía hasta el altar, pero el templo parecía vacío. Se dirigió hacia el confesionario, pero el padre tampoco se encontraba allí.

Estuvo a punto de marcharse, pero escuchó risas provenientes del otro lado de una puerta entornada que estaba a pocos pasos de ella. Avanzó con sigilo y se detuvo en el umbral. No llegaba a ver a las personas en el interior de la habitación, pero distinguió la voz del padre Facundo. Casi tuvo que pegar la oreja a la placa de madera para entender lo que estaba diciendo el cura.

—Julia, querida, tu presencia aquí me hace el hombre más feliz del mundo. No te puedes dar una idea de lo mucho que te he extrañado —le confesó el padre a la mujer que se encontraba con él.

—Los días me parecían eternos desde que te enviaron a este pueblo. Ya casi nunca ibas a visitarme. Tal vez me instale por aquí. Nada me retiene en Luján —agregó la muchacha.

—Si me hubieras escrito que venías hubiese preparado algo para recibirte —dijo el párroco.

—Pensé que era mejor darte una sorpresa. Además, fue algo que decidí de repente. La soledad me agobiaba y sentí la necesidad de volver a abrazarte —añadió Julia.

—Entonces ven y dame otro abrazo —agregó y se escuchó el movimiento de las sillas.

Amanda no podía creer lo que estaba sucediendo y sintió que su corazón se oprimía. El cura siempre le había parecido un hombre honrado, pero ahora se lanzaba a los brazos de una mujer. Con los labios apretados por la rabia y la desilusión que sentía, la joven golpeó tres veces el marco de la puerta. Fingiría no haber escuchado sus confesiones, pero la invadía una imperiosa necesidad de frustrar ese encuentro a como diera lugar. Esperó una respuesta conteniendo la respiración.

—¿Quién es? —preguntó el cura.

—Amanda —respondió ella con una voz que no sintió como propia.

Se escucharon pasos y un instante después Facundo abrió la puerta por completo. Hizo una señal a Amanda para que ingresara y le regaló una sonrisa amable.

—Adelante, por favor. Quiero que conozcas a alguien muy especial para mí —dijo.

Amanda no podía creer semejante desfachatez. ¿Acaso pretendía hacerla partícipe de sus fechorías? Ella podría haber ayudado a Sebastián en ciertas ocasiones a encontrarse con alguna mujer a escondidas, pero no estaba dispuesta a ser tan permisiva con el padre Facundo al que suponía un hombre entregado a Dios. Estaba dolida y no iba a perdonarlo. Se lo contaría a todo el mundo para que los apedrearan en la plaza pública. Siempre había imaginado que si el cura alguna vez abandonaba los hábitos sería para estar con ella.

—Julia, ella es Amanda Pérez Esnaola. Me está ayudando a elaborar una Biblia ilustrada. Su talento es incomparable. —El padre hizo una pausa y continuó—: Amanda, ella es Julia, la viuda de Don José Duarte. Es mi hermana menor. Está de visita, pero con un poco de suerte el pueblo logrará conquistarla como lo hizo conmigo y se quedará con nosotros.

Amanda se sentía completamente tonta. Había dudado del hombre más bueno del mundo. Julia le sonreía parada junto a una pequeña mesa de madera gastada. Llevaba sus bucles cobrizos recogidos en un tocado y sus ojos celestes estaban teñidos de bondad.

—Me encantaría poder contemplar sus obras —agregó Julia con voz suave.

—Está bien, pero no son más que algunos bocetos —aceptó Amanda, un poco avergonzada.

Los tres se sentaron a la mesa y mientras Julia contemplaba los dibujos maravillada, Facundo les cebaba unos mates amargos.

—¡Son fantásticos! Mi esposo era pintor y hacía retratos por encargo. Créame que sus obras no tienen nada que envidiarle, señorita Amanda —dijo Julia.

—¡Muchísimas gracias! Lamento oír lo de su esposo. ¿Falleció hace mucho? —preguntó la joven.

—No se preocupe. Ocurrió hace casi dos años y todos sabían que sucedería. Era un hombre mayor y estaba enfermo. Tenía la esperanza de concebir un heredero antes de morir. Por desgracia partió pocos días

después de la boda. Su familia me sigue culpando por no haberle dado un hijo que justificara el haberme incluido en su testamento —contó la joven viuda con el rostro un poco tenso.

Amanda no pudo evitar sentir pena por la muchacha que tendría más o menos su edad. La habían casado con un viejo moribundo y había quedado viuda muy joven.

Pasaron el resto de la tarde conversando de distintos temas. Facundo y Julia habían crecido en un hogar humilde. Su padre había sido carpintero y su madre lavandera. El pintor le había pagado los estudios a Facundo a cambio de la mano de Julia de quien se había enamorado a primera vista cuando ella no era más que una niña. Ninguno se atrevió a decirlo, pero enviudar tan pronto era quizás lo mejor que le podía haber pasado a la hermana del cura.

Alguien llamó a la puerta desesperado y el padre Facundo se levantó para abrir. Eran Leónidas y Pablo Ferreira. Las muchachas se pusieron de pie y se acercaron a ellos. Algo malo sucedía. El criado tenía los ojos enrojecidos y en sus mejillas polvorientas se distinguía el camino marcado por las lágrimas que ya se habían secado.

Pablo parecía alterado y estuvo a punto de decir algo. Sin embargo, enmudeció al ver a Julia. Facundo iba a presentarlos, pero Leónidas lo interrumpió.

—Señorita, su padre... —comenzó a decir, pero sus ojos se llenaron de lágrimas y tapándose el rostro con las manos no se atrevió a continuar.

—Se cayó del caballo —terminó la frase Pablo, obligándose a apartar sus ojos de Julia.

—¿Está bien? —preguntó Amanda, a pesar de que sabía la respuesta.

Pablo negó con la cabeza muy despacio.

—Lamento mucho su pérdida —agregó el criollo con la voz ronca y suave.

—¡Nooo! —gritó Amanda con el corazón desgarrado y se abrazó al padre Facundo que estaba junto a ella con la mirada sombría.

El cura la rodeó con los brazos conteniendo todo su peso. Amanda sintió la ausencia de su padre como un eclipse de sol. Él siempre había estado para ella y ahora sin previo aviso se había marchado. Los buenos recuerdos que habían vivido juntos se sucedían en su mente y acrecentaban el dolor de la pérdida que se aliaba con el miedo de saber que nunca más lo iba a

volver a ver.

Alguien dijo algo, pero el mundo había dejado de tener sentido para Amanda y solo pudo ignorarlo. Unas manos firmes la separaron de los brazos de Facundo que evitaban que se hundiera en un profundo abismo. El padre la soltó y ella sintió frío. Intentó dar un paso, pero sus piernas se negaron a sostenerla. Alguien, que no era el padre Facundo, la tomó en brazos y la cargó hasta el exterior. Los rayos del sol la obligaron a entrecerrar los ojos y a apartar la vista del cielo. Pablo la llevaba hacia un carruaje, lejos de la iglesia y lejos de Facundo.

—¡Iré esta noche a hablar con Doña Catalina y la familia! ¡Recuerda que en los peores momentos, cuando todo parece perdido, es cuando Dios está más cerca! ¡Busca refugio con él! —le gritó el cura desde la escalinata de piedra de la entrada.

Amanda pensó que si Dios hubiera estado cerca de ella, no le habría arrebatado a su padre. No respondió y se limitó a observar el suelo desde los brazos de Pablo. La sombra de un ave los siguió hasta que el criollo la acomodó en el interior del vehículo.

—¿Quién va a cuidar de nosotras ahora? —se lamentó Amanda, cuando Leónidas azotó a los caballos y comenzaron a ganar velocidad.

—Son mujeres fuertes. No necesitan que nadie cuide de ustedes
—respondió Pablo y cerró la cortina que estaba de su lado.

El sonido de las campanas de la iglesia acompañaba su viaje y parecía intentar advertirles a los ángeles que debían escoltar el alma de su padre hasta el cielo. Las lágrimas volvieron a surgir en sus ojos color esmeralda y Pablo en un vano intento por consolarla la rodeó con un brazo. El dolor se volvía insoportable y oprimía su pecho dificultando el paso del aire a través de su garganta.

Capítulo 19

Capítulo 19: Diego

El padre Facundo había dado una misa en la que todo el pueblo oró por el alma de Antonio Pérez Esnaola. Julia de Duarte, la hermana del cura, había interpretado en su honor una hermosa canción. Pablo Ferreira, incluso, la había confundido con uno de los ángeles del Cielo. Sus comentarios no pasaron desapercibidos para Sofía, quien tomó fuerte del brazo a Diego y no lo soltó durante toda la ceremonia.

Luego del entierro Roberto Páez tuvo que atender negocios urgentes en la ciudad y le permitió a Isabel regresar a la estancia La Rosa para que acompañara a su madre en el dolor de la pérdida. Con Catalina confinada voluntariamente en su habitación, Óscar se vio obligado a ocuparse de administrar las finanzas de su fallecido hermano. Pese a que Isabel estaba dispuesta a ayudar a su madre a organizar sus cuentas, su tío descartó la idea enseguida; pues ella no era más que una mujer y además, ahora pertenecía a la familia Páez.

El mes más doloroso en la vida de los Pérez Esnaola había transcurrido y poco a poco la vida en la estancia parecía ir recuperando la normalidad. A pesar de que la ausencia de su tío aún le pesaba a Diego, una parte de él se alegraba de que Julia hubiera llegado a sus vidas. La joven viuda había cautivado a Pablo con su belleza y lo mantenía lejos de Sofía que se mostraba fría y distante con él cada vez que se encontraban.

Las malas lenguas comentaban que Isabel había sido devuelta, pero a mediados de ese mes Roberto Páez se presentó en la estancia para llevarse a su esposa. A pesar de que la muchacha insistió en que su madre aún la necesitaba, su marido se mantuvo firme en que debía regresar a su casa.

—Amada mía, podrás seguir visitando a tu madre cuando lo desees, pero nuestro hogar resulta frío y vacío sin tu presencia —le dijo Roberto a su mujer.

Como Catalina seguía en su habitación, Isabel buscó apoyo en los ojos de su tía, pero no lo encontró.

—Tu madre tiene otras dos hijas que pueden cuidarla. Tu deber es ir con tu marido y darle un hijo varón. Ya no perteneces a esta familia, ahora eres una Páez —sentenció María Esther.

Isabel guardó sus cosas y se marchó junto a Roberto. A partir de ese momento ya solo la veían los domingos en la iglesia y su marido siempre

estaba presente en las conversaciones que tenía con su familia.

Amanda, por su parte, buscaba consuelo en Dios y estaba cada vez más involucrada en la iglesia. Seguía realizando dibujos para la Biblia del cura, pero también realizó algunos cuadros que el padre colgó en las paredes del templo. Julia Duarte y ella se habían vuelto muy cercanas por lo que la presencia de la joven de cabellos rojizos en la estancia era bastante frecuente.

Otro visitante habitual era Pablo Ferreira que solía pasar más tiempo en La Rosa que en su propia estancia. Por fortuna desde que Sofía había perdido su interés en el criollo, Diego ya no lo percibía como una amenaza e incluso algunas tardes jugaba con él y con Sebastián a las cartas o bien, salían a cazar.

El invierno vio su fin y los colores regresaron a los árboles y a los vestidos de las jóvenes Pérez Esnaola. La noticia de que Isabel estaba encinta y los preparativos para la fiesta de presentación en sociedad de Sofía no fueron suficientes para librar a Catalina de su profunda depresión.

Sofía ya había vivido quince primaveras y aquello significaba que ya era una mujer. Óscar no escatimó en gastos e invitó a las familias más influyentes del pueblo para que admiraran la belleza de su sobrina más joven.

Antony Van Ewen que había regresado de sus viajes también fue invitado. Esto era motivo más que suficiente para que Amanda recibiera un vestido nuevo que remarcaba sus atributos de mujer. Las instrucciones de María Esther habían sido claras. Tenía que acercarse al inglés para que este recordara sus intenciones de compromiso.

Sofía estaba más hermosa que nunca con un vestido turquesa que resaltaba sus ojos y sus bucles dorados cayendo sobre sus hombros. Diego se sentía en el cielo bailando con ella en sus brazos.

Cerca de ellos Pablo, quien había sido rechazado por Julia, bailaba con Magdalena. Los ojos claros de la morena denotaban cierto dejo de tristeza, quizás por haberse convertido en la segunda opción del criollo. Sin embargo, estaba claro que no quería quedarse fuera de la pista de baile.

Antony Van Ewen se acercó hasta Diego con un andar elegante e interrumpió aquel mágico momento que estaba viviendo con su prima.

—Es un verdadero placer volver a verlo, joven Diego. ¿Podría robarle a su pareja por un momento? —le preguntó el inglés y extendió su mano con

una inclinación de cabeza hacia Sofía.

La preciosa joven soltó a su compañero y tomó la mano que le ofrecía Van Ewen. La mandíbula de Diego se tensó, pero no tuvo más remedio que aceptar que prácticamente le arrancaran de los brazos a su querida prima.

Cargado de ira, que afloraba del interior de su pecho, se acercó hasta donde se encontraba Amanda comiendo uvas blancas.

—Primo —lo saludó, mirándolo con la cabeza ladeada.

—¿No deberías estar bailando con Antony Van Ewen? —preguntó Diego casi con brusquedad.

—Al parecer no es en mí en quien está interesado —añadió y observó al inglés que bailaba con su hermana.

Frustrado, Diego dejó caer todo su peso sobre una silla y tomó un puñado de uvas blancas. Al notar la forma en la que Van Ewen deslizaba su mano por la espalda de Sofía, apretó el puño y destrozó las frutas que había cogido.

Amanda no pudo evitar reír por lo bajo y su primo la fulminó con la mirada. En son de paz ella le tendió una servilleta para que pueda deshacerse de los restos de uvas que se escurrían entre sus dedos.

—¿Por qué mejor no bailamos tú y yo? —propuso Amanda.

—No me apetece seguir bailando —exclamó, mientras se limpiaba las manos.

—¡Por favor, bailemos! Somos los únicos en toda la fiesta que no se están divirtiendo —rogó la joven.

Diego miró a su alrededor. Amanda tenía razón. Todos tenían pareja y estaban en la pista. Simón, el secretario de Van Ewen, había conseguido sacar a bailar a Julia y Sebastián guiaba al ritmo de la música a la señorita Mercedes, la hija mayor de Juan Bustamante.

—De acuerdo —aceptó Diego.

Se puso de pie y le ofreció la mano a su prima, quien parecía aliviada. Por el contrario, Diego se sentía perdido. Alguna vez se había sentido amenazado por Pablo Ferreira, pero el inglés era más guapo, más elegante y muchísimo más rico que el criollo. Además, había comprado con oro y regalos el respeto de la familia Pérez Esnaola. Si Antony Van Ewen quería ganarse el corazón o la mano de Sofía, había muy poco que

Diego pudiera hacer para impedirlo.

Capítulo 20

Capítulo 20: Sofía

Sofía no podía sacar de su mente la mágica noche que había pasado bailando en los brazos de Antony Van Ewen. A partir de ese momento había incluido al inglés en sus plegarias y le rogaba a Dios para que no dejara que el joven se olvidara de ella. Lo que más deseaba era que pidiera su mano pronto. Estaba segura de que había existido una conexión entre los dos.

Se había confundido antes con Pablo Ferreira, quien había resultado ser un charlatán y un mujeriego. Sin embargo, Antony era completamente diferente. Se notaba a simple vista que era un hombre de honor.

El miércoles después del almuerzo Sofía escuchó el sonido de los cascos de un caballo que trotaba sobre el pedregoso sendero que conducía hacia la estancia. Corrió hacia la ventana y distinguió al galante inglés sobre un hermoso semental. Parecía un príncipe.

—¡Tía, es Antony! No se ha olvidado de mí —anunció emocionada.

—Tranquila, que no se note que estás nerviosa —aconsejó María Esther.

Esperaron a que el muchacho se acercara a la puerta y llamara tres veces. Lo hicieron esperar intencionalmente durante algunos segundos y luego María Esther lo invitó a entrar. Antony Van Ewen saludó con cordialidad a la mujer y a su esposo y luego se acercó a Sofía para besar su mano con galantería.

—¿Cómo se encuentra hoy, mi bella dama? —preguntó, con su irresistible acento.

—Estoy muy bien, gracias por preguntar —añadió Sofía con coquetería y le dedicó una sonrisa tímida.

María Esther propuso que se sentaran en la sala, mientras ella iba por algunos bocadillos. Catalina continuaba en su habitación, Sebastián y Diego habían salido a cabalgar y Amanda por fortuna se encontraba en la iglesia, muy lejos de la mirada de Antony. Si bien el inglés no se había mostrado interesado en la joven, Sofía no podía evitar sentirse nerviosa por su causa. Era mayor que ella y su familia consideraba que era justo que se casara primero. Sin embargo, Amanda no tenía pretendientes y últimamente se mostraba muy devota a la religión. Tal vez podría considerar hacerse monja y entregar su corazón a Cristo.

La conversación comenzó tranquila y viró en torno a algunas propuestas de trabajo para Diego y Sebastián. Justo cuando Sofía comenzaba a aburrirse, Antony Van Ewen develó la verdadera razón que lo había llevado a La Rosa.

—No quiero hacerlos perder tiempo con asuntos que luego podré tratar yo mismo con sus hijos. La verdad es que me gustaría casarme pronto y la belleza de Sofía me ha cautivado. Estoy al tanto de que sería conveniente que la señorita Amanda sea la primera en casarse, pero estoy dispuesto a pagar una generosa suma por cualquier tipo de inconvenientes que pudiera ocasionar adelantar la boda —añadió el hombre sin rodeos.

El corazón de Sofía latía acelerado y Antony miraba a Óscar Pérez Esnaola muy serio. Si su tío no aceptaba el trato ella nunca se lo perdonaría. Siempre había soñado desposarse con un hombre tan rico y guapo como él. Era como un héroe de libros de cuentos. Ella estaba segura de que la protegería de toda clase de peligros y de la adversidad.

—¿De cuánto dinero estaríamos hablando? —preguntó Óscar pasando los dedos por su elegante bigote.

—Bueno, más o menos... —comenzó a decir el inglés, pero fue interrumpido.

—¡No! Mi esposo no hubiera permitido algo así. Sería injusto para Amanda. Ella debe casarse primero —sentenció Catalina que estaba parada en el umbral de la puerta de la sala con el rostro cubierto con una mantilla negra.

Parecía una bruja y Sofía sintió un profundo odio hacia ella tras escuchar sus palabras. No podía creer que su madre fuera tan injusta.

—¡Mamá, por favor! Amanda no está interesada en el matrimonio. Quizás sería más feliz en un convento —sugirió Sofía, desesperada y con los ojos enrojecidos por las lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos.

—Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo, mi bella Sofía. No se preocupe, por favor —la tranquilizó Antony con ternura.

—Dudo mucho que Amanda quiera ser monja. No sobreviviría ni dos días en un convento, privada de las comodidades que tiene una dama —comentó María Esther y dejó un espacio para que su cuñada se sentara a su lado.

Sofía fulminó con la mirada a su tía. Se preguntaba por qué todos eran tan crueles y no eran capaces de pensar aunque sea un poco en sus

sentimientos.

—Muy bien. No es mi intención causar... ¿Cómo se dice? Discordias familiares. Esperaré a que la señorita Amanda encuentre marido, pero mientras tanto me gustaría que me dieran permiso para cortejar a la preciosa Sofía. Me gustaría que seamos... novios —dijo Antony Van Ewen intentando encontrar las palabras adecuadas.

Sofía miró a su madre con una mirada suplicante.

—Está bien, pero deberán salir siempre acompañados por una chaperona. Dependerán de la buena voluntad de María Esther y de Isabel —aceptó la viuda.

—Gracias, mamá. No te arrepentirás, lo prometo —dijo Sofía, incapaz de disimular su repentina felicidad.

—Traje un regalo para celebrar nuestro noviazgo —el joven sacó del bolsillo de su chaleco una caja forrada en terciopelo negro.

La abrió acercándose a Sofía que quedó maravillada ante la hermosa gargantilla de rubíes.

—¡Es hermosa! —exclamó ella.

—¿Puedo? —preguntó él y Catalina asintió con la cabeza.

Antony se levantó y le dio la mano a Sofía para que también se pusiera de pie. Ella giró y acomodó sus bucles rubios hacia adelante mientras él colocaba la gargantilla en su cuello. Los dedos cálidos del inglés contrastaban con el frío del metal sobre su piel. Mientras él cerraba el broche de oro acercó su rostro a Sofía. Podía sentir su aliento cálido sobre el lóbulo de su oreja.

—Quiero que la uses la noche de nuestra boda. No quiero que lleves puesto nada más... —susurró antes de regresar a su asiento.

Sofía experimentó una extraña sensación de vértigo y sintió que le temblaban las piernas y que sus mejillas le ardían. Se sentó sin atreverse a decir nada. Tan solo le lanzó algunas miradas indiscretas a Antony que siguió conversando con el resto de la familia durante algún tiempo.

—Vendré a buscarla el sábado y la llevaré al teatro —prometió, besó su mano y le regaló media sonrisa antes de marcharse.

Apenas salió el inglés de la estancia, Sofía sintió su ausencia. Miles de sensaciones se arremolinaban en su interior y ansiaba con cada fibra de

su ser volver a verlo pronto.

Sus primos entraron a La Rosa acompañados por Pablo Ferreira antes de que regrese Amanda.

—¡Diego, no lo creerás! ¡Antony Van Ewen y yo estamos comprometidos!
—comentó emocionada asegurándose de que Pablo la escuchara.

—¡Felicidades, prima! —exclamó Sebastián poniendo una mano en el hombro de Diego que estaba tan pálido como un espectro.

—Me alegro por ustedes —se limitó a decir Pablo y se dirigió a saludar a los mayores.

Sofía estaba segura de que, aunque lo disimulaba muy bien, había visto a Pablo por lo menos un poco celoso. Después de todo, se habían besado en una ocasión y él no podía haber olvidado la suavidad de sus labios con tanta facilidad.

Diego, sin siquiera felicitarla, salió por la puerta que aún se encontraba abierta.

—¡Primo! —lo llamó ella confundida e intentó seguirlo, pero Sebastián la tomó de la muñeca y la detuvo.

—Déjalo, ya lo hiciste sufrir mucho —dijo él en voz baja y con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Yo? ¿Por qué? ¡Jamás lo lastimaría! —agregó indignada.

—¿Acaso no te diste cuenta de que está enamorado de ti? Siempre te ha amado. Déjalo solo con su dolor —dijo Sebastián y sus palabras fueron como un baldazo de agua fría para Sofía.

¿Enamorado de ella? No daba crédito a lo que escuchaba. ¿Sería otra de las mentiras de Sebastián? No dudaba que Diego la quisiera mucho, tanto como ella a él. Eran mejores amigos, casi hermanos. Así había sido siempre. ¿De verdad Diego podía tener esa clase de sentimientos por ella? ¿Por qué nunca le había dicho nada si era de ese modo?

Capítulo 21

Capítulo 21: Isabel

Isabel se encontraba tejiendo en la mecedora de la entrada de aquella casa, que por mucho que deseara, no lograba sentir como propia. Echaba de menos a su familia, pero su tía le había dejado claro que ya no era bien recibida allí.

Aunque extrañaba muchísimo a sus hermanas, la joven no tenía motivos reales para quejarse. Roberto Páez era un hombre amable que la quería y ella a cambio aceptaba sus regalos y lo trataba bien. Los negocios que él tenía en la ciudad lo mantenían alejado de la estancia, a veces durante días enteros.

Desde el momento en el que la partera le confirmó a Isabel que estaba embarazada, Roberto había dejado de compartir su lecho por las noches. Su cuñado, por el contrario, rara vez dormía solo. Era frecuente que el muchacho disfrutara de la compañía de jóvenes mestizos. Incluso, había días en los que el mismísimo Mariano Bustamante llegaba a la estancia muy entrada la noche y partía al despuntar el alba.

Distinguió a su tío que se acercaba montando un caballo color canela. A su lado caminaba una esclava negra. Llevaba un bulto entre los brazos y a medida que se acercaban Isabel distinguió que se trataba de un niño. La joven se puso de pie y bajó la escalinata de la entrada para ir a recibir a Óscar Pérez Esnaola.

—¡Tío, qué sorpresa! Me alegra mucho verte —exclamó la joven.

El hombre se apeó de su montura y besó la mano de su sobrina. Ella llamó a un peón para que se encargara del caballo.

—¿Está todo bien en La Rosa? —preguntó frunciendo un poco el ceño, puesto que era extraño que la fuera a ver.

—Sí, todo está bien. No te preocupes. Fui al mercado y pensé en traerte un regalo —dijo empujando con cuidado a la esclava para que avanzara.

La mujer se aferraba a su niño y temblaba, pero los siguió cuando entraron al interior de la casa.

—¿Una esclava? —preguntó Isabel.

—Sí. Acaba de parir y me aseguré de que tenga leche en su pecho. Podrá amamantar a tu hijo cuando nazca, así podrás seguir viéndote bien para tu esposo —añadió Óscar, jugando con su bigote, incómodo por el rumbo

que estaba tomando la conversación.

—¿Qué cosas dices? —dijo con timidez.

—Sabes que tengo razón. No querrás dejar de ser atractiva y que empiecen a llover bastardos en tu casa. ¡Cuida lo que tienes! Si no quieres al crío puedes dejarlo en la Casa de Niños Expósitos y se encargarán de él, pero no rechaces a la mujer —dijo casi con brusquedad.

La negra abrazaba al niño con las mejillas perladas por las lágrimas y el sudor. Temblaba a pesar de que era un día cálido.

—Ya veré que hago con él. Gracias —aceptó mientras se acariciaba el vientre.

Isabel llamó a dos criadas. Le pidió a una que trajera chocolate caliente y pastel para que su tío y ella pudieran merendar y a la otra le ordenó llevar a la nueva esclava y a su hijo afuera para que se bañaran.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la criada en voz baja mientras guiaba a la madre hacia el exterior.

—Dionisia —respondió con la voz quebrada y comenzó a toser.

—¿Qué es esto? ¿Estás enferma? —preguntó Isabel sin levantarse de su asiento.

—No, no, yo no... —comenzó a decir Dionisia muerta de miedo.

—¡Cómo sea, ya váyanse! —ordenó agitando un pañuelo perfumado que luego se llevó al rostro.

—Quiero pedirte un favor. ¿Podrías acompañar a Sofía al teatro este sábado? Antony Van Ewen la está cortejando y creo que se sentirían más cómodos contigo que con mi mujer —agregó Oscar cuando una de las criadas llegaba con una bandeja.

—¿Antony Van Ewen y Sofía? ¿Qué pasa con Amanda? —preguntó confundida.

—De eso también quería hablarte. Quizás puedas sugerirle a tu cuñado que se fije en Amanda —comentó el hombre y bebió un poco de chocolate caliente.

—Dudo mucho que Esteban se encuentre interesado en ella o en cualquier otra mujer —añadió Isabel con total sinceridad.

—Ya veo... Quizás algún amigo de tu esposo... No quisiera que Van Ewen perdiese el interés en Sofía y no hay forma de convencer a tu madre de que acepte que se casen antes de que Amanda lo haga —dijo.

—Claro, haré lo posible —mintió la joven.

A Isabel no le apetecía formar parte de eso. No quería que su familia obligara a Amanda a casarse solo para que Sofía se desposara con un pirata adinerado. Aunque Roberto había resultado ser un buen marido dentro de todo, la mayoría de las damas con las que conversaba en la iglesia no habían resultado ser tan afortunadas.

Había visto los moretones en los brazos de Ana de Bustamante, porque su marido sospechaba que ella tenía un amante. También había escuchado la historia de Julia, la hermana del cura, y su viejo y repulsivo difunto esposo. Ni siquiera su querido padre, que descansaba en paz, había sido un marido ejemplar.

—Cuento con tu apoyo entonces —concluyó Óscar y ella asintió con la cabeza.

—Iré el sábado a La Rosa, así podré acompañar a Sofía a su cita —dijo ella.

Tenía la esperanza de poder conversar un poco con Amanda y con su madre una vez que estuviera allí. Se sentía sola y su familia le hacía mucha falta.

—De acuerdo. Será mejor que me vaya. Dale mis saludos a los señores Páez y cuídate mucho, querida —dijo él poniéndose de pie.

—Así será y muchas gracias por el regalo —agregó y lo acompañó hasta la salida.

Dionisia estaba arrodillada en el suelo con el pecho descubierto mientras una criada cepillaba su espalda con ahínco. Su tío la observó sin decoro hasta que un mozo de cuadra le alcanzó su caballo.

—¡Adiós! —se despidió, subió a su montura y se alejó dejando una estela de polvo tras él.

Isabel observó al bebé que dormía sobre el suelo envuelto en una manta. No podía evitar preguntarse si cuando naciera su hijo ella sería una buena madre. Nunca le habían gustado demasiado los niños, pero desde que era pequeña el único sueño que parecía estar permitido para ella era el de ser una buena madre y esposa.

Dionisia comenzó a toser y su hijo comenzó a llorar. Isabel dio media vuelta y regresó al interior de la sala. Continuaría tejiendo la que se convertiría en la primera manta de su hijo. Esperaba que fuera un varón y no para complacer los deseos de su esposo, sino porque quería que él sí pudiera experimentar la libertad. Deseaba que su bebé fuera dueño de su propia vida.

Capítulo 22

Capítulo 22: Sebastián

Sebastián tenía un mal presentimiento. Pablo Ferreira había quedado en ir a almorzar a La Rosa con los Pérez Esnaola, pero no había llegado. Quizás solo exageraba y su amigo había tenido algún contratiempo o estaba con alguna joven. Con un poco de suerte podía haber logrado que Julia Duarte, la hermana del cura, se fijara en él. Sin embargo, el criollo era un hombre de palabra y Sebastián no podía quitarse de la cabeza que algo malo podría haberle sucedido. Había tenido enfrentamientos con los indios antes, tal vez el muchacho estaba en problemas.

—¡Leónidas! —llamó Sebastián.

El sirviente se demoró apenas unos segundos en aparecer. Llevaba la barbilla manchada con los vestigios del almuerzo. Se limpió la cara con la manga de su camisa y sonrió.

—Iré a ver a Pablo Ferreira. Prepara mi caballo, por favor. ¿Te gustaría venir? —añadió Sebastián.

—¡Claro que sí, vamos! —exclamó el muchacho y siguió a su amigo y patrón hasta el establo.

Leónidas preparó dos yeguas y partieron al galope. El día estaba templado aunque el cielo aborregado amenazaba con lluvia. La brisa traía consigo cierto vaho a tierra mojada.

Pablo Ferreira contaba con una estancia más pequeña que La Rosa, pero lo suficientemente importante como para convertirlo en alguien respetable en el pueblo. Al llegar a la entrada principal de Esperanza bajaron de sus monturas y amarraron a las yeguas. Sebastián se dirigió a la puerta e hizo sonar un cencerro a su lado para anunciar su llegada. Esperó unos momentos, pero nadie respondió a su llamado.

—Creo que no hay nadie en casa. Aunque parece que dejaron una vela encendida —aventuró Leónidas intentando ver el interior a través de una de las ventanas.

Sebastián volvió a tocar la campana y luego golpeó la puerta con creciente preocupación.

—¡Pablo soy yo! ¿Estás bien? —gritó para que si su amigo estaba dentro lo escuchara.

Comenzaba a ponerse nervioso. ¿Por qué dejaría una vela encendida si no se encontraba en la estancia en ese momento?

Estaba a punto de volver a golpear, pero se detuvo al escuchar pasos. Unos segundos después Pablo abrió la puerta. Tenía los ojos enrojecidos y una botella de vino en la mano.

—Sebastián, me alegra que seas tú. Pasa, pasa... y también tú, Leónidas —dijo, su aliento y sus movimientos torpes delataban su ebriedad.

—¿Qué sucede, amigo? —preguntó Sebastián al tiempo que tomaba la botella de la mano de Pablo y la depositaba sobre un modular.

—Te mostraré... —dijo Pablo muy serio.

El criollo cruzó la sala y se dirigió hacia un corredor por el que sus amigos lo siguieron. Los tres muchachos se detuvieron al llegar ante una puerta cerrada. Pablo estuvo a punto de abrir, pero se quedó inmóvil durante una fracción de segundo y permitió que fuese Sebastián el que la abriera. Se miraron por un instante y Pablo asintió con el ceño ligeramente fruncido.

Sebastián giró la perilla de la puerta. Estaba conteniendo la respiración y su corazón latía acelerado. La puerta crujió al abrirse y el joven español divisó por primera vez a la abuela de Pablo. Doña Rosa Ferreira estaba recostada con los ojos abiertos y cegados en una enorme cama con dosel. Un hilo de sangre seca iba desde la comisura de su labio hasta su barbilla.

—¿Está muerta? —atinó a preguntar Leónidas, a pesar de que conocía la respuesta.

Pablo asintió con la cabeza y una lágrima solitaria surcó su rostro. Sebastián puso una mano en su hombro. Tenía la mandíbula tensa. Era la primera vez que veía a la mujer y no había esperado que fuera en esas circunstancias.

—Estoy perdido —confesó Pablo con la voz ronca.

—No digas eso. Estoy seguro de que te estará cuidando desde el Cielo —dijo Leónidas sin atreverse a entrar en la habitación.

—No lo creo. Nunca fue buena persona. Es más probable que me esté esperando en el Infierno —agregó Pablo negando con la cabeza.

—Llamemos al padre Facundo. Él sabrá qué hacer —sugirió Sebastián.

—¡No! ¡Nadie puede saber que murió! Es mi tutora legal hasta que cumpla la mayoría de edad o me case. Si su muerte llega a los oídos equivocados

todo pasaría a manos de alguno de mis tíos españoles... me quitarían las tierras, la estancia... Se quedarán con todo —explicó Pablo y sus palabras salieron rápidas y atropelladas, pero Sebastián comprendió a lo que se refería.

—No puedes cerrar la puerta y pretender que esto no sucedió. Comenzará a pudrirse —dijo Leónidas, más pálido que la abuela de Pablo y con voz temblorosa.

—No, pero podríamos enterrarla y fingir que nada pasó. Quiero decir, hace bastante tiempo que nos conocemos y jamás había visto a tu abuela. Siempre estaba con sus problemas de espalda —aventuró Sebastián algo nervioso.

—No lo sé. Es verdad que casi no salía, nadie la visitaba y con su humor había alejado a casi todos los criados de la casa. Creo que puedo comprar el silencio de los pocos que quedan. ¿Crees que pueda funcionar?

—preguntó Pablo mirando a Sebastián con una pequeña chispa de esperanza aflorando en sus ojos marrones.

La oscuridad y la lluvia llevaron a los trabajadores de los campos de nuevo a sus humildes hogares. Los tres amigos cavaron un pozo debajo de un limonero y con dificultad cargaron a la robusta mujer hasta allí. Cuando terminaron de cubrirla con tierra, los jóvenes estaban empapados, sucios y temblando.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Leónidas apoyándose sobre la pala.

—Hace algunas semanas unos esclavos se enfermaron y se negaban a trabajar. Mi abuela quiso que rindieran cuentas frente a ella y una negra tosió sobre ella. Poco después comenzó con tos y problemas para respirar. No imaginé que fuera tan grave, pero ayer le subió la fiebre y no pudo pasar de esta noche —contó Pablo con amargura.

El agua helada y el peso de la realidad le habían devuelto la lucidez al criollo.

—¿Llamaste al médico? —preguntó Sebastián.

Pablo negó con la cabeza y bajó la mirada.

—No esperaba que pasara esto, pero tampoco quería correr el riesgo si llegaba a suceder. Deben creer que soy un monstruo —respondió.

—Claro que no. No eres un monstruo. Escucha, somos tus amigos y te apoyaremos pase lo que pase. ¿De acuerdo? Ahora será mejor que entremos o nos congelaremos aquí afuera —agregó intentando sonar

calmado aunque por dentro estaba muerto de miedo.

Sebastián no podía creer que acababa de ocultar un cadáver. Sentía como si estuviera inmerso en una pesadilla. Los tres se habían vuelto cómplices de una muerte que tal vez podría haberse evitado. Le habían negado un entierro digno a una mujer y ahora tendrían que fingir que estaba viva. Ya no había vuelta atrás. Todos habían participado del macabro plan y no podían arrepentirse de lo que habían hecho sin ponerse a ellos mismos en peligro. Estaba claro que cada uno de ellos se llevaría aquel secreto a la tumba. A menos que alguien lo descubriera antes.

Capítulo 23

Capítulo 23: Amanda

Aquella mañana Amanda se despertó temprano y luego de desayunar con su familia le pidió a Leónidas que la llevara a la iglesia. El muchacho estaba muy pálido y parecía distraído, pero no replicó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la joven una vez que estuvieron solos en el exterior.

Su tío le había contado que algunos peones de su campo se habían enfermado y ella no podía evitar sentir preocupación por el sirviente.

—¿Eh? Sí. Gracias por preguntar, es solo que no descansé muy bien anoche —confesó el muchacho, mientras la ayudaba a subir a la carreta.

Amanda le sonrió con picardía, pues ahora lo comprendía todo. Había escuchado a Sebastián llegar a hurtadillas a mitad de la noche. Era posible que se hubiera encontrado con alguna muchacha del pueblo y que Leónidas lo hubiese acompañado.

El conductor azotó los caballos y comenzaron a ganar velocidad. La joven llevaba los últimos dibujos que había hecho, de los cuales estaba bastante orgullosa. Sofía se había prestado a posar como la virgen María y estaba muy feliz de que su rostro quedara inmortalizado en el libro sagrado del padre Facundo.

Por el contrario Diego se había negado a ser retratado para ese fin. Amanda aún no había juntado valor suficiente para preguntarle al cura si estaba dispuesto a posar para ella. Lo había dibujado a escondidas, pero claro que aquello el párroco no lo sabía. Durante los últimos días, Diego se había mostrado distante y melancólico, quizás comenzaba a extrañar su patria. Después de todo, hacía casi un año que se habían marchado.

Amanda se sentía bien recibida en el nuevo continente, a pesar de que en él había perdido a su padre, quien le hacía mucha falta. El cura y su hermana eran un gran apoyo emocional para ella. Incluso había trabado una buena amistad con Pablo Ferreira, aunque sospechaba que sus acercamientos a la iglesia tenían más que ver con su deseo de conquistar a Julia Duarte que con su amor a Dios.

Al llegar a su destino se despidió de Leónidas, cruzó la iglesia vacía y se dirigió a la cocina. Saludó a su amiga que estaba preparando un poco de pan.

—Facundo salió a hacer unos recados, pero no tardará en llegar —explicó la hermana del cura.

—Está bien. Cuando él regrese les enseñaré a ambos los nuevos dibujos que hice —agregó Amanda al tiempo que se sentaba.

—Hace varios días que tu primo y su amigo no aparecen —comentó Julia.

Se apartó un mechón de cabello rojizo, que le caía rebelde en el rostro, y dejó una línea de harina sobre su nariz. Amanda sonrió divertida. Durante los últimos meses Pablo arrastraba a Sebastián a la iglesia los días de semana. Aunque ponía diversas excusas, era evidente que su único fin era acercarse a Julia. A pesar de que la hermana del cura fingía no tener el menor interés por el criollo, era notable que disfrutaba ser el centro de atención de uno de los solteros más codiciados de los alrededores.

—No lo sé. Cuando salí de La Rosa Sebastián aún dormía. Si quieres más tarde vamos a mí casa. Si no vienen aquí, lo más probable es que estén allí. Mi tío bromea y dice que en cualquier momento tendrá que adoptar a Pablo —se limitó a decir.

Optó por no mencionar que su primo había pasado gran parte de la noche afuera y tampoco comentó el estado en el que había visto a su chofer. Fuera lo que fuera lo que hubieran estado haciendo los muchachos, lo más probable era que Pablo Ferreira también hubiese estado involucrado. El criollo estaba haciendo su mejor esfuerzo para conquistar a Julia y no iba a ser ella quien le arruinara su oportunidad, si es que tenía alguna.

—Tal vez... ¿Sabías que le pidió mi mano a mi hermano? —preguntó Julia divertida.

Amanda la miró asombrada. No imaginaba a Pablo como una persona interesada en sentar cabeza. Siempre le había recordado a Sebastián. Lo veía como alguien que se dejaba guiar más por el deseo que por las formalidades.

—¡Vaya! ¿Qué le dijo el padre? —interrogó Amanda.

—Lo mismo que le dijo al joven Simón, que a diferencia de mi primer matrimonio el segundo será por amor. Le explicó que si quiere mi mano deberá ganarse primero mi corazón —contó, dándole forma a la masa que tenía entre las manos.

—¿A ti él qué te parece? —insistió Amanda.

—No lo sé. Según me han dicho, es demasiado mujeriego. Creo que solo le intereso porque no puede tenerme. Tarde o temprano se aburrirá

—explicó y se encogió de hombros para restarle importancia.

Aunque Amanda se moría de ganas por seguir conversando de temas del corazón con su amiga, la llegada del padre Facundo interrumpió su charla. No estaba solo, el médico del pueblo lo acompañaba. A pesar de que la joven nunca había tenido la oportunidad de conversar con el doctor Máximo Medina, todo el mundo sabía quién era. Si bien parecía cansado y comenzaba a peinar sus primeras canas era un hombre elegante y atractivo.

Los recién llegados saludaron a las damas con cordialidad y el cura dejó unas verduras, que había comprado, sobre la mesa. Amanda le regaló una sonrisa tímida al padre cuando pasó frente a ella. Él apartó la vista, pero ella observó triunfante que sus mejillas habían ganado algo de color.

—Julia, querida, lamento tener que pedirte esto, pero creo que podrías ser de mucha ayuda para el doctor. Verás, ya son muchos los que se contagiaron de esa fiebre que comenzó entre los esclavos. Por desgracia, incluso la partera que lo estaba ayudando se enfermó. ¿Puedes acompañar al doctor Medina en las siguientes visitas que tiene que hacer?
—le pidió el padre a su hermana.

—Sí, no hay problema. Me alegra poder ayudar. Solo denme unos minutos para que pueda quitarme la harina de encima. ¿Amanda me acompañas?
—preguntó Julia, mientras se limpiaba las manos y los brazos con un trapo húmedo.

El padre Facundo frunció apenas el ceño y Amanda comprendió por qué. Aunque las intenciones de Julia hubieran sido buenas, su madre y sus tíos jamás le permitirían ayudar al médico e ir a recorrer las casas de los enfermos. Pero de cualquier forma ella ansiaba poder ayudar y quizás si tenía suerte en su hogar nunca lo sabrían.

—Con gusto los acompañaré. Si no le molesta, claro —agregó la joven Pérez Esnaola mirando al doctor.

—La verdad es que me harían un gran favor —reconoció el doctor Máximo Medina con una sonrisa afable.

—Creo que sería mejor que regresaras a La Rosa, Amanda —sugirió el padre.

—Volveré antes de que Leónidas venga por mí. Se lo prometo —dijo Amanda con una mirada desafiante y le alcanzó al párroco la carpeta que contenía sus dibujos.

Él la observó con cautela y tomó lo que la joven le ofrecía.

—Muy bien, no te impediré ir. Sin embargo, si vienen a buscarte y aún no estás aquí no voy a mentirles —advirtió, alejándose un paso hacia atrás.

—Estaré aquí antes de que llegue Leónidas, pero si viene Sebastián a preguntar por mí, puede decirle la verdad. Estoy segura de que él no le dirá nada a mi madre ni a mi tío —aseguró la muchacha con el corazón latiendo a toda velocidad.

Había cierta emoción en ir en contra de lo establecido. En romper las reglas bajo el riesgo de que la descubrieran. Lo prohibido la atraía como la llama de una vela que atrae a las luciérnagas. Lo mejor de todo era que, aunque el cura no estaba dispuesto a mentir por ella, había prometido no delatarla. Tener su complicidad resultaba casi tan bonito como obtener su amor.

Capítulo 24

Capítulo 24: Diego

Diego estaba leyendo un libro que había encontrado junto a los dibujos de Amanda. Se encontraba a pocos metros de la estancia y estaba sentado en la tierra seca con la espalda apoyada sobre un gran limonero. El sol se filtraba entre las ramas y producía reflejos temblorosos en las páginas amarillentas.

El tomo estaba bastante maltratado y había perdido la tapa. Después de leer unos cuantos párrafos Diego descubrió que esta ausencia no debía ser casual. No podía dejar de preguntarse por qué Amanda tenía en su poder una recopilación de textos prohibidos.

Después de ojear algunas páginas al azar, pudo confirmar que se trataba de la traducción de distintos testimonios de franceses en aras de la revolución. Ese tipo de libros que invitaban a pensar eran peligrosos y tener uno podía ser considerado motivo más que suficiente para terminar en la cárcel.

Estaba tan ensimismado en la lectura que no se dio cuenta de que su hermano y Pablo Ferreira acababan de llegar.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Sebastián quitándole el libro de las manos.

—¡Devuélvemelo! —pidió Diego y se puso de pie.

Pablo comenzó a leer en voz alta mirando por encima del hombro de Sebastián, quien colocó su mano libre en el pecho de Diego para evitar que recuperara el ejemplar.

—No pensé que te interesaran temas como la igualdad y la soberanía popular —comentó Pablo.

—¿Acaso planeas una revolución, Diego? —bromeó Sebastián.

—¡Claro que no! Es solo algo que encontré por ahí —añadió.

Decidió que lo mejor sería mantener a Amanda fuera de la historia. Después de todo no estaba seguro si aquel libro era suyo. Quizás solo estaba entre sus cosas por error. Tal vez alguien lo había olvidado en la iglesia y ella lo había tomado para después devolverlo.

—¿Dónde lo encontraste? —insistió su hermano.

—En la iglesia. Creo que se le cayó a alguien —atinó a responder.

—¿Entonces no te interesa el libro? —volvió a interrogar Sebastián.

—¡Por supuesto que no! Está lleno de ideas muy tontas. Lo mejor será tirarlo —aseguró con firmeza puesto que no quería que lo confundieran con un rebelde.

—En ese caso no te importará que me lo quede y lo queme más tarde, ¿verdad? —concluyó el mayor de los hermanos guardando el libro en el interior de su chaleco antes de que Diego pudiera responder.

—Haz lo que quieras —dijo el joven encogiéndose de hombros.

Decidió que no le iba a mencionar a su prima nada acerca de lo que había sucedido. Después de todo, esos no eran libros que la gente debiera leer y mucho menos siendo una mujer. Un silencio muy tenso los acompañó durante algunos segundos.

—Recibí una carta de la hermana menor de mi abuela. Pronto vendrá de visita —comentó Pablo, cambiando de tema.

Sebastián se volteó para ver a su amigo. Parecía alterado.

—No sabía que tuvieras más familia aquí en el virreinato —se limitó a comentar Diego.

—Mi tía abuela tiene una casa en la ciudad, pero hace años que no la veo —explicó el criollo.

—Quizás pueda hospedarse en La Rosa —sugirió Sebastián.

Diego lo miró extrañado. Sus palabras carecían de sentido para él. ¿Por qué la mujer preferiría hospedarse con unos desconocidos antes que con su hermana y su sobrino nieto a quienes se suponía que iba a visitar?

—Sería genial. ¿Crees que a tu padre no le moleste? —preguntó.

Diego estuvo a punto de preguntar algo al respecto, pero se detuvo al ver que Sofía se acercaba a ellos con una bandeja en las manos.

—Mi tía me pidió que les trajera un poco de pastel de limón —explicó la muchacha cuando estuvo lo suficientemente cerca como para que la escucharan.

—Gracias, tu tía es muy amable —dijo Pablo y le regaló una sonrisa.

Sofía frunció apenas los labios y le tendió la bandeja a Sebastián casi con rudeza. Las porciones cubiertas de azúcar tenían muy buen aspecto y el vapor que desprendían indicaba que el pastel acababa de salir del horno.

—Acompáñanos —pidió Pablo.

—Estoy comprometida —se apresuró a añadir Sofía.

Si bien las palabras de Sofía iban dirigidas al criollo, su filo alcanzó el corazón de Diego que se removió incómodo en su sitio.

—¿Y eso qué? —insistió Pablo.

Sofía buscó ayuda en la mirada de Sebastián.

—Huele delicioso y la tarde está estupenda. Yo en tu lugar me quedaría —sugirió el joven.

Sofía parecía indecisa, pero aceptó una porción de pastel cuando Sebastián se la alcanzó. Los muchachos también tomaron un trozo y los cuatro se sentaron debajo del árbol para comer.

—Vendrá de visita la tía abuela de Pablo. Sería lindo ofrecerle una fiesta de bienvenida. ¿Podrías organizar el evento? —le preguntó Sebastián a Sofía.

—¡Por supuesto! ¡Ya sabes que me encanta organizar fiestas! —aceptó emocionada.

—Quizás pueda hospedarse aquí mientras esté de visita... —agregó él.

—¡Qué tonterías! Lo más probable es que venga deseando pasar tiempo con su familia —dijo Sofía quitándole a Diego las palabras de la boca.

—Creo que Sofía tiene razón. Ya veremos qué hacer... —comentó Pablo.

Sebastián parecía preocupado, pero no dijo nada.

—Podríamos invitar a Antony, a los Bustamante y a los Páez. Me muero de ganas de ver a Isabel. ¿Sabías que está embarazada? —le preguntó Sofía a Pablo, olvidando por un momento que debía odiarlo lo cual molestó un poco a Diego.

—¿En serio? Yo pensé que había comido demasiado pastel de limón

—bromeó Pablo, provocando que Sofía y Sebastián se rieran por lo bajo.

—Podríamos invitar también al padre Facundo y a su hermana. Estoy seguro de que a Amanda le encantará que asista su amiga —sugirió Diego fingiendo inocencia.

Notó con satisfacción que los hombros de Sofía se tensaban ante la mención de Julia Duarte. Después de todo, Pablo estaba más interesado en la pelirroja que en ella y Sofía era demasiado orgullosa como para que aquello no le molestara.

—Muy bien y también invitemos a Magdalena de Toledo y Rojas, ya saben... la amiga de Ana Bustamante —agregó Sofía y miró de reojo la reacción de Pablo.

Era un secreto gritado a voces que Pablo había deshonrado a la muchacha. Diego no entendía qué pretendía su prima al invitarla. Quizás quería una aliada para mancillar el nombre de Pablo ante la hermana del cura. Sin embargo, Sofía decía estar más que satisfecha con su noviazgo con Antony Van Ewen. La joven era un enigma muy difícil de descifrar ¿Sería posible que una parte de ella aún esperase obtener el amor de Pablo?

Capítulo 25

Capítulo 25: Sofía

El cielo estaba salpicado de infinitas estrellas que titilaban en la inmensidad del cosmos. Era una noche cálida que prometía ser larga y estar cargada de historias. Sofía tenía muchas expectativas. Había organizado todo y esperaba que la velada resultara perfecta.

Lo más difícil fue convencer a su madre de que abandonara el luto aunque fuera solo por esa noche. Catalina había accedido a usar un vestido azul oscuro que resaltaba la palidez de su rostro y sus profundos ojos azules. Si bien un halo de tristeza la acompañaba a todos lados, seguía siendo una mujer muy guapa y no pasó desapercibida cuando Juan Bustamante se acercó para saludarla. El hombre había llegado a la estancia en compañía de su esposa y de Magdalena de Toledo y Rojas. Ambas mujeres lucían atuendos y joyas acordes a su estatus.

—Sean ustedes bienvenidos —dijo Catalina una vez que el señor Bustamante soltó su mano para besar la de Sofía.

—Tienen una casa preciosa —comentó Ana llevando sus ojos hacia el salón en donde estaban conversando Óscar y sus hijos.

María Esther salió de la cocina seguida de Amanda y un agradable aroma a comida se apoderó del ambiente.

Volvió a golpear la puerta y esta vez fue Amanda quien fue a recibir a los invitados. Sofía sonrió al ver a su hermana mayor y a su familia. El vestido que llevaba Isabel disimulaba su vientre y favorecía su figura. Roberto a su lado parecía radiante. Su hermano, por otro lado, estaba tan serio y distante como siempre. Desde hacía mucho tiempo Sofía había dejado de intentar agradarle al joven que siempre se mostraba reacio a conversar con ella, pero decidió que no dejaría que su apatía le arruinara la noche.

Catalina y su cuñada les ofrecieron algunos bocadillos a los presentes. Poco después Amanda recibió a Antony Van Ewen y a Simón. El muchacho estaba enamorado de Julia Duarte y Sofía tenía el presentimiento de que podría surgir una «hermosa enemistad» entre él y Pablo Ferreira. No es que odiara realmente al criollo, pero esperaba que por lo menos pudiera experimentar un dolor similar al que él le había causado cuando se olvidó de ella de un día para otro y sin darle ninguna explicación.

Antony saludó a Catalina y luego besó con ternura el anillo en la mano de su prometida. Se lo había obsequiado él mismo, la tarde en la que fueron

al teatro y Sofía no se lo había quitado desde entonces.

—Mi hermosa Sofía, la extrañé tanto —dijo con el seductor acento que lo caracterizaba.

—Yo contaba los segundos para poder volver a verlo.

Casi veinte minutos después de que Julia y el padre Facundo llegaran, Pablo llamó a la puerta. La llegada del criollo era la más esperada, puesto que después de tanto tiempo los Pérez Esnaola podrían conocer a su familia. Sin embargo, cuando él entró solo llevaba a una delgada anciana del brazo.

—Les presento a mi hermosa tía abuela, la condesa Paulina del Pilar Acedo y Sarriá —anunció Pablo y un murmullo se extendió por todo el recinto.

—Es un placer recibirla condesa. Temo que el joven Pablo olvidó mencionar su título de nobleza. Espero que nuestro humilde recibimiento no la ofenda —la saludó Óscar.

—¡Ya basta de tantas formalidades y vayamos a cenar! Me muero de hambre y si no como algo tendré que recurrir al canibalismo —bromeó la mujer y le pellizó la mejilla a Diego, que esperaba junto a su padre la oportunidad para saludarla.

Sofía ubicó a los invitados en lugares estratégicos. A Julia por ejemplo la sentó entre Simón y Magdalena. María Esther y Catalina hicieron servir la cena y antes de que el padre Facundo terminara de dar las gracias, la excéntrica condesa ya había comenzado a comer.

—Recuérdame una vez más por qué mi hermana se negó a venir con nosotros —le pidió la mujer a su sobrino.

—Le dolía mucho la espalda y no pudo venir, pero les envía a todos su cariño. Si gustas pasar la noche aquí puedo mandar a alguien con tu equipaje más tarde —contestó Pablo sirviéndose un poco de vino.

—Será un honor que se quede con nosotros. Mi esposa le preparará una habitación —se apresuró a decir Óscar.

—Me hospedaré con mi familia, como tiene que ser. Rosita ya no me responde las cartas, no quiere tenerme en su casa y ni siquiera se dignó a venir a recibirme. Siempre fue una arpía, pero por lo menos tenía la decencia de fingir cordialidad... —dijo con un tinte de enojo en su voz.

Pablo bebió lo que quedaba de vino en su copa y se sirvió un poco más.

—Condesa, estoy seguro de que su hermana no intentaba ofenderla. Ha estado mal de salud desde hace meses —añadió Diego intentando apaciguarla.

—Puedes llamarme Paulina, ternurita —dijo la mujer y le sonrió a Diego mostrando sus encías.

El muchacho decidió que lo mejor sería concentrarse en la comida y no volvió a hablar en toda la noche. Sofía pensó que el pobre de Diego se veía adorable cuando estaba avergonzado.

—¿Cómo estuvo su viaje? —preguntó Óscar.

—¡Horrible!, como todos los viajes largos y para colmo al llegar a la casa de mi hermana ni siquiera me recibió. Mandó a su criada con una excusa muy tonta... Dolor de espalda —añadió y soltó una risa que pronto se convirtió en tos.

Luego de la cena Antony se disculpó y se retiró temprano. El inglés tenía que recibir un cargamento importante de mercadería y a pesar de las insistencias de Sofía se vio obligado a abandonar la fiesta. El padre Facundo y su hermana aprovecharon también para saludar a todos y marcharse. Sofía estaba algo decepcionada. Su fiesta no había resultado ser tan divertida como esperaba.

Después de la partida del cura, el grupo de invitados se dividió en dos. Por un lado estaban los que querían impresionar a la anciana y por otro lado estaban Diego, Sebastián, y Sofía que optaron por salir de la vivienda para disfrutar de la hermosa noche. La joven siempre había imaginado a las condesas como mujeres bellas, refinadas y con clase y doña Paulina no parecía poseer ninguna de esas características.

Ana, Magdalena y Pablo no tardaron en salir y sumarse a la conversación. El criollo había bebido de más y aún tenía en la mano una copa rebosante de vino.

—¿Quieres? —preguntó el muchacho al ver que Sofía estaba mirando su copa.

Ella negó con la cabeza y arrugó la nariz con asco.

—Yo quiero un poco, si no le molesta —dijo Magdalena sugerente.

Pablo en lugar de alcanzarle la copa, se la acercó directamente a los labios. La joven bebió, aunque parecía un poco sorprendida por el espectáculo al que el criollo la exponía, y se separó riendo avergonzada. Un hilillo de vino se deslizaba desde la comisura de su boca. El criollo lo

limpió con la yema de su dedo índice y Sofía apartó la mirada.

—¿Él te hizo esto? —le preguntó Sebastián a Ana en un susurro a pocos pasos de donde Sofía se encontraba.

La joven miró a su primo y a la dama intentando pasar desapercibida. Sebastián había tomado la mano de Ana e inspeccionaba los moretones en su brazo con el ceño fruncido.

—Sabes que sí. No es el lugar ni tampoco es el momento para hablar de esto. Será mejor que regrese con mi esposo —añadió Ana y Sebastián la detuvo.

—Lo mataré —dijo él antes de soltarla.

Sofía reparó en que todos se habían quedado en silencio y aunque nadie miraba a Sebastián, todos lo habían escuchado. Pablo besó a Magdalena con un repentino impulso y todas las miradas se centraron en ellos. Al parecer no había sido buena idea invitar a la morena. ¿Qué pretendía el criollo besándola a la vista de todos? ¿Acaso no estaba tan enamorado de Julia Duarte como decía? ¿O tal vez estaría intentando vengarse porque no soportaba que Antony y ella se hubieran comprometido?

Capítulo 26

Capítulo 26: Isabel

Isabel apretó el reloj de bolsillo que tenía en la mano cerrada. Alguna vez había pertenecido a su padre y ella, temiendo que el tiempo borrara su recuerdo, optó por llevárselo. No funcionaba, pero para la joven era un símbolo de que el tiempo avanzaba sin piedad para todos.

Antonio Pérez Esnaola no había sido el mejor padre del mundo, pero cuando pensaba en él Isabel volvía a los años más hermosos de su infancia. Regresaba a aquellos instantes en los que fue verdaderamente feliz en los campos de España junto a las personas que quería.

Había renunciado a su patria y a su hogar por la promesa del amor de un hombre a quien no conocía. A pesar de que la melancolía envenenaba sus pensamientos sabía que su vida podría ser peor.

A su lado se encontraba Dionisia de pie y con la mirada ausente propia de quien ya no tiene nada que perder. La negra había sobrevivido a la fiebre que se extendía como una plaga por los trabajadores del campo, pero su pequeño hijo no había tenido tanta suerte.

Roberto estaba una vez más en la ciudad, puesto que la tía abuela de Pablo Ferreira había hecho uso de sus influencias para que pudiera tratar negocios con el mismísimo virrey. La condesa en poco tiempo se había convertido en tema de conversación de todo el pueblo y todo el mundo quería ganarse su favor.

Con ocho meses de embarazo Isabel estaba confinada al interior de la vivienda con una sensación de soledad como inseparable compañera. Isabel notaba su vientre cada vez más tenso y las contracciones eran el recordatorio constante de que era mejor no levantarse de la cama. Besó el reloj de su padre como si fuera un talismán capaz de llevarse su dolor.

Tenía miedo y por primera vez lamentaba que su esposo no estuviera en casa. Era pronto para dar a luz, pero interpretaba las sensaciones de su cuerpo como una señal de alarma. Le había pedido a Dionisia que se quedara con ella.

—Llama a Esteban y dile que vaya a buscar a la partera —ordenó Isabel, sintiendo una puntada de dolor que amenazaba con partir su cuerpo en dos.

Dionisia asintió y salió con prisa de la habitación. El temor invadió el corazón de Isabel. Era pronto para que naciera su hijo y lo sabía. ¿Qué pasaría si Dios decidía arrebatárselo a su hijo como se había llevado al niño

de su sirvienta... como se había llevado a su padre? Se aferró con tanta fuerza al reloj que se hizo daño.

Esteban entró en la alcoba sin llamar. Se mordía el labio inferior preocupado y no quedaba ni un ápice de color en sus mejillas.

—¿Ya viene el niño? —preguntó y la preocupación alcanzó el timbre de su voz.

Isabel no estaba segura, pero aun así asintió.

—Ve a buscar a la partera —pidió antes de que el dolor en su vientre y en su espalda la obligara a apretar la mandíbula con fuerza.

—La partera falleció hace días. El padre dio una misa en su honor —le recordó el joven.

—Entonces ve a buscar al doctor —gritó y se secó el sudor que perlaba su frente con la manga del camisón.

El muchacho salió a toda velocidad y Dionisia se acercó hasta el lecho sin atreverse a decir nada. Isabel se concentró en intentar acompasar su respiración, pero los nervios y el dolor se lo hacían muy difícil. No pudo evitar sentir pena por su esclava que después de haber pasado por semejante tormento había perdido a su niño.

Sintió que un líquido cálido se extendía por sus muslos y no se atrevió a mirar. Esperaba que su cuñado y el doctor llegaran a tiempo. Rezó en silencio para que todo resultara bien. Sin embargo, tenía un mal presentimiento y esperaba que si Dios decidía llevarse con él a su bebé, que tuviera piedad suficiente como para llevársela a ella también.

Isabel gritó y Dionisia tomó su mano fuerte. Agradecía sentir contacto humano, aunque hubiera preferido que fueran su madre y sus hermanas las que estuvieran acompañándola en ese momento.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que escuchó a su cuñado regresar, pero le pareció que había transcurrido una eternidad. En el pasillo retumbaron sus pisadas y unos instantes después Esteban ingresó a la habitación escoltado por Julia Duarte y por Amanda.

—¿Dónde está el doctor? —preguntó Isabel sin entender qué sucedía.

—Ana Bustamante se cayó por las escaleras y se encuentra grave —explicó Julia.

—Ve por toallas y agua caliente —le ordenó Amanda a Dionisia.

Esteban salió de la habitación y la esclava le soltó la mano a Isabel. Amanda se acercó a su hermana y le acarició el cabello con ternura.

—Todo irá bien —prometió.

El dolor le impedía pensar con claridad. No tenía opción más que poner su vida y la de su hijo en las manos de la hermana del cura. Se encomendó a Cristo y abrió sus piernas para que Julia Duarte la pudiera revisar.

—Vendrá el bebé. Necesito que pujes —añadió Julia apoyando sus manos en las rodillas de Isabel.

—Es pronto... —comenzó a decir la mujer, pero su hermana la interrumpió.

—Tú puedes hacerlo. Estoy contigo —dijo Amanda con una voz que transmitía seguridad.

No entendía por qué Esteban había traído a su hermana y a Julia allí, pero estaba agradecida por la presencia de Amanda. Además, su amiga parecía saber lo que hacía.

—Gracias —dijo Julia cuando Dionisia regresó con lo que le había pedido.

Isabel pujó primero siguiendo las indicaciones de la hermana del cura y después siguiendo los impulsos propios de su cuerpo. Su corazón latía a toda velocidad y comprobó que hasta ese momento no había conocido el auténtico dolor.

—Ya no puedo —suspiró agotada después de lo que parecieron horas.

—Solo un poco más. Ya casi lo logras —le prometió Julia.

Pujó con todas sus fuerzas. Sintió que se desgarraba por dentro, pero aun así no se detuvo. Gritó desde lo más profundo de su garganta y lo hizo con tanta fuerza que hasta los trabajadores del campo debían haberla escuchado.

—¡Ya está aquí! —exclamó Julia con lágrimas en las mejillas.

El llanto del bebé invadió la habitación y aunque Isabel nunca lloraba, no pudo evitar hacerlo en ese momento. Era muy pequeño y cuando Julia se lo alcanzó lo sostuvo con una sola mano. Su niño estaba colorado y bastante arrugado. Tenía su escaso cabello negro pegajoso y enmarañado, pero era lo más hermoso que Isabel hubiera visto jamás. Se

bajó el camisón dispuesta a amamantar a su hijo por primera vez.

—Yo debería hacerlo, ama —dijo Dionisia casi en un susurro.

—No, yo quiero hacerlo —se negó ella.

El pequeño solo tomó un poco de leche del pecho de su madre antes de sumergirse en un profundo sueño arrullado por Isabel.

Amanda besó la frente de su hermana y salió de la habitación. Pocos minutos después regresó con Esteban. Isabel nunca había visto a su cuñado tan contento.

—¡Es tan bonito! Creo que tiene los rasgos de mi padre —susurró, sentándose en la cama para verlo mejor.

—¿Cómo se llamaba tu padre? —preguntó Isabel sin dejar de ver al niño.

—Don Manuel Páez —respondió el muchacho.

—Es un bello nombre. Creo que a Roberto también le gustará. ¿Qué te parece, pequeño...? ¿Quieres llamarte Manuel, Manuel Antonio Páez?

—preguntó Isabel mirando a su hijo con una ternura que no era propia de ella.

El niño se movió en sueños y ella acarició su frente con suavidad.

—Creo que le gusta su nombre —comentó Amanda que sonreía de pie junto a Esteban.

El pequeño estaba agotado y dormía tranquilo. Después de todo, nacer no parecía ser tarea fácil.

Capítulo 27

Capítulo 27: Sebastián

La tía abuela de Pablo había resultado ser mucho más comprensiva de lo que él y sus amigos habían imaginado. Ante las insistencias de la mujer, que reclamaba la presencia de su hermana, el criollo se había visto obligado a confesar toda la verdad. Por fortuna, doña Paulina y su hermana Rosa nunca se habían llevado demasiado bien.

El joven se había esmerado mucho en que la estancia de la mujer en el pueblo resultara lo más cómoda posible. Ella a cambio le había prometido encontrar alguna solución para que la verdad no destruyera la vida a la que se había acostumbrado.

Aquella tarde Sebastián, Pablo y Leónidas estaban disfrutando de unos mates amargos sentados sobre un tronco en Esperanza, la propiedad de los Ferreira. A la distancia podían observar como los peones cosechaban. La condesa, por su parte, había ido a la iglesia, pero pronto regresaría.

—¡Casi lo olvido! Magdalena me entregó esta carta para ti, es de Ana —dijo Pablo y le extendió a Sebastián una hoja doblada en tres partes.

—Gracias —añadió el muchacho sintiendo como su corazón se aceleraba.

Tomó la carta y comenzó a leer:

Querido Sebastián: Necesitaba contarle que casi me muero al caer por las escaleras. Sin embargo, me aferré a la vida con la única esperanza de volverlo a ver. Mi esposo está cada día más violento. Creo que percibe que mi corazón no le pertenece. Tengo muchísimo miedo de lo que podría ser capaz de hacer si alguna vez se entera de lo nuestro. Me temo que aun sabiendo que sus besos son letales, mi amado Sebastián, escogería arriesgarme a morir por amor. Siempre suya. Ana.

—Necesito verla. Tengo que saber cómo está —dijo Sebastián con la mandíbula tensa.

—Magdalena me dijo que su amiga se encuentra bien. Solo necesitó algunas puntadas en la frente y sus costillas sanarán si hace reposo. Amigo, deberás tener un poco de paciencia, si no quieres que Bustamante los mate a ambos —explicó Pablo muy serio.

—No puedo dejar que siga en esa casa. Ese hombre es un monstruo —agregó el muchacho.

—Lo sé, pero no puedes ir y robarle a su esposa así como así. No te olvides de que él maneja todo en este pueblo. Van Ewen, los Páez e incluso los soldados responden en forma directa a sus intereses. Piensa en tu familia y no olvides que es nuestro jefe. Es mejor tenerlo de aliado que de enemigo —sugirió Pablo pensando con frialdad.

—El padre Facundo —dijo Leónidas, quien llevaba tiempo estando al margen de la conversación.

—¿Crees que el cura pueda ayudar a Ana? —preguntó Sebastián.

El padre era una buena persona y aunque no estaba a favor de la violencia, Sebastián dudaba que sus palabras produjeran algún remordimiento en aquella bestia despiadada y sin corazón.

—No, quise decir que ahí está el padre Facundo —aclaró el muchacho señalando al cura con el dedo.

La tía abuela de Pablo intentaba bajar de su carreta con la ayuda del párroco.

—¿Qué estará haciendo el cura aquí? —preguntó Sebastián.

Los tres intercambiaron una mirada de preocupación. ¿Acaso la condesa habría traicionado la confianza de su sobrino nieto?

—¡No puede ser! —exclamó Leónidas con la voz muy aguda al ver que la mujer guiaba al padre Facundo del brazo hasta el limonero en donde se encontraba enterrada la abuela del criollo.

Pablo salió corriendo en dirección al árbol y sus amigos lo siguieron. El padre hizo la señal de la cruz y besó su rosario antes de que ellos llegaran.

—Padre. Adorada tía —saludó Pablo jadeando.

—Necesitaba asegurarme de que el alma de mi hermana pueda descansar en paz —explicó la mujer con demasiada calma.

Pablo abrió mucho los ojos y Sebastián sintió como su frente comenzaba a perlarse de sudor. Las posibilidades de que los tres acabaran en prisión eran cada vez más altas.

—No te preocupes, el padre no puede decir nada. Ya que todo lo que le dije fue bajo secreto de confesión —dijo doña Paulina.

El párroco parecía más joven que nunca y luchaba por controlar el temblor

de sus manos.

—Estaba pensando en regresar a la ciudad y decirles a todos que mi hermana irá conmigo. Pero antes de marcharme, necesitaba asegurarme de no ir al infierno por esa travesura —agregó la mujer.

—Me temo que es más que una travesura... —comenzó a decir Facundo con un hilo de voz.

—Tiene razón. Ellos también deberán confesarse y así sus almas serán perdonadas. Por favor, padre tiene que escuchar y perdonar los pecados de estos niños —insistió la tía abuela de Pablo.

—Estoy dispuesto a escuchar sus confesiones. Si es que de verdad están arrepentidos, pero... —dijo el padre muy incómodo.

—Y todo lo que digan quedará entre ustedes y Dios —dijo doña Paulina para terminar la frase.

Ante la insistencia de la anciana, improvisaron un confesionario en una de las habitaciones de la estancia. El padre no tuvo opción más que aceptar y escuchar, una a una y en privado, las confesiones de los tres amigos. Sebastián aprovechó para desahogarse por todo el dolor que sentía a causa de la impotencia de no poder ayudar a Ana Bustamante. Depositar todos sus problemas en los hombros del cura resultaba en parte liberador. Casi una hora más tarde todos salvo Facundo parecían más relajados.

Los cinco se sentaron en la cocina para tomar chocolate caliente y comer algunos bollos. Había algo en el padre que inspiraba confianza. Podría no estar de acuerdo con ocultar la muerte de doña Rosa Ferreira, pero Sebastián estaba seguro de que tampoco iba a traicionarlos.

—No voy a vivir para siempre, niños. Pablo es mi heredero, pero si alguno quisiera acompañarme en mis últimos años, estoy dispuesta a incluirlo en mi testamento —soltó doña Paulina, sin previo aviso.

El cura negó apenas con la cabeza y bebió un poco de chocolate. Parecía estar atravesando algún tipo de conflicto interno. Quizás todos los pecados que había escuchado aquella tarde resultaban demasiado difíciles de digerir.

—¿Aceptaría que yo la acompañe? —preguntó Leónidas con timidez.

—Me gustaría que lo hicieras, así no solo estaría acompañada por los fantasmas de mi pasado —reconoció la mujer.

—¿Te irás? —preguntó Sebastián dolido puesto que el muchacho siempre

había sido como un hermano para él.

—Lo siento, si me quedo siempre seré un simple sirviente —dijo el joven desmigajando un trozo de bollo.

—No, tienes razón, pero te echaré mucho de menos —reconoció Sebastián.

—Creo que algunos de los vestidos de mi abuela podrían quedarte —añadió Pablo de improviso evaluando con la mirada al regordete sirviente.

—¿Qué? —preguntaron Leónidas y Sebastián al unísono.

Quizás los nervios por los que habían pasado habían acabado con cualquier rastro de cordura en la mente del criollo.

—Es que... sería bueno que los trabajadores del campo vean salir a «mi abuela» partiendo hacia la ciudad. De este modo ya no harán tantas preguntas. Si pudieras ponerte uno de sus vestidos y la mantilla de viuda, me harías un gran favor. Aunque no tienes que hacerlo si no quieres. Solo es una idea disparatada —añadió Pablo un poco avergonzado.

El padre Facundo comenzó a masajearse la sien con la yema de los dedos.

—Está bien, no me molesta. Solo tengo que encontrar la forma de despedirme de los Pérez Esnaola. Ellos siempre fueron muy buenos conmigo y no quisiera que piensen que soy un malagradecido —agregó el muchacho.

—No te preocupes. Podemos decirles a mis padres que enamoraste a la hija de un calderero de otro pueblo. Les contaré que la joven era bella como una ninfa y que su padre amenazó con cortar tus pies si no la llevabas al altar. El padre Facundo puede decir que los casó en una boda íntima al atardecer —sugirió Sebastián.

—Yo no diré nada... —se negó el padre moviendo sus manos.

—Suenan bien. Estoy seguro de que se pondrán felices por mí —aceptó el joven.

Pasaron el resto de la tarde ajustando el plan que llevarían a cabo pocos días después. La partida de Leónidas pasó casi desapercibida en La Rosa puesto que toda la familia estaba embelesada con el pequeño hijo de Isabel. A pesar de que no era más que un recién nacido, Manuelito Páez era adorable y sin proponérselo, había obtenido el amor y la simpatía de

todos.

Capítulo 28

Capítulo 28: Amanda

La habitación estaba revuelta y Amanda se sentía cada vez más nerviosa. El padre Facundo le había dado su confianza al prestarle el libro y ella se lo había perdido. Si caía en las manos equivocadas ambos iban a tener muchos problemas. Quizás Sofía o algún miembro de la familia lo había tomado, pero no se animaba a preguntarles por miedo a manchar el buen nombre de Facundo.

Se habían reanudado en la iglesia las reuniones secretas que habían tenido lugar antes del asesinato de los criollos: Franco, Alicia y José a quien Amanda no había llegado a conocer. Aún recordaba la mancha de sangre expandiéndose en la espalda de aquel hombre y los rostros inertes de la pareja todavía la acosaban en sueños.

El padre y Julia le habían explicado la necesidad de que se generase un cambio de mentalidad en el virreinato. Era injusto que existiera tanta diferencia entre los estratos sociales y que a los criollos, solo por haber nacido en el nuevo continente, se los privara de los privilegios que sus padres tenían por ser españoles. Amanda estaba de acuerdo aunque no tenía idea de cómo podrían influir en un cambio. Incluso su familia era muy conservadora en ese sentido.

Cuando se resignó a aceptar que no encontraría su libro, le pidió a un nuevo chofer que la llevara a la iglesia. No pudo evitar echar de menos a Leónidas que siempre había sido su conductor favorito y esperaba que su vida como esposo de la hija de un calderero resultara buena para él.

Una vez en el templo se dirigió a la cocina, pero ni Julia ni el cura se encontraban allí. Quizás la joven viuda había ido a ayudar al doctor Medina, después de todo ella también los acompañaba siempre que le era posible. Le gustaba sentirse útil. Aunque aquello implicaba pasar menos tiempo trabajando en las ilustraciones para el padre Facundo, podía notar que él se enorgullecía de que ella trabajara en una buena causa.

El sonido de un chasquido acompañado de un gemido llamó la atención de Amanda. Se aventuró a adentrarse por primera vez en la vivienda del cura, pues nunca había ido más allá de la pequeña cocina en la que estaba. Abrió con sigilo una puerta que llevaba a un estrecho pasillo y encontró una puerta entreabierta que daba a la habitación del padre Facundo.

El padre se encontraba arrodillado sobre el suelo frente a un antiguo crucifijo de madera. Tenía el torso descubierto y un cinturón de cuerda en la mano. Tres finos cortes abiertos surcaban su espalda y de ellos

brotaban algunos hilillos de sangre. La muchacha se llevó la mano a la boca y sintió que su corazón se encogía cuando el cura se azotó a sí mismo la espalda.

—Perdóname Señor, porque he pecado —dijo y volvió a hacerse daño.

Amanda deseaba correr hacia él, quitarle el cinturón de su mano y abrazarlo. Quería mirarlo a los ojos y prometerle que todo iría bien, aunque sabía que no debía estar ahí. Estaba invadiendo un momento muy íntimo de la vida de Facundo y no sabía cómo podría reaccionar si la encontraba allí, espiándolo.

Optó por regresar a la cocina para sentarse y esperar a que fuera él quien se acercara a ella. Se preguntaba por qué el padre sentía tanta culpa que optaba por lastimarse de ese modo. Tal vez él también experimentaba sentimientos que no eran correctos. ¿Acaso el padre estaría enamorándose de ella?

—Amanda, creí que no vendrías. Julia estuvo esperándote y al final optó por ir sola a la casa del doctor —dijo el cura al ingresar en la cocina unos minutos más tarde.

Llevaba la misma sotana remendada de siempre y tenía los ojos enrojecidos. Amanda no estaba segura de qué debía decir en un momento como aquel. Ansiaba poder consolarlo de alguna forma. Le hubiera gustado que él le abriese su corazón y de esa forma poder sanar sus penas.

—Padre, ¿se encuentra bien? ¿Le gustaría que prepare un poco de mate?
—preguntó ella poniéndose de pie.

—Aceptaré un poco de mate —añadió regalándole una sonrisa que no alcanzó a llegar a sus ojos color miel.

Amanda asintió y puso a calentar agua para preparar la infusión. Cuando comenzó a cebar el mate, notó que sus manos temblaban.

—¿Todo está bien? —preguntó él con esa capacidad que tenía de descontrolar sus pulsaciones.

—Sí. Lo siento —dijo derramando un poco de agua caliente sobre la mesa.

—No te preocupes. Yo lo limpio —agregó el párroco y tomó un trapo del aparador.

Los movimientos del cura eran más lentos que de costumbre y Amanda lo atribuyó a que debían dolerle las heridas recientes. Cuando se acercó para

limpiar la mesa, aunque no llegó siquiera a rozarla, ella pudo sentir su calor.

—¿Tienes miedo? —preguntó él con cautela.

La muchacha no estaba segura a qué se refería el padre. ¿Miedo a estar con él a solas? ¿A haber perdido el libro y ponerlos en peligro? ¿Miedo a que la hubiera descubierto espiándolo en su habitación? Ella lo miró, intentando descifrar sus pensamientos.

—Creo que tu familia no vería con buenos ojos tu oficio de enfermera —explicó el padre.

—Es posible que me echaran de mi casa si es que mi tío no me mata primero. Le rezo a Dios cada noche para que no permita que me descubran porque sé que no es algo malo lo que hago, pero también sé que no lo entenderían —reconoció la joven.

Amanda esperaba que su tío no hubiera tomado el libro, porque en ese caso iba a tener serios problemas. Optó por no decirle al padre nada sobre el ejemplar desaparecido. Él parecía bastante preocupado con lo que fuera que estaba lidiando y no quería causarle más problemas.

El resto de la tarde pasó entre mates, dibujos y conversaciones. El cura se había convertido en la persona favorita de Amanda y hubiera deseado detener el tiempo para hacer eterno aquel momento.

—Usted habla de un cambio en la mentalidad, padre, pero no comprendo cómo podría ser eso posible —dijo Amanda que sentía la confianza suficiente como para manifestar su inquietud.

—Hay muchas formas, pero creo que de a poco se puede lograr. Hay que educar a las personas. Distribuir libros y textos como los que te mostré y hablar con ellos. Se pueden lograr cambios asombrosos a través de las palabras, así como hizo Jesús con sus discípulos... —comenzó a explicar el padre, pero alguien lo interrumpió.

—Yo pienso que una revolución necesita armas y personas dispuestas a dar su vida para defender la causa —dijo Sebastián que estaba junto a Pablo Ferreira en el umbral de la puerta.

—La violencia nunca es la mejor solución —dijo el cura casi con timidez.

Los recién llegados se sentaron a la mesa sin que los invitaran.

—Yo lo haría —confesó el criollo mientras acomodaba su silla.

—¿A qué te refieres? —preguntó el padre Facundo.

—Yo pelearía para que las cosas cambien —explicó Pablo.

Amanda lo miró incrédula y resopló.

—Solo lo dices porque eres criollo, pero me pregunto si estarías dispuesto a tratar a tus jornaleros y peones como iguales. ¿En verdad serías capaz de liberar a tus esclavos para terminar con los estratos sociales? —dijo ella desafiante.

—Lo haría si todos lo hicieran. No tiene sentido renunciar a todo si el mundo sigue girando en el mismo sentido. Si ocurriera una revolución, como dijo Sebastián, y el sistema entero cambiase, entonces renunciaría a mis privilegios y lucharía en contra de las injusticias. De todas formas, ¿qué sabe una española rica sobre injusticias? —dijo Pablo.

El criollo apoyó el codo sobre la mesa y se acarició el mentón.

—¡Olvidas que soy mujer y que las mujeres conocemos mejor que nadie las injusticias! —respondió altiva.

—No sé lo que está tramando, padre, pero Pablo y yo queremos participar —exigió Sebastián muy convencido.

—Muy bien, pueden participar de nuestras reuniones. Sin embargo, no somos más que un grupo de personas que se reúnen a charlar los miércoles por la tarde en la iglesia. No sé por qué, pero presiento que eso no cubrirá sus expectativas, muchachos —añadió el cura.

—Aquí estaremos —prometió Pablo y observó a Sebastián con una sonrisa triunfante.

Ahora Amanda sabía quienes habían hurtado el libro que el padre Facundo le había prestado. Solo esperaba que los muchachos no actuaran de forma impulsiva. No soportaría ver sus cuerpos expuestos en la plaza pública, solo por querer jugar a la revolución.

Capítulo 29

Capítulo 29: Diego

A pesar de tener la mente y el corazón cansados, Diego no lograba conciliar el sueño. La tenue luz de la luna iluminaba a su hermano que respiraba con tranquilidad enredado entre las mantas. El joven se levantó procurando no hacer ruido para no despertar a Sebastián. Salió de su habitación y recorrió casi a ciegas los oscuros pasillos que lo llevaron hasta el salón.

Le sorprendió encontrar a Sofía allí. La mortecina llama de una vela ahuyentaba las sombras del recinto y su prima, ataviada con una bata, se encontraba ensimismada en la lectura de un libro.

—Hola —dijo él casi en un susurro y aun así sobresaltó a la muchacha.

—¡Diego, te confundí con un fantasma! —exclamó ella en voz baja.

—¿Tan aterrador soy? —bromeó el joven, acercándose al sofá.

—Eres adorable, pero estaba leyendo una historia de terror —confesó y se hizo a un lado para que su primo pudiera sentarse.

—¿Qué haces leyendo libros de fantasmas a estas horas de la noche?
—interrogó él.

—¿Qué no sabes nada sobre libros de terror? Si los lees a la noche dan mucho más miedo —agregó Sofía y se recostó reposando su cabeza en el apoyabrazos del sofá y sus pies descalzos sobre las piernas de Diego.

—No sé mucho sobre libros de terror. ¿Por qué no lees para mí? —pidió él, mientras acariciaba con ternura uno de los tobillos de Sofía.

—De acuerdo, pero si tienes pesadillas va a ser tu culpa —advirtió Sofía divertida.

—Me arriesgaré —aceptó.

—Érase una vez una mansión muy antigua que estaba rodeada por cientos de rosas del color de la sangre. Durante décadas muchas familias habían intentado habitarla, pero nunca se quedaban demasiado tiempo. La gente del pueblo aseguraba que algo extraño sucedía allí, pero nadie podía dar una explicación certera.

Un día una familia importante se mudó a la casa. Eran extranjeros y traían consigo un montón de sueños y esperanzas. Lo que no sabían era que el

espíritu que regía la casa planeaba deshacerse de ellos. Esperaba espantarlos para que nunca más regresaran y así él podría descansar en paz, hasta que otro huésped indeseable interrumpiera su sueño.

El fantasma sopló muy fuerte y manipuló las ramas desnudas del viejo roble para que arañaran la ventana de los dos niños de la familia. Sus intentos de asustarlos no fueron suficientes y el padre colocó cortinas de terciopelo.

Luego el fantasma afiló las espinas de los rosales con el único objetivo de hacerles daño. En efecto cuando la más pequeña de la familia fue a cortar una rosa, se pinchó el dedo índice y el fantasma probó su sangre por primera vez. En ese momento sus planes cambiaron, porque aunque antes se hubiera conformado con espantarlos, ahora había probado la sangre y ansiaba obtener más.

Día tras día, el fantasma de la mansión de las rosas manipulaba los objetos y el tiempo para lastimar a la familia. Era un fantasma muy listo y hacía que aquello que sucedía en la casa parecieran simples accidentes o enfermedades. Cuanto más daño les hacía, más fuerte se volvía el espíritu.

Una mañana fría del mes de mayo, la niña se topó con el fantasma que estaba absorbiendo, poco a poco, la vida de sus padres mientras dormían. Le pidió que se detuviera y que los dejara marchar. Al principio el fantasma se negó, pero, luego de meditarlo durante algunos instantes le ofreció un trato a la pequeña: su vida por la de su familia. Ella aceptó sin comprender lo alto que resultaría pagar ese precio.

Pasaron los días y la salud de todos mejoró. Ningún suceso que escapara a la normalidad ocurrió durante varios meses. Una tarde el padre les comunicó que había encontrado un trabajo en otro pueblo y que se iban a mudar. Por desgracia, el fantasma no había olvidado el trato y la niña tampoco.

La pequeña se encontró a solas con el espectro y le pidió que la deje marcharse junto a su familia, pero un trato es un trato y no se puede romper. Las ramas de los rosales rodearon el cuerpo de la niña. Ella podía sentir las espinas como dagas perforando la piel de sus brazos. Intentó gritar, pero los pétalos de las rosas entraron por su boca y no dejaron que el sonido abandonara su garganta ni que el aire se abriera paso hacia sus pulmones.

Su hermano llegó justo a tiempo para ver como la niña era absorbida por los rosales. Junto a las flores, el fantasma se esfumó con una sonrisa perturbadora. El niño gritó y lloró, pero no había nada que pudiera hacer.

Su hermana se había marchado para siempre.

El cuerpo de la niña no fue encontrado y nunca nadie creyó la historia del niño. La familia se mudó y siguió con su vida. Al crecer el niño comprendió que al igual que la historia, las rosas se pintan con sangre —leyó Sofía.

—¿Así termina el cuento? —preguntó Diego que por algún motivo se había imaginado a sí mismo como el niño de la historia y puesto a Sofía en el papel de la niña.

—Sí. ¿Te gustó? —preguntó sentándose y masajeando su cuello.

—No, fue horrible. Es muy triste ese final. ¿Por qué el niño no ofreció un trato para salvar a su hermana? —se quejó.

Sofía soltó una risita.

—La pequeña se sacrificó por su familia. A mí me gusta el cuento. No veo por qué siempre los hombres tienen que ser los héroes —reconoció.

—Es que es muy triste y luego ella se arrepintió —insistió.

—Es un libro de cuentos anónimos que me regaló Amanda, así que lo siento, pero no podrás quejarte con el autor —dijo divertida ante la indignación que sentía Diego por un simple cuento.

—Solo digo que por más que haya hecho un trato con ese fantasma, debería haber tenido oportunidad para retractarse de alguna forma. Estoy seguro de que podría haber encontrado otra solución si su familia la ayudaba. Debería haberles dicho... ¿Tú me dirías si te arrepintieras de casarte con Van Ewen, verdad? Quiero decir, no tienes que hacerlo si tú no quieres. Yo encontraría la forma de ayudarte —dijo Diego y se esforzó por mantener la mirada de Sofía que lo miraba sorprendida.

—¿Estás comparando a Antony con un fantasma? —dijo después de unos segundos y comenzó a reír.

—No, claro que no —Diego apartó la mirada y la llevó hacia la llama de la vela.

Ahora se arrepentía de haber dicho eso. Se sentía como un completo idiota. Sofía pareció notarlo y dejó de reír.

—Estaré bien con Antony. Te extrañaré muchísimo, pero prometo venir a visitarte siempre que pueda. Te prometo que nunca me vas a perder —agregó la joven y colocó una mano con suavidad en el brazo de Diego.

Él volvió a llevar sus ojos hacia el rostro de la muchacha. ¿En serio Sofía no se daba cuenta de lo mucho que él la amaba? ¿Acaso era tan ciega como para ignorar todas las señales? ¿O tan solo disfrutaba jugando con sus sentimientos de ese modo tan cruel?

Diego decidió arriesgarse a que le rompan el corazón de una vez y para siempre. Ya estaba cansado de estar rodeando la verdad con cautela. Si realmente ella no sentía nada por él, entonces intentaría arrancarla de su mente y de sus sentimientos, aunque una parte de él muriera con su recuerdo.

Con el corazón encogido por el miedo, colocó las manos sobre los brazos de Sofía y la atrajo hacia él. Sintió por primera vez la calidez de sus labios. Ella no lo rechazó, pero tampoco correspondió al beso. Él se apartó apenas unos segundos después. Podía notar la confusión en la mirada de la joven.

—¿Qué estás haciendo, Diego? Si Antony se enterara de esto te mataría. Tú no eres así. Será mejor que me vaya a dormir. No volveremos a hablar de esto —zanjó Sofía y se marchó dejando a Diego solo y avergonzado.

Capítulo 30

Capítulo 30: Sofía

El pequeño Manuel dormía en los brazos de Dionisia, quien se sentó debajo de un frondoso sauce. Sofía extendió una manta sobre el césped y comenzó a sacar de una canasta de mimbre los dulces y pasteles que había preparado para la ocasión. Antony no tardaría en llegar y quería que todo estuviera perfecto para recibirlo.

—Todo se ve delicioso —dijo Roberto Páez y extendió su mano dispuesto a tomar un bollo, pero su esposa lo detuvo.

—Será mejor que esperemos a que llegue el prometido de mi hermana, querido —lo regañó Isabel.

—Disculpen —dijo el hombre avergonzado.

—Descuide, creo que Antony no va a notar si solo falta uno —agregó Sofía y le alcanzó la bandeja a su cuñado.

—Gracias. Está muy rico —añadió Roberto con una sonrisa e Isabel resopló por lo bajo.

Una vez que la comida estuvo acomodada, la joven se sentó sobre el césped y tanto su hermana mayor como su cuñado la imitaron. El hombre terminó de comer el bollo dulce y se limpió las manos con una servilleta.

Manuel se despertó y comenzó a llorar con mucha fuerza. Dionisia comenzó a cantarle una nana muy hermosa en una lengua que Sofía no conocía, pero el pequeño no dejaba de llorar.

—Lo cargaré un poco —dijo Isabel y se dispuso a levantarse, pero Roberto tomó su mano.

—Estará bien. Deja que Dionisia se encargue —pidió Roberto.

—No podrá. Manuelito necesita estar con su madre. Tienes migas en la barbilla, por cierto. Intenta no comer nada más hasta que llegue Van Ewen —lo reprendió y fue a buscar a su niño.

Dionisia le alcanzó el bebé y al sentir el contacto de su madre, dejó de llorar casi de inmediato. Isabel le dijo a su esclava algo que Sofía no llegó a escuchar desde donde estaba y juntas comenzaron a caminar por la pradera dejándola a solas con Roberto.

Sofía se sentía algo incómoda, pues no había conversado demasiado con su cuñado y mucho menos sin ninguna compañía. Esperaba que Antony no malinterpretara la situación al encontrarla en compañía de otro hombre, aunque prácticamente fuera de la familia.

Después de todo, los lazos de sangre no habían sido ningún impedimento para que Diego se enamorara de ella. No había vuelto a conversar con su primo desde la noche anterior cuando él la había besado, pero temía que las cosas ya no volvieran a ser como antes. Diego era su mejor amigo y una de las personas más importantes para Sofía, ¿por qué su primo no había podido dejar todo como estaba?

—Me gustaría que me quisiera o por lo menos agradecerle un poco más —dijo triste Roberto, mientras miraba a su esposa en la distancia.

—¿Cree que no le agrada a mi hermana, cuñado? —preguntó sorprendida.

—No es que me lo haya dicho, pero así lo siento. Pensé que con la llegada de Manuelito las cosas mejorarían, pero creo que aunque le diera un baúl repleto de joyas y de sedas me seguiría mirando como si no fuera suficiente para ella —confesó algo sonrojado.

—Creo que no es su culpa. Es solo que mi hermana no soñaba con casarse y formar una familia. Nunca fue ese tipo de mujer... —dijo Sofía intentando consolarlo.

—¿Qué es lo que quiere entonces Isabel? —interrogó el muchacho.

—No puedo saberlo con exactitud, pero supongo que era feliz en España cuando sentía que tenía poder sobre sí misma y sobre los demás. Si mi padre se ausentaba se hacía cargo de todo el campo ella sola —agregó Sofía que esperaba no estar causándole problemas a su hermana.

Lo cierto era que Roberto Páez parecía un buen hombre e Isabel no sabía apreciar lo afortunada que era de tenerlo. No tenía nada en común con su hermano menor que en ocasiones resultaba tan apático que rozaba lo descortés.

—Gracias —dijo el muchacho y una pizca de esperanza apareció en sus ojos oscuros.

La joven distinguió a lo lejos que su amado Antony Van Ewen se acercaba cabalgando acompañado por cinco perros blancos y grises que corrían a su lado. Una vez que estuvo lo suficientemente cerca vio que el inglés llevaba abrazado a un precioso cachorrito.

—Mi hermosa dama —dijo Antony deteniéndose frente a su prometida.

—¡Antony! —saludó ella poniéndose de pie.

Se acercó hasta su prometido y tomó en brazos al pequeño perro para que el joven pudiera descender de su montura.

—¡Es tan bonito! —exclamó la muchacha acariciando al cachorrito que la miraba con sus enormes ojos negros.

—Es para usted, mi querida Sofía. Es un hermoso ejemplar que le hará compañía si tengo que viajar —explicó él.

—¿En serio? ¡Muchísimas gracias! Prometo que lo cuidaré mucho. ¿Tendrá que viajar pronto? —añadió ella.

—La vida de un comerciante es así, mi querida. Uno nunca sabe cuándo es necesario partir a hacer negocios. Por eso pensé que el cachorro ayudaría a que no se olvide de mí —reconoció Antony.

—Yo jamás podría olvidarlo —agregó ella sonrojada y él le dedicó una hermosa sonrisa.

Uno de los perros que era tan grande como un lobo olfateaba con cautela a Roberto que se había puesto pálido. Sofía lo miró asustada, pues recordaba muy bien que uno de los perros de Antony había destrozado el brazo de Diego meses atrás.

—No se preocupen. Solo atacarán si perciben que estoy en peligro —explicó el inglés.

Eso no pareció tranquilizar a Roberto que tragó saliva y se levantó muy despacio para poder alejar su cara de los afilados dientes del can. La joven se preguntó si sería posible que aquellos animales fueran tan listos como para percibir a Diego como una amenaza contra Antony Van Ewen.

—Preparé algunos dulces para nuestra merienda. Espero que le agraden —dijo Sofía con modestia fingida y se sentó acomodando al cachorro sobre su falda.

—Se ve todo delicioso, querida. ¿Hoy solo la acompaña el señor Páez? —preguntó sin darle importancia al perro que mantenía acorralado a Roberto.

—Por supuesto que no. Mi hermana y su sirvienta están por aquí, pero como Manuelito Páez estaba inquieto lo llevaron a dar un paseo. No tardan en regresar —se apresuró a responder sin poder ocultar su

nerviosismo.

Le aterraba la idea de que su cuñado fuera devorado por las fauces feroces de aquel animal. Afortunadamente Antony dijo unas palabras en inglés y los cinco perros mayores se alejaron del picnic. Tan solo el cachorro inofensivo permaneció con ellos. Roberto respiró y se sentó cerca de la pareja, pero sin apartar la vista de la jauría.

El inglés no dejó de halagar la belleza de Sofía ni su talento para preparar platillos dulces y cuando Isabel regresó ya casi no quedaba nada para comer aunque a ella no pareció importarle. Se mantuvo casi al margen de la conversación durante el resto de la tarde. Sofía esperaba que su hermana no se enfadara con ella por haber sido sincera con su cuñado.

Capítulo 31

Capítulo 31: Isabel

El viento cálido del anochecer despertaba los murmullos de las copas de los árboles y acariciaba la piel pálida de Isabel. La joven se movía despacio en la mecedora de la entrada y procuraba mantener un ritmo acompasado porque aquello calmaba al pequeño Manuel.

Isabel comenzó a tararear y luego a cantar una antigua nana con la que Clara, la madre de Leónidas, solía calmar a sus primos. A pesar de que hubiera transcurrido toda una vida desde aquellos tiempos, la letra acudió a su mente con completa claridad. Le parecía que Clara había vuelto y le susurraba las palabras en su oído.

*—Descansa, niño, descansa.
Es la hora de dormir.
Mi niño, sol y esperanza,
yo estoy aquí para ti.*

*La luna alumbra tus sueños
y te mece con su luz.
Te arrulla, te da consuelo,
en el cielo color azul.*

*Estrellas, cuéntenle el cuento
que un día yo les conté.
El de guerreros y abismos,
princesas y su querer.*

*La historia te irá rodeando,
el héroe tú vas a ser.
Adéntrate en ese mundo.
Descansa, lo vas a ver.*

*Sueña, mi niño valiente.
Sueña con quien vas a ser.
Pelea contra dragones
y rescata a una mujer.*

Isabel se detuvo avergonzada al notar que su esposo estaba observándola de pie en el umbral de la puerta de entrada.

—Cantas muy hermoso. No te detengas —pidió Roberto y se acercó a ella procurando no despertar al pequeño.

—Ya está dormido —se excusó ella.

—Pronto tendré que viajar a la ciudad y pensaba llevarme a Esteban conmigo —comunicó él en voz baja.

—¿A quién dejarás a cargo de la estancia? —preguntó ella meciendo al pequeño.

—Esperaba que tú te hicieras cargo, pero si no quieres podría decirle a alguno de tus primos —agregó Roberto.

—No, yo lo haré. Cuando mi padre se ausentaba yo me hacía cargo de controlar sus plantaciones —reconoció ella.

—Entonces estoy seguro de que lo harás bien. Quizás cuando regrese puedas seguir ayudándome con los campos, algunas veces me siento abrumado con tanto trabajo —añadió.

—Me encantaría poder ayudar —dijo Isabel con sinceridad.

—¡Muchísimas gracias, querida! Eres como un ángel que me envió Dios para que me cuide. No entres muy tarde, pronto comenzará a hacer frío —exclamó el hombre y besó la frente de su esposa.

Isabel lo observó hasta que se perdió de vista en el interior de la vivienda. Quizás para otra persona aquella oferta no hubiera significado nada, pero ella no cabía en sí misma de tanta felicidad. Poco tiempo atrás había creído que contraer nupcias era equiparable a poner un punto final a sus sueños, pero comenzaba a pensar que había estado equivocada. Tal vez sin saberlo, su esposo la había hecho la mujer más feliz del mundo.

Aquella noche durante la cena, Roberto le comunicó a su hermano que pronto ambos partirían a la ciudad y que Isabel se quedaría a cargo de la estancia. Esteban aceptó encantado puesto que tendría la oportunidad de reencontrarse con sus amigos de toda la vida. Isabel intentó disimular su felicidad concentrándose en la comida, pero le resultaba casi imposible ocultar la sonrisa que luchaba por aflorar en su rostro. No quería que Roberto y su cuñado pensarán que quedarse a cargo lo significaba todo para ella. La joven creía que por algún motivo los hombres siempre tendían a aplastar los sueños de las mujeres. Era mejor que su esposo pensara que ella solo estaba haciéndole un favor.

Cuando las velas de la vivienda se apagaron, Roberto se acercó a ella en su lecho buscando su cariño. Era la primera vez desde la concepción de Manuelito que la buscaba de esa forma y ella no tenía intención de rechazarlo. Una parte suya comenzaba a anhelar sus caricias y sus besos. El mero contacto con su piel la hacía sentirse querida, como si realmente

ella fuera importante para él.

—Te amo. No podría vivir sin ti —susurró él en su oído.

Isabel comenzaba a pensar que quizás él era sincero y no opuso resistencia cuando se deshizo de su ropa.

—Bésame —pidió Roberto y ella se acercó a sus labios casi tímidamente.

Él profundizó el beso y la rodeó en un abrazo haciendo que se sintiera segura. Permitted que fuera Isabel quien guiara aquel mágico encuentro y se dejó llevar por sus tiempos y sus ritmos.

Un primer rayo del sol ahuyentó las sombras de la habitación y los sorprendió durmiendo abrazados. Cuando Isabel despertó se dio cuenta de que tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Roberto y no pudo evitar sonrojarse al recordar el apasionado encuentro de la noche anterior. Se incorporó y observó a su esposo que la miraba con los ojos entrecerrados.

—Buenos días, querida —dijo y bostezando se desperezó.

Estaba despeinado y sin afeitarse, pero aun así conservaba su elegancia.

—¿Cómo dormiste? —preguntó cubriéndose los pechos con las sábanas.

—Nunca en toda mi vida había dormido tan bien —reconoció él y ella le regaló una sonrisa tímida.

Él se sentó en la cama y besó su hombro con ternura. Hasta ese momento Isabel había pensado que el amor solo existía en los libros que su hermana menor solía leer, pero Roberto resultó ser mucho mejor de lo que ella había imaginado. Podía sentir como, poco a poco, aquel hombre se iba adueñando de su corazón. Quizás las mujeres mayores tenían razón y el amor fuera algo que se construía con el tiempo.

Aquel día Roberto la presentó ante los trabajadores de los cultivos no solo como su esposa sino como la nueva capataz del campo. Isabel esperaba que su condición de mujer no fuera un problema para que los campesinos obedecieran sus órdenes y la respetaran. Estaba dispuesta a dar lo mejor de sí para convertir a Águila Calva, su estancia, en un lugar tan próspero como La Rosa. Se preguntó cómo reaccionaría su tío Óscar cuando se enterara de sus nuevas responsabilidades como la señora del lugar.

Capítulo 32

Capítulo 32: Sebastián

Sebastián cabalgaba sin prisa, escoltado por Pablo Ferreira y Amanda quien montaba a Génesis con destreza. Unas pocas monedas habían sido suficientes para que el nuevo conductor aceptara esperarlos en la estancia del criollo hasta que ellos regresaran de la iglesia. Siempre y cuando nadie en la familia se enterara, no se meterían en problemas.

—¡Les juego una carrera hasta aquel árbol! —gritó Amanda, señalando un sauce que destacaba por su altura y aumentó la velocidad de su yegua antes de que los muchachos pudieran reaccionar.

—¡Estás haciendo trampa! —replicó Pablo dispuesto a alcanzarla.

Sebastián sonrió divertido ante la situación e intentó no quedarse atrás. Como era de esperarse, Amanda ganó y se aseguró de refregar su victoria en el rostro de sus amigos.

—No cuenta. No estábamos listos y saliste mucho antes que nosotros. Exijo una revancha —se quejó el criollo.

—Muy bien, acepto el desafío. El que llegue primero hasta aquel sendero gana —dijo Amanda y los tres salieron a toda velocidad.

Entre carrera y carrera llegaron al pueblo antes de lo que imaginaban. Una vez allí, bajaron de sus caballos y los guiaron tirando de las riendas entre las callejuelas. Hacía tiempo que Sebastián no se divertía tanto y estaba seguro de que Amanda se sentía tan feliz como él.

Una vez en la iglesia pudieron ver que solo habían llegado Julia y el doctor Máximo Medina. Se encontraban sentados en los primeros bancos y tenían las manos entrelazadas. En cuanto se dieron cuenta de que no eran los únicos en el lugar se soltaron, pero por la expresión de Pablo, resultaba evidente que los había visto y aquello le dolía.

Cuando los tres se acercaron a saludar, Sebastián notó que su prima y Julia intercambiaban una mirada cómplice. Pablo se sentó entre Amanda y el pasillo, quizás para estar lo más lejos posible de la nueva pareja.

El doctor Medina les comentó que el verano y la buena voluntad de Dios habían ayudado a que la epidemia que azotaba a los trabajadores del campo perdiera fuerza. Pablo se mantuvo al margen durante toda la conversación y el recuerdo de la abuela del muchacho regresó fugazmente

para acosar los pensamientos de Sebastián.

Alrededor de una veintena de criollos, casi en su totalidad varones, y unos cuantos jóvenes españoles integraban el grupo que el cura había formado. Una vez que estuvieron todos reunidos, hizo su aparición el padre Facundo. En sus ojos miel se percibía un brillo especial y parecía orgulloso de que su pequeño grupo fuera creciendo.

Lejos de resultar como un sermón aburrido, todos los presentes intercambiaron ideas, discutieron libros que leyeron y conversaron durante largo tiempo. Aunque Pablo se mostraba un poco menos entusiasmado de lo normal, también participó. En el ambiente podía sentirse un sentimiento de unión y fraternidad que hasta ese momento Sebastián no había percibido. Muy pronto pudo sentirse parte de aquel grupo que lo incluyó y lo hizo cómplice. Al día siguiente, todos seguirían con sus vidas con normalidad, pero era poco probable que pudieran olvidar aquello de lo que allí se había hablado y que no debía trascender los muros de la iglesia.

—He estado pensando en cómo podríamos llegar a las personas y creo que una forma sería distribuyendo libros e ideas de forma escrita. Sin embargo, son muy pocos los que saben leer y si alguien más me ayudara, me gustaría comenzar un taller de alfabetización aquí mismo en la iglesia —compartió el cura en cierto momento de la tarde.

—Me gustaría ayudar a que más personas puedan leer y escribir —se postuló Amanda y Sebastián la miró sorprendido.

Parecía una tarea bastante complicada y sin dudas si Óscar se enteraba la mataría. Sebastián sonrió, pero no dijo nada. En definitiva, el valor y la osadía de Amanda la convertían en su prima favorita.

—¿Estás segura? —preguntó el padre Facundo que tal vez hubiera esperado que alguien más se presentara como voluntario.

—Lo estoy —afirmó la joven con entusiasmo y nadie la cuestionó.

—Muy bien, en ese caso luego discutiremos la forma en que podría llevarse a cabo esto —dijo el cura y se pasó una mano por el cabello.

Sebastián comenzaba a pensar que antes de conocer a los Pérez Esnaola la vida del cura debía ser mucho más tranquila y sin dudas más aburrida. Las horas pasaron y la reunión terminó antes de lo que Sebastián hubiera deseado. Esperaba con ansias a que llegara el siguiente encuentro. Empezaba a comprender a su prima y su afán por pasar cada día en la iglesia. Las ideas del padre Facundo eran fascinantes y lograba transmitirlas de una forma tan clara que resultaba imposible no creer en

él.

Cuando el doctor Medina se marchó, lo hizo acompañado por Julia Duarte. Pablo, por su parte, se demoró en recoger sus cosas y se veía en verdad molesto.

—Tantos meses intentando cortejarla y se va con un viejo —refunfuñó el criollo y Amanda soltó una risita.

Tanto Pablo como Sebastián la miraron sorprendidos.

—Lo siento, pero puedo contar por lo menos a cuatro o cinco muchachas que cortejaste al mismo tiempo —se excusó Amanda.

—Sí, pero Julia era diferente. Me hubiera casado con ella —añadió él. No podía negar que Amanda tenía razón.

—Solo te gusta porque no está comiendo de tu mano como el resto de tus conquistas —insistió Amanda.

Sebastián comenzaba a preocuparse de que aquella conversación terminara en una pelea y decidió intervenir.

—Bueno, tal vez no sea tarde, que se hayan tomado de la mano no significa nada. Como dijo Amanda, tú has salido con muchas mujeres y no es gran cosa —comentó Sebastián, tratando de restarle importancia a la situación.

Pablo miraba a Amanda con cautela, pero no replicó. Ella, por su parte, optó por dejar de molestarlo, lo que alivió la tensión que se percibía en el ambiente.

—¿Quieres que merendemos en La Rosa? Sofía prometió hacerme un pastel de limón porque su cachorro se comió mis zapatos favoritos —le preguntó Sebastián a su amigo.

—Claro, no sabía que tenían un perro —aceptó el muchacho.

—Sí. Fue un regalo de Antony Van Ewen. Mi hermana lo llamó Alister III, aunque no hayan existido los dos primeros, insiste en que le da mayor distinción —explicó Amanda y los tres comenzaron a reír.

Sebastián se sintió aliviado de que Amanda y Pablo volvieran a llevarse bien y esperaba que el criollo pudiese superar pronto a la joven viuda. Quizás necesitaba buscar a una mujer que fuera diferente a las demás. Alguien con quien pudiera hablar y pasar un buen rato de forma amena. Una idea algo descabellada cruzó por su mente mientras salían de la

iglesia. Tal vez su prima y su mejor amigo podrían ser una buena pareja.

Capítulo 33

Capítulo 33: Amanda

La primera clase de alfabetización que dictó Amanda fue un éxito. La convocatoria alcanzó a unas cuarenta personas de distintas edades que se acercaron a la iglesia. Era un grupo muy heterogéneo que abarcaba tanto a niños como a adultos mayores, casi todos trabajadores del campo y personas humildes.

—Creo que fue increíble lo que lograste en tan solo un día —dijo el padre Facundo, una vez que los estudiantes abandonaron el lugar.

—¿De verdad lo cree? —preguntó Amanda, sintiendo que una profunda emoción embargaba su alma.

—¡Claro que sí! Fue una excelente idea comenzar escribiendo sus nombres y aquellas palabras que ven todos los días en el campo. Estoy seguro que solo es cuestión de tiempo para que todos puedan aprender a leer y a escribir —agregó el cura, con orgullo.

—Gracias —dijo Amanda, sintiendo como el calor se expandía por todo su rostro.

—No, gracias a ti por ayudar a estas personas y a mí con todo esto. Soy consciente de que si tu familia se enterara tendrías muchos problemas. ¿Crees que es conveniente que dictes otra clase la próxima semana? Si te parece que es muy arriesgado, estoy seguro de que podría encontrar a alguien más... —añadió el padre, sin atreverse a hacer contacto visual con la muchacha.

—Quiero continuar. Es poco probable que mi familia se entere y si así fuera, tienen que comprender que no es nada malo lo que estoy haciendo —dijo ella.

Amanda sentía que era útil, como si finalmente hubiera encontrado su misión en la vida. Había experimentado esa sensación antes, cuando ayudaba al doctor Medina, pero ahora sentía que estaba más cerca del párroco que nunca. Prefería dejar las cuestiones de salud en manos del médico y de Julia Duarte para colaborar en que los sueños del cura se hicieran realidad.

—Bueno, fue una excelente primera clase. Creo que nos veremos en otra ocasión —agregó el padre Facundo dando por terminada la conversación.

—Espere, padre. ¿Cree que pueda confesarme? —pidió ella, con timidez.

Había estado pensando en ello durante semanas y finalmente había decidido intentar que el cura supiera de sus sentimientos por él. Aunque algo en su corazón parecía confirmarle que el padre se sentía de la misma manera, necesitaba confirmar que era verdad.

—Claro. Ven por aquí —dijo y la guió hacia el confesionario.

Amanda se arrodilló en el pequeño habitáculo de madera. Podía distinguir la silueta del padre Facundo del otro lado de la celosía. Era un lugar íntimo y tranquilo, pero el mero hecho de estar por hacer la confesión más importante de su vida la hacía sentir nerviosa. Su corazón latía acelerado y sus manos estaban húmedas y temblorosas.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Perdóneme, padre porque he pecado —comenzó a recitar con una voz que no sintió como propia.

—Adelante, hija. Puedes hablar con libertad, que el Señor esté en tu corazón para que examines tu conciencia y te puedas arrepentir confesando humildemente todos tus pecados —la alentó.

Comenzaba a pensar que haberle pedido al cura que la confesara no había sido una buena idea. ¿Qué pasaría si no sentía lo mismo? ¿Qué sucedería si le decía la verdad y él la rechazaba y ya no la dejaba regresar? Sintió que el miedo la paralizaba y sus palabras parecían resistirse a salir de su boca.

—Han pasado meses desde mi última confesión —dijo con un hilo de voz.

—Todo estará bien. Todo lo que digas quedará entre nosotros y Dios —dijo el cura para darle confianza.

Dios no aprobaría su amor, de eso Amanda estaba segura.

—Le he mentado a mi madre... —dijo y bajó la mirada.

Aquello era cierto, pero no era esa la verdad que la había llevado hasta allí. El padre ya sabía que le mentía a su familia. Sus dibujos no eran lo único por lo que iba a la iglesia cada día.

—Estoy seguro que Dios escucha tus plegarias y que llegado el momento le dará claridad a tu familia para que puedan entender tus motivos. ¿Quieres agregar algo más? —preguntó el padre.

Las palabras del hombre transmitían una paz difícil de explicar. Aun así,

aquello no bastaba para que Amanda pudiera ser sincera.

—Hay algo más, pero no creo que deba decirlo en voz alta —dijo ella, cuando el silencio se hizo insostenible.

—Estoy seguro de que te sentirás mucho mejor una vez que lo digas —la apremió.

—Tal vez, pero temo que si llegara a decirlo en voz alta se volvería más grave de lo que es —agregó ella.

El padre aguardó en silencio a que ella resolviera el conflicto interno que atravesaba.

—He tenido pensamientos impuros con un hombre —se limitó a decir Amanda y tragó saliva nerviosa.

El cura aclaró su garganta del otro lado de la rejilla de madera y le indicó que lo mejor sería que rezara tres Padrenuestro para recibir el perdón del Señor. Él la ayudaría a purgar su mente de ese tipo de pensamientos y a no caer en la tentación del pecado. Amanda aceptó algo avergonzada y se puso de pie. Simplemente no pudo hacerlo. No pudo confesarle la verdad al padre Facundo. Tener su amistad y su complicidad era mejor que perderlo para siempre si él no se sentía de la misma manera.

Amanda salió del confesionario y rezó arrodillada frente al altar. Cuando terminó la penitencia distinguió que Sebastián, Pablo Ferreira y Antony Van Ewen aguardaban sentados en un banco cercano a la entrada de la iglesia. Se dirigió hasta ellos para saludarlos y unos instantes después se les unió el padre Facundo. Los muchachos habían ido a llevar algunas sedas ilegales al pueblo y ya que pasaban por allí, fueron por ella para volver juntos a La Rosa.

Amanda se sorprendió al ver que los jóvenes hablaran con tanta libertad sobre el contrabando, un acto que iba por fuera de lo legal, en la iglesia y frente al padre Facundo. Por fortuna, el cura no parecía escandalizado por las palabras de los muchachos ni por las confesiones de la joven.

—¿Qué tal tu primer día alfabetizando a los campesinos? —preguntó Sebastián y Van Ewen lo miró alzando una ceja.

Amanda lo observó asustada. Una palabra del inglés bastaría para que su familia se enterara de todo. Podía notar por su expresión que no aprobaba algo semejante.

—Yo no diría que mi escuela dominical sea alfabetizar a los campesinos. En verdad lamento mucho que Amanda haya tenido que esperar para confesarse, pero ya le dije a los padres de esos niños que tienen que

llegar a buscarlos a tiempo la próxima vez —mintió el cura para proteger a Amanda y luego un poco nervioso soltó una risa.

Antony Van Ewen lo miró confundido, pero no dijo nada y Pablo y Sebastián se unieron a la risa del cura para apoyarlo. Tal vez el inglés creyó que no había entendido la situación a causa de no hablar bien el idioma por lo que empezó a reír fingiendo que había escuchado una excelente broma. Por fortuna, Pablo cambió de tema y tuvieron una distendida charla antes de partir hacia La Rosa. Amanda comprendió que su secreto había estado a punto de ser descubierto y que debían ser más cuidadosos, porque su vida entera podría cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Capítulo 34

Capítulo 34: Diego

Mientras cabalgaba, Diego se llevó casi por instinto la mano hacia el bolsillo de su chaqueta. Sintió con la yema de los dedos el frío contacto con el metal y sonrió. Aunque no era demasiado para él lo que había ganado jugando a las cartas en la pulpería, sabía que era el equivalente al pago de una semana de sus contrincantes.

Era consciente de que si sus padres se enteraban que frecuentaba ese tipo de antros, podía tener muchos problemas. Aun así, tenía un don para ganar en los juegos y no iba a desperdiciarlo.

El fresco aire del campo traía consigo el aroma a tierra húmeda y le producía cierta sensación de paz. Había bebido suficiente aguardiente como para que mantener la dirección del caballo se volviera un logro difícil de conseguir. Pero aquello no importaba en ese momento ya que se había ganado el respeto de todos, incluso de los jugadores más experimentados.

Por desgracia, al llegar cerca de La Rosa su dicha se esfumó casi al instante. Pese a que no dejaba de repetirse que iba a olvidar a Sofía, lo que vio provocó que un torrente de ira se extendiera por todo su cuerpo. La preciosa joven se encontraba aprisionada entre un árbol y Antony Van Ewen. Ninguna mujer estaba velando por el honor de su prima y el inglés la besaba y manoseaba como si no fuera más que una mujerzuela. Lo peor de todo era que ella parecía disfrutar semejante indecencia y tenía los dedos enredados en el cabello alborotado de aquel hombre.

Diego detuvo el caballo con la mandíbula tensa. Una parte suya quería golpear a Van Ewen y defender a su prima. Sin embargo, sabía que si armaba un escándalo semejante, lo más probable era que Sofía lo odiara por el resto de su vida. Contuvo el impulso de ir hacia ellos y permaneció observando durante unos instantes. Tenía las riendas del caballo tan apretadas que le producían daño en las palmas de las manos.

Van Ewen acarició con una mano el pecho de la joven sin dejar de besar sus labios y su cuello y Diego estuvo a punto de ir a detenerlo, pero por fortuna fue la misma Sofía quien puso fin a esa situación. La joven lo empujó con suavidad y le sonrió sonrojada.

—Será mejor que regrese. Pronto mi tía se preguntará dónde estoy —dijo y soltó una risita nerviosa.

—La extrañaré muchísimo, mi preciosa Sofía —añadió el inglés con su

espantoso acento.

A Diego le molestaba cada vez más la forma en la que Antony arrastraba las erres en las palabras y como agregaba la letra «u» luego de pronunciar la «o». Odiaba a ese hombre con cada fibra de su ser.

Los dos muchachos observaron a la joven que regresaba corriendo al interior de la vivienda. Una vez que cerró la puerta, Van Ewen se dispuso a subir a su caballo, pero se detuvo al advertir la presencia de Diego a algunos metros de él. Lo saludó agitando la mano como si nada hubiera sucedido.

—¡Debes respetar a mi prima hasta que se casen! —espetó Diego con tanta rabia contenida que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no comenzar a llorar.

Antony sonrió algo incómodo y se acomodó el largo cabello hacia atrás.

—Siento mucho que hayas visto eso —se disculpó.

Diego no podía creer semejante descaro de su parte. No se estaba disculpando por haber manoseado a Sofía, sino por haber sido descubierto haciéndolo. El joven, envalentonado por el aguardiente, cabalgó a toda velocidad hasta quedar junto al inglés y se bajó del caballo.

—No vuelvas a tocar a mi prima —dijo entre dientes.

—Creo que deberías tomar un poco de agua —aconsejó Antony con cautela.

Sus palabras denotaban que se creía superior a Diego y eso molestó de sobremanera al muchacho. Lejos de la mirada de todos, el joven Pérez Esnaola se sintió con el valor suficiente como para darle una lección a su rival. Preparó su puño, lo llevó hacia atrás para ganar impulso y lo asestó de lleno en la palma de Van Ewen que lo frenó con destreza.

—¡Eres un maldito perverso! —le gritó Diego furioso.

—No quiero pelear contigo —reconoció el inglés.

—¿Tienes miedo, Van Ewen? —se burló Diego alzando la voz.

—No, pero no quiero lastimarte —agregó con calma y soltó el puño del muchacho.

—¡Gran error! —gritó Diego y empujó con fuerza a Antony.

El inglés dio un traspié, pero mantuvo el equilibrio. En su rostro se veía que estaba perdiendo la paciencia.

—Te lo advierto, niño. Vete a tu casa o no respondo de mí —dijo Van Ewen y tensó su cuerpo listo para pelear en caso de ser necesario.

Diego saltó sobre él a modo de respuesta. Lo quería muerto. Lo odiaba como nunca antes había odiado a nadie. El caballo de Diego se asustó y se alejó a toda velocidad. Se enfrascaron en una pelea. Por desgracia, Antony era más grande y más fuerte que el joven Pérez Esnaola y supo reducirlo enseguida. El muchacho recibió un golpe en el estómago que lo hizo doblarse en dos y luego una patada en el rostro que lo derrumbó. Una vez que estuvo en el suelo húmedo, se hizo un ovillo y se cubrió el rostro con los brazos en un vano intento de protegerse de las múltiples patadas de su enemigo.

El dolor se volvía cada vez más insoportable. Diego estaba seguro de que moriría allí, golpeado y humillado en el lodo.

—¿Qué estás haciendo? ¡Lo vas a matar! —gritó Pablo Ferreira.

Los golpes cesaron al instante. Diego observó con el único ojo que podía mantener abierto al criollo que cabalgaba hacia ellos.

—Se lo advertí. Es mejor que no se meta conmigo. La próxima vez no voy a detenerme —se limitó a decir Antony.

El inglés se subió al caballo y partió a toda velocidad sin mirar atrás. Diego sentía dolor en todo el cuerpo y sabía que luego se encontraría peor. Sin embargo, se sentía abochornado por sobre todas las cosas. Cuando Pablo llegó hasta él, se bajó de su montura y se arrodilló a su lado. Era muy humillante que fuera justamente el criollo quien lo hubiera encontrado. Diego sentía que quería desaparecer para siempre.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el criollo, sin atreverse a tocar a Diego.

Era más que evidente que no estaba nada bien. Diego no respondió.

—¿Quieres que te ayude a llegar hasta la casa? —preguntó Pablo.

—No. No quiero que Sofía me vea así. Es tan... —dijo, pero se detuvo antes de decir que era vergonzoso.

—Entiendo... Entonces iremos a mi casa —concluyó Pablo y levantó a Diego como si no pesara nada.

El muchacho no se resistió aunque cada movimiento era una tortura. Con ayuda del criollo se acomodó en el caballo. Pablo comenzó a caminar llevando al animal de las riendas. Aunque se movía bastante lento, las puntadas de dolor recorrían al joven ante cada desnivel del terreno.

No conversaron durante el trayecto y Diego permaneció sumido en su dolor. Una vez en la vivienda de Pablo, el criollo le indicó a una criada que preparara una tina y que trajera ropa limpia para su amigo. Al joven le sorprendió que se refiriera a él con esa palabra, puesto que siempre lo había visto como el amigo de su hermano e incluso como un competidor más ante el amor de Sofía.

—No vale la pena sufrir tanto por una mujer —le aconsejó Pablo.

—Es fácil para ti decirlo. Tienes a todas las mujeres que quieras —replicó Diego.

—Eso no es tan así —dijo el joven y negó apenas con la cabeza.

—Mi vida no tiene sentido sin ella —agregó triste.

—Eso no es verdad. Nadie se muere por amor, pero si no tienes cuidado te van a matar a golpes. Mejor ve a darte un baño frío así te quitas el lodo y alivias tu dolor —dijo Pablo con paciencia.

Diego lo obedeció y se dejó guiar por la criada hasta una habitación en la que habían colocado una tina. Una vez que la mujer se fue, se quitó la ropa sucia y entró al agua. Estaba helada, pero resultaba reconfortante. Al cabo de unos minutos, el muchacho se encontraba un poco mejor físicamente, pero se sentía muy mal consigo mismo. Se había dejado llevar por los celos y los efectos del alcohol, aunque ahora se arrepentía de haber actuado como un idiota.

La criada entró en la habitación y lo sacó de sus pensamientos. Cuando ella se quitó la ropa, Diego se removió incómodo. Era posible que Pablo sintiera lástima por él y hubiese enviado a su sirvienta para complacerlo, pero el muchacho jamás había estado con una mujer de esa manera.

—No es necesario que hagas esto —añadió nervioso.

Ella lo miró y colocó un dedo en sus labios para que hiciera silencio. Luego lo besó y él correspondió muerto de miedo. Cuando la hermosa joven entró a la tina, él no se resistió. Quizás no fuera Sofía, pero sus labios eran cálidos y sus caricias muy dulces.

Capítulo 35

Capítulo 35: Sofía

Diego se mostraba más frío y distante que nunca. Sofía había intentado acercarse a él en más de una ocasión, pero estaba claro que el muchacho seguía dolido porque ella no había correspondido a su beso. A partir de aquella noche, Diego ya no era el mismo e incluso se había visto envuelto en una pelea de la que no quiso dar ningún detalle. Su ojo morado, su labio partido y sus nudillos raspados lo delataban.

María Esther y Sofía estaban muy preocupadas, mientras que Óscar parecía orgulloso de Diego. Según decía el padre del muchacho, todo hombre tenía que tener una pelea seria, por lo menos una vez en la vida. Su esposa no lo veía de la misma manera, pero el señor Pérez Esnaola había dado por terminado el asunto alegando que era algo que las mujeres no podían entender.

Sofía comenzaba a extrañar a Antony Van Ewen. No lo veía desde hacía semanas. El inglés había ido a despedirse antes de partir hacia uno de sus viajes. La joven esperaba que no tardara demasiado en regresar. Sus mejillas ardían solo de recordar aquel último y osado beso con el que su enamorado se había despedido.

—¡Con cuidado! —se quejó Sofía, al sentir un tirón mientras su madre le cepillaba su largo cabello dorado.

Ellas eran las únicas de la familia en la sala y en la vivienda. Amanda estaba en la iglesia, sus tíos habían ido al mercado y sus primos estaban en la estancia de Pablo Ferreira.

—Escuché que la hermana del cura va a casarse con el doctor —comentó su madre.

—¿Julia Duarte? —preguntó extrañada la muchacha.

Era una buena noticia. La joven viuda se había convertido en un dolor de cabeza para Sofía. Era demasiado hermosa, humilde y amable como para no acaparar la atención de todos los solteros de los alrededores. Bajo la promesa del cura de que el hombre que lograra ganarse el corazón de su hermana podría tomarla como esposa, los muchachos del pueblo se esforzaban en ganarse su favor. Entre sus ridículos pretendientes se destacaba Pablo Ferreira.

No es que Sofía sintiera celos de la joven. Ella tenía el amor de Antony que era mucho mejor que cualquier estanciero o comerciante que hubiese conocido. Julia y Amanda estaban siempre juntas y aunque su hermana

era bastante atractiva, la hermana del cura la opacaba. Sofía temía que si Amanda no se casaba primero, su matrimonio se pospondría para siempre. Su mayor miedo era que Van Ewen dejara de estar interesado en ella o que conociese a otra mujer en alguno de sus viajes.

—Muy pronto será la señora Julia de Medina —aseguró Catalina y dejó el cepillo sobre la mesa.

—Ojalá así sea, madre —añadió Sofía y alzó a Alister III que se había acercado moviendo la cola.

Doña Catalina se dirigió a la cocina, mientras que Sofía permaneció sentada en la sala acariciando a su cachorro. De todos los costosos regalos que su prometido le había dado, aquel perro era su favorito. Casi nunca se separaba de él y aunque aún no estaba muy bien entrenado, ya casi había dejado de comerse los zapatos de los miembros de la familia.

Alister comenzó a ladrar y saltó de sus brazos unos instantes antes de que María Esther abriera la puerta. La mujer parecía consternada y tenía las mejillas acaloradas y el ceño fruncido.

—¡Catalina! —llamó María Esther con voz grave.

La mujer salió de la cocina con una sombra de preocupación surcando su rostro. Se quitó el delantal y lo dejó sobre la mesa. Se llevó las manos a la boca al ver que Óscar entraba a la sala hecho una furia. Detrás de él ingresó Amanda con el rostro cubierto por las lágrimas. El hombre cerró con un portazo detrás de ella y la tomó del pelo lanzándola hacia adelante. Amanda cayó de rodillas a escasos centímetros de donde estaba Sofía sentada y llevó sus cristalinos ojos hacia los de su madre.

—¡Dile a tu madre lo que estabas haciendo en la iglesia! —ordenó Óscar, gritando tan fuerte que asustó a Alister III que ladró y se fue corriendo de la habitación.

—¿Qué sucedió? —preguntó Catalina muy seria.

—No hice nada malo —dijo Amanda apenas separando los labios.

—¿Nada malo? Estabas haciendo un escándalo rodeada de apestosos campesinos, de peones y de mulatos —gritó Óscar.

—No tiene nada de malo que aprendan a leer y a escribir. El padre Facundo... —comenzó a explicar Amanda entre sollozos, pero su tío le jaló el cabello y la hizo gritar.

—¡Jamás debimos confiar en ese cura ni en la prostituta de su hermana que coquetea con medio pueblo! —bramó él con furia. Una vena se

marcaba en su sien enrojecida y otra en su cuello. Sofía estaba paralizada y no sabía cómo ayudar a su hermana.

—Amanda... Amanda cometió un error. Ya no regresará a la iglesia —dijo Catalina y su voz sonó temblorosa.

La muchacha se puso de pie y fulminó a su tío con la mirada.

—No vuelvas a ponerme una mano encima, tío. Ayudaré al padre Facundo en su noble causa. Ustedes son los que están equivocados. ¡Se creen mejores que los demás! —soltó con odio.

—¡Amanda! —la reprendió su madre.

Sofía observaba la situación con las pupilas contraídas por el miedo. Se había aferrado a los costados de su silla y contenía la respiración. Amanda se dirigió hacia la puerta de entrada a grandes zancadas.

—¡No te atrevas a salir por esa puerta! ¡Si te vas ahora, no regreses nunca más! —gritó Catalina con el labio inferior temblando.

Amanda lanzó una mirada general cargada de odio y abrió la puerta.

—¡Tú ya no eres mi hija! —gritó Catalina temblando y se aferró al borde de la mesa para no caerse.

La joven cerró con ímpetu la puerta y en cuanto Catalina comprendió que no regresaría, se derrumbó llorando sobre la mesa. Sofía también lloraba. No entendía cómo había podido suceder algo así. ¿De verdad su hermana se había ido para siempre? ¿A dónde iría? ¿Cómo iba a vivir a partir de ahora si no se había llevado ni siquiera su ropa ni sus joyas?

El sonido de un caballo confirmó que Amanda se marchaba de La Rosa, tal vez para siempre. Sofía se levantó y corrió hacia la ventana. Su hermana se alejaba a toda velocidad montando a Génesis, su yegua favorita. La joven no miró ni una sola vez hacia atrás. ¿Cómo podía abandonarlo todo?

Sofía se agachó y abrazó sus rodillas. Tal vez si sus primos hubieran estado en ese momento, podrían haber intercedido para ayudar a Amanda o detenerla. Sin embargo, ella había sido demasiado cobarde. Se había limitado a observar con pasividad, mientras la vida de su hermana se volvía cenizas.

Capítulo 36

Capítulo 36: Isabel

Isabel había pasado casi toda la tarde recorriendo los cultivos. Quería asegurarse de que los trabajadores no pecaran de perezosos mientras ella estaba a cargo. Se sentía exhausta, pero era un cansancio agradable porque significaba que había hecho su mejor esfuerzo.

Cuando llegó hasta su vivienda se quitó las botas llenas de fango y las dejó en la entrada. Le sorprendió encontrar a su hermana sentada en el sofá de la sala. Amanda tenía los ojos tan hinchados que delataban que había estado llorando.

—¿Qué sucedió? —preguntó Isabel alarmada.

Tenía miedo de que algo malo le hubiera sucedido a algún miembro de su familia. Se acercó a su hermana y se sentó a su lado. Amanda la abrazó y ella correspondió.

—¿Todo está bien en La Rosa? —insistió.

—No volveré jamás allí —dijo en un susurro.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Isabel y se separó para observarla.

—No tengo un lugar a donde ir. ¿Puedo quedarme aquí? —pidió la joven y su voz se escuchó quebrada.

—Tranquila, querida. Estoy segura de que todo se va a arreglar. Cuéntame qué fue lo que sucedió —agregó Isabel intentando tranquilizarla.

La mayor de las hermanas le pidió a Dionisia que les preparara unas tazas de chocolate caliente. Mientras merendaban Amanda fue contando, paso a paso, cómo se habían desarrollado los acontecimientos, hasta que su tío la encontró dando clases de alfabetización a los humildes campesinos.

—Pídeles perdón a mamá y al tío Óscar. Estoy segura de que si te muestras arrepentida te permitirán regresar —aconsejó Isabel.

—No, yo decidí irme. No voy a dejar de ayudar al cura. Es una causa muy noble y no estoy haciendo nada malo —expresó Amanda conteniendo su dolor e intentando no llorar.

—No lo sé. No creo que sea necesario que ese tipo de personas aprendan a leer. No se necesita leer ni escribir para cultivar o cepillar caballos...

—comenzó a decir Isabel, pero se detuvo al ver la forma en la que su hermana la miraba.

—¿Puedo quedarme aquí o también me echarás? —espetó.

Isabel sopesó por unos instantes la posibilidad de acoger a su hermana allí. ¿Qué pensaría su esposo cuando regresara de la ciudad? Por un lado era su hermana y quería ayudarla, pero le parecía una tontería la pelea que había desatado en la estancia. No era sensato que continuara insistiendo en hacer algo así y se arriesgara a manchar su reputación y la del resto de la familia.

—Deberías regresar a casa. Mamá debe estar muy preocupada —sugirió Isabel.

—Entiendo. No puedo quedarme aquí tampoco —dijo Amanda.

—Así como mi lugar está aquí con mi familia, tú tienes que regresar a La Rosa —agregó con pesar Isabel.

—Será mejor que me vaya —dijo Amanda y se levantó dispuesta a marcharse.

Isabel estuvo a punto de detenerla, pero permaneció sentada y no dijo nada. Lo mejor para Amanda era arreglar las cosas con su madre o si no lo perdería todo. Intentó convencerse a sí misma que si la invitaba a quedarse allí solo la estaría perjudicando. Al no tener otro lugar a donde ir, tendría que recapacitar y regresar a su hogar. Casi con seguridad su madre y el tío Óscar la aceptarían de nuevo. Cuanto más rápido regresara, el rencor sería menor.

Isabel resopló cansada y echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. La despertó el sonido de la puerta. Entre las sombras distinguió a su cuñado y al joven Mariano Bustamante que soltó una risa nerviosa al verla allí.

—Lo siento, creí que ya te habrías acostado —comentó Esteban Páez y ambos muchachos se escabulleron escaleras arriba.

Era tarde y ya debería haberse ido a dormir. Se dirigió a su habitación y observó a su pequeño durmiendo en su moisés de mimbre. Dionisia estaba junto a él, descansando en una silla.

Isabel se quitó la ropa y se puso un camisón, procurando no hacer ruido para no despertar al bebé. Apenas se metió entre las sábanas y apoyó su cabeza sobre la almohada, se sumergió en un profundo sueño. El día

había sido demasiado largo.

El llanto de Manuel despertó a Isabel y a Dionisia que se apresuró a tomarlo en brazos para amamantarlo. Amanecía en Águila Calva y la señora de la estancia aprovechó para levantarse. Una de sus criadas la recibió en la cocina con pan horneado y un poco de leche recién ordeñada. Su cuñado y Mariano Bustamante aún dormían por lo que se dispuso a desayunar sola.

Llamaron a la puerta y alguien fue a abrir. Isabel escuchó unos pasos apresurados cruzando la sala y unos instantes después la puerta de la cocina se abrió. Era Sebastián.

—Por favor, dime si Amanda está aquí. Prometo que no diré nada en casa, pero estoy preocupado por ella —soltó el joven atropellándose con las palabras.

—Buenos días, primo. Acompáñame a desayunar. Amanda estuvo aquí ayer —dijo y Sebastián respiró aliviado.

—He traído sus cosas —dijo él.

—No, no está aquí. Vino a verme y me pidió que la dejara quedarse, pero le dije que regresara a La Rosa... —soltó Isabel preocupada.

Estaba claro que su hermana no había regresado a la estancia de su familia tal y como ella había supuesto que haría. ¿A qué otro sitio podría haber ido?

—¿Por qué le dijiste algo así? —preguntó Sebastián indignado.

—Creí que si regresaba, mamá la perdonaría —dijo Isabel, intentando excusarse.

—¡Está claro que no la conoces bien! —exclamó Sebastián enojado.

—Lo siento, pero si se quedaba aquí, tal vez nunca podría arreglar las cosas con la familia y todos en el pueblo hablarían de eso. No quisiera ver como el apellido Pérez Esnaola es arrastrado por el fango —agregó Isabel alzando un poco la voz.

No iba a permitir que su primo la culpara por haber hecho lo correcto. Si algo malo le sucedía a Amanda no era por su culpa, sino porque su hermana se comportaba como si hubiera perdido la cordura.

—Iré a buscarla y le llevaré sus pertenencias —dijo Sebastián a modo de despedida, parecía estar haciendo un gran esfuerzo por no gritarle a

Isabel.

—No sabemos dónde puede estar. ¿Por qué no te quedas a desayunar conmigo y mandamos a algunos peones a buscarla por el pueblo?

—sugirió Isabel, intentando hacer las paces con el muchacho.

—No, creo que sé en dónde puede estar —dijo el joven Pérez Esnaola y abandonó la cocina.

Isabel no tuvo tiempo siquiera para preguntarle a su primo en dónde creía que se encontraba Amanda. Sin embargo, la respuesta acudió a su mente después de unos segundos. Seguramente su hermana había buscado refugio en la iglesia en donde la ayudarían sus amigos, Julia Duarte y el padre Facundo. Se preguntó qué sucedería con Amanda a partir de ese momento y si su familia abandonaría la congregación. ¿Serían capaces de desterrar a Amanda para siempre de sus corazones? ¿Ella debería apoyar a su familia en esa decisión tan drástica? Quizá todavía estaba a tiempo de lograr que Amanda entrara en razón.

Capítulo 37

Capítulo 37: Sebastián

Génesis estaba pastando cerca de las escalinatas de la iglesia. Sebastián suspiró aliviado en cuanto reconoció a la yegua color plata de su prima. La presencia del animal significaba que Amanda se encontraba allí. El muchacho amarró su caballo y se apresuró a entrar en el templo.

—¡Amanda! —gritó y las pocas personas que se encontraban rezando lo fulminaron con la mirada.

Se dirigió a toda prisa hacia la cocina del padre Facundo. Encontró cerrada la puerta, por lo que golpeó e ingresó antes de que alguien le respondiera. Dejó caer el saco que contenía las pertenencias de Amanda para poder abrazar a su prima que corrió hacia él apenas lo vio. La estrechó con fuerza entre los brazos. No entendía cómo su familia había sido capaz de echarla. Sentía que odiaba a su padre más que nunca.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él en cuanto se separaron.

No lo estaba. No había nada en toda aquella situación que pudiera estar bien.

—Sí —mintió Amanda.

El joven reparó en que Julia lo observaba sentada en la cabecera de la pequeña mesa y la saludó con una sonrisa triste. Ella hizo un pequeño gesto con la mano y le indicó que tomara asiento. Le sirvió un mate y le alcanzó una porción de budín.

—Gracias —dijo y aceptó lo que la joven le ofrecía. No había tenido oportunidad de desayunar.

Amanda se acomodó frente a ellos y le explicó todo lo que le había sucedido.

—La Rosa se convirtió en un infierno. Tu madre no deja de llorar. Sofía me ayudó a guardar todas tus pertenencias y logramos evitar que mi padre las prendiera fuego. Está más loco que nunca. Es un monstruo —explicó Sebastián.

—Puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera —añadió Julia.

—Gracias —dijeron Sebastián y Amanda al mismo tiempo.

—Es lo mínimo que podemos hacer. De no haber sido por las ideas de mi hermano, nada de esto hubiera sucedido —agregó Julia con pesar.

—No. El padre Facundo no hizo nada malo. No es su culpa que mi familia sea tan conservadora —dijo Amanda defendiendo al sacerdote.

Julia bajó la mirada avergonzada, pero no dijo nada.

—Intentaré traerte algo de dinero en cuanto pueda. Tuve una pelea muy fuerte con mi padre y me quitó todo lo que tenía. Él supo de inmediato que me pondría de tu lado... Diego, por su parte, bueno... es un idiota y cree que volverás arrepentida, pero no puedes ceder. Buscaré la forma de ayudarte, te lo prometo. Son ellos quienes tendrían que venir a buscarte y pedirte perdón —añadió Sebastián.

Una expresión de dolor surcó el rostro de Amanda ante la mención de Diego. Sebastián y quizá Sofía eran los únicos que no le habían dado la espalda. El muchacho cogió la mano de su prima sobre la mesa en un intento de brindarle apoyo.

—Gracias —agregó ella.

Conversaron durante horas sobre lo insensibles que resultaban ser la mayoría de los Pérez Esnaola. Más tarde la conversación viró hacia temas un poco más amenos como que Julia y el doctor Máximo Medina iban a casarse. Se habían enamorado mientras ella trabajaba a su lado como enfermera. Enfrentarse juntos a la cruel epidemia los había unido. Su amor parecía haber surgido como un arcoíris después de una tormenta.

Sebastián se alegraba por ellos, aunque no podía dejar de sentir un poco de pena por su mejor amigo. Era consciente de que Pablo hubiera renunciado a sus múltiples conquistas solo por ella. Julia hechizaba al criollo con su encanto de una forma casi hipnótica, pero era como una mariposa que flotaba en el aire fuera de su alcance y su corazón ya tenía dueño.

El joven Pérez Esnaola se despidió de Julia y luego le dio un cálido abrazo a su prima antes de irse. Era muy triste la situación que Amanda estaba atravesando, pero por lo menos se encontraba a salvo en la iglesia. El padre Facundo y su hermana eran buenas personas y cuidarían de ella.

Le hubiera gustado conversar con el cura antes de marcharse, pero no se encontraba allí y era mejor regresar a La Rosa temprano. La relación con su padre ya era demasiado tensa y no quería darle un nuevo motivo para comenzar una pelea. Estaba a punto de subirse sobre su caballo, pero se detuvo al observar que su preciosa Ana se acercaba caminando tomada del brazo de Magdalena. En cuanto lo vio se quedó paralizada en la

nostalgia a estrecha distancia de la escalinata de piedra de la iglesia.

—¡Ana! —llamó Sebastián sintiendo como su corazón se aceleraba.

—Sebastián —dijo ella en un susurro tan bajo como el rumor del viento y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Hacía tiempo que no la veía y anhelaba poder estrecharla una vez más entre sus brazos. Estaba más delgada que la última vez que la había visto y una costura irregular surcaba su frente. Aquello no opacaba su belleza, pero provocó que una oleada de rabia hacia el señor Bustamante recorriera su cuerpo.

Avanzó hacia ella y tuvo que contenerse para no rodearla con los brazos. Había algunas personas en la calle y en la iglesia, no podían arriesgarse. Sin embargo, la echaba mucho de menos y necesitaba asegurarse de que se encontraba bien.

—Mis días son eternos desde que no la veo —dijo Sebastián apenas separando los labios.

—Lo daría todo por abrazarlo de nuevo —confesó ella sonrojada.

—La esperaré afuera del pueblo. Venga conmigo —rogó el muchacho.

Ana miró insegura a Magdalena.

—Ve. Yo te espero aquí, pero regresa antes del anochecer. Recuerda que tu esposo enviará a alguien a recogernos —dijo Magdalena.

—Puede llevarse aquella yegua. Es de mi prima y se la devolveremos luego —sugirió Sebastián, al tiempo que señalaba a Génesis.

Ana se limitó a asentir con la cabeza y él le explicó cómo llegar al lugar del bosquecillo en el que la esperaba. Solo tenía que seguir el curso del arroyo. Sebastián subió a su caballo y salió a toda velocidad. No podían partir juntos, pero estaba seguro de que ella lo encontraría pronto.

El muchacho llegó al punto acordado y amarró su caballo a un árbol. Se sentó sobre una roca y aguardó ansioso la llegada de Ana. Por fortuna, no tuvo que esperar demasiado. Escuchó el galope de un caballo y un instante después divisó el precioso rostro de su enamorada.

Se levantó y fue a su encuentro. La ayudó a descender de la yegua y unió sus labios a los de Ana. Eran tan suaves y dulces como los recordaba. La había extrañado demasiado y no quería volver a separarse de ella jamás. La joven mordió su labio inferior y comenzó a besar su cuello. El mero

contacto con sus labios lo volvía loco.

—La amo, mi hermosa Ana —dijo con sinceridad Sebastián.

—También yo —correspondió ella y comenzó a desabrocharle la camisa.

Él desató el lazo que ajustaba su corset y tiró de él hasta quitarlo por completo. La incómoda prenda cayó sobre las hojas secas que cubrían la tierra y él bajó la parte superior del vestido de Ana. Era muy hermosa y sintió la necesidad de abrazarla para sentir el contacto de su piel desnuda.

Un chasquido lo hizo llevar su mirada hacia la derecha y al ver a Juan Bustamante apuntándole un escalofrío recorrió su cuerpo. Ana se separó de Sebastián y cruzó los brazos sobre su pecho desnudo.

—Sabía que me engañabas, pero nunca pensé que fuera con este mocoso mal agradecido —dijo con frialdad el hombre sin apartar su arma del muchacho.

No existía ninguna excusa para su comportamiento. El marido de Ana los había encontrado abrazados y semidesnudos. Tenía un arma y estaba dispuesto a matarlos.

—Ella no quería. La forcé a venir conmigo —mintió Sebastián con la esperanza de poder salvar por lo menos la vida de Ana.

—¡Vístete, ramera! Ya me encargaré de ti en casa —gruñó el viejo.

Ana tomó el corset sollozando y caminó hacia su esposo.

—¡Juan, por favor! No tienes que hacerlo... —rogó la joven.

—No te atrevas a dirigirme la palabra —espetó él.

Sebastián tragó saliva en cuanto Bustamante tensó el rifle. Estaba a punto de morir y solo pudo sentir pena por lo que el destino tendría preparado para Ana y para Amanda, las personas más importantes de su vida. Se esforzó por mantener los ojos abiertos en todo momento y los fijó en la mirada iracunda de su asesino. Su padre le había dicho la primera vez que lo llevó de cacería que no mirara a los ojos a su presa o sería más difícil jalar el gatillo. Era todo lo que podía hacer en ese momento. Intentaría que su muerte por lo menos pesara en la mente de aquel hombre.

Bustamante disparó, pero Ana fue más rápida que él. Dejó caer el corset que ocultaba la roca que tenía entre las manos y golpeó con fuerza a su marido en la sien. El hombre cayó de costado y la bala pasó rozando la oreja de Sebastián. El muchacho, algo aturdido, corrió hasta donde se

encontraba el viejo retorciéndose de dolor. Había soltado el arma en la caída y Sebastián se apresuró a patearla lejos de él.

Ana se arrodilló junto a su esposo y volvió a golpearlo en la cabeza. Bustamante perdió el conocimiento y el joven amante se agachó para comprobar su respiración. Seguía con vida, pero no por mucho tiempo. Llevó su mano hacia el rostro del anciano y tapó su nariz y su boca impidiendo que pudiera respirar. Podía sentir el rostro húmedo y cálido bajo su mano y presionó con más fuerza al sentir un pequeño movimiento. Se mantuvo así por más tiempo del necesario hasta que Ana dejó caer la roca ensangrentada que tenía en la mano.

—¿Qué vamos a hacer? Nos colgarán o iremos a prisión... —dijo ella más bajo que un susurro.

Sebastián intentó pensar con la cabeza fría. Quizá podrían encontrar la forma de deshacerse del cuerpo y si tenían suerte no los descubrirían. Se arrastró hacia Ana y arrojó la piedra que había derrumbado al hombre hacia el arroyo.

—Ven. Tienes que lavarte —dijo él, intentando mantener su voz firme.

Ana se dejó guiar hacia el agua por Sebastián que comenzó a limpiarle la sangre de la piel y del vestido lo mejor que pudo. La joven tenía las pupilas dilatadas por el miedo y parecía ausente. No era para menos, acababan de asesinar a una persona.

El llanto de un niño les indicó que alguien se aproximaba.

—Tenemos que salir de aquí. Alguien se acerca —dijo Ana reaccionando.

—¡Quieta! —indicó él al darse cuenta que el sonido no provenía de un bebé.

Ana ahogó un grito al ver un delgado y desgarbado puma saliendo de unos arbustos. Atraído por el olor de la sangre, el enorme felino se acercó al cuerpo. El animal había perdido un ojo y parecía enfermo. Observó a los jóvenes en el arroyo y soltó un rugido lastimero antes de arrancar un bocado del brazo de Bustamante y correr hacia la espesura.

Esperaron el tiempo suficiente antes de comenzar a moverse. Sin saberlo, el puma los había salvado.

—Tienes que volver a la iglesia y actuar con normalidad, incluso delante de Magdalena. Una vez que estés en tu casa, espera un poco. Luego dile a Mariano que tu esposo salió de cacería y aún no ha regresado. Intenta parecer preocupada, pero no lo suficiente como para llamar la atención. Todos saben que él era un cretino contigo. Si encuentran el cuerpo, sin

dudas van a pensar que el puma lo sorprendió —dijo Sebastián.

Ana asintió con la cabeza y esperó en silencio a que Sebastián acomodara el rifle en las manos de Bustamante. Unos instantes después el muchacho colocó una roca debajo de la cabeza del viejo y movió su cuerpo de forma tal que pareciera que había sido atacado.

—No podremos volver a vernos, al menos por mucho tiempo. Lo entiendes, ¿verdad? —agregó con pesar Sebastián.

Ana volvió a asentir. Se subió temblando el vestido húmedo y se colocó en silencio el corset. La joven evitó en todo momento mirar a Sebastián y los restos de su esposo.

—Lo siento —dijo él.

Ana se secó una lágrima y se subió a Génesis. No hubo besos de despedida y ni siquiera una última mirada de su parte. Sebastián observó a Ana hasta que se perdió de vista entre los árboles. Luego subió a su caballo. No le apetecía en absoluto volver a La Rosa en donde seguramente lo esperaba su padre para reprocharle por haberse llevado las cosas de Amanda. Todo lo que quería en ese momento era desaparecer.

Capítulo 38

Capítulo 38: Amanda

La vida en la iglesia no era sencilla, pero Amanda agradecía casi no tener tiempo para compadecerse de su propia desdicha. Cuando pensaba en su familia, algunas veces sentía un profundo odio, pero otras veces la melancolía la invadía y la pena se apoderaba de su corazón.

La joven se presentaba como voluntaria para cualquier tarea que el padre Facundo le ofreciera. Estaba convencida de que tener tiempo libre la podía sumergir en una profunda depresión. Durante su primera semana «en el exilio» brindó clases de alfabetización todas las mañanas en la iglesia. Algunas tardes ayudó a Julia en sus tareas de enfermera y realizó algunos recados para los habitantes del pueblo.

El temido domingo finalmente llegó y la joven no pudo evitar preguntarse si su familia asistiría a misa o si olvidarían su fe con la misma facilidad con la que fingían que ella no había nacido. Cuando el carruaje de los Pérez Esnaola se detuvo en la entrada del templo, Julia la tomó del brazo y Amanda agradeció tener a alguien en quien confiar. Observó al padre Facundo a su lado, quien le regaló una sonrisa afable que le inspiró algo de seguridad y los tres continuaron saludando a los feligreses que, poco a poco, ingresaban al templo.

La muchacha contuvo la respiración y se sintió mareada cuando su madre pasó frente a ella evitando observarla. El único que la miró con tristeza fue Sebastián, pero no la saludó. Estaba claro que si lo hacía tendría problemas más tarde con su padre. Tal vez por eso tampoco se habían visto desde que le llevó sus pertenencias. Isabel y su familia saludaron al padre Facundo con una inclinación de cabeza e ignoraron a Amanda. Se sostuvo con fuerza del brazo de Julia para contener el impulso de salir corriendo.

—¿Cómo se encuentran las dos damas más hermosas del virreinato?
—saludó Pablo Ferreira, deteniéndose a unos pasos de Julia.

—¿Te refieres a nosotras? —preguntó Amanda, recuperando la compostura.

—Por supuesto, ¿de quién más podría estar hablando? —añadió Pablo y Julia soltó una risita.

—Ah, entiendo... Es que por un momento pensé que me había vuelto invisible —concluyó Amanda, llevando una mano a su rostro como si

estuviera contando un secreto.

Julia volvió a reír y Pablo alzó una ceja confundido. El padre Facundo los apremió a entrar, puesto que la misa comenzaría pronto. La hermana del cura se dirigió a sentarse junto a su prometido, pero Amanda reparó en que estaba demasiado cerca de sus tíos a quienes quería evitar a toda costa. Por fortuna, Pablo se dio cuenta de que se había quedado paralizada y la condujo para que tomara asiento junto a una pareja de pastores. Desde aquel sitio no podía ver a ningún miembro de su familia.

—¿No te sentarás con Sebastián? —preguntó Amanda en voz baja.

—Estoy seguro de que sobrevivirá si me alejo de él un par de horas —bromeó el muchacho.

—¿No te enteraste de que la nueva moda es ignorarme? Tu buena reputación podría correr peligro si te vieran conmigo —advirtió Amanda.

—¡Qué tonterías! Yo nunca tuve buena reputación —aseguró el criollo.

Los dos comenzaron a reír. Un hombre sentado frente a ellos se giró y llevando un dedo a su poblado bigote les indicó que hicieran silencio. El cura había comenzado a hablar.

Luego de la misa, Amanda esperó con paciencia a que la iglesia se vaciara. No le apetecía en absoluto tener que volver a cruzarse con ningún miembro de su familia.

—¿Podemos hablar un segundo? —pidió el padre Facundo cuando casi todos se habían ido.

—¡Claro! —dijo Amanda.

Pablo se alejó unos metros para darles privacidad y comenzó a conversar con Mariano Bustamante. El joven parecía triste y no era para menos. Hacía días que su padre había desaparecido y todos rezaron para encontrar al hombre sano y salvo.

—Quiero que conozcas a alguien —comentó el padre y la guio hasta una anciana que aguardaba cerca del atrio.

—Amanda, ella es doña Nazarena de Hidalgo y le encantaría acogerte en su hogar una vez que Julia se haya casado con el doctor Medina —dijo el padre Facundo.

La joven no respondió.

—Un gusto conocerte, querida. Desde que mi marido falleció y mis hijas se casaron, me he sentido sola. Será muy hermoso volver a tener compañía —añadió la mujer y le regaló una sonrisa a la atónita muchacha.

Amanda no lo podía creer. Después de todo a lo que había renunciado por él, el padre Facundo también quería deshacerse de ella. ¿Planeaba dejarla con una anciana desconocida como si de una huérfana desprotegida se tratara? Entendía que no podía acompañar a Julia y al doctor en su vida de recién casados, pero habría jurado que la iglesia seguiría estando abierta para ella.

—Yo creí que... que iba a poder seguir viviendo aquí —soltó Amanda después de unos instantes en donde ninguno dijo nada.

—Lo siento. Es que no sería correcto. Si bien decidí darle mi corazón a Dios, algunas personas no verían con buenos ojos que te quedaras a solas conmigo —explicó el padre.

—Ya verás, nos llevaremos muy bien —aseguró la mujer.

—Lo entiendes, ¿verdad? —preguntó Facundo e intentó colocar su mano en el brazo de Amanda, pero ella lo esquivó.

Sintió que las lágrimas nublaban su vista, pero no quería ponerse a llorar delante de él. Había sido una tonta al pensar que alguna vez podría pasar algo entre ellos. El cura parecía demasiado preocupado por lo que pensarán los demás. Jamás la vería como una mujer y tal vez, ni siquiera la veía como una amiga.

—Disculpen. Necesito un poco de aire —dijo con un hilo de voz y se marchó intentando no llamar la atención.

Salió de la iglesia y se dirigió hacia el parque que rodeaba la construcción. Se sentó debajo de un árbol y se permitió llorar. Dirigió su mirada al cielo que aparecía fragmentado entre las ramas desnudas. Se preguntó si todo hubiera sido igual si su padre siguiese con vida. Quería creer que Antonio Pérez Esnaola no hubiese permitido que la desterraran de la familia, pero muy en el fondo sabía que su padre no era muy diferente a su tío. Pese a que se sentía traicionada los echaba mucho de menos. Su vida no era más que eso, extrañar el pasado.

La desilusión que sentía por el padre Facundo había servido para que una vez más se abriera la herida que su familia había dejado en su alma. Le dolía el desprecio del cura, pero era todavía más doloroso el rechazo de su madre y de sus hermanas. Quizás ambas traiciones se habían unido para

hacer más profundo el hueco dentro de su pecho.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de Pablo que se sentó a su lado, aunque ninguno de los dos dijo nada durante algunos segundos.

—¿Qué quieres? —le preguntó Amanda sin esforzarse en parecer amable.

No entendía por qué no podía dejarla llorar en paz. Ya bastante malo era todo lo que le sucedía como para tener que fingir que todo iba bien delante de alguien.

—El padre me contó lo que sucedió con la viuda de Hidalgo. Es un idiota —dijo él a modo de respuesta.

—¡No es un idiota! —exclamó Amanda, a pesar del daño que le había hecho, la invadía la imperiosa necesidad de defenderlo ante Pablo.

—Sí, lo es. Ven a vivir a mi casa —agregó sin mirarla, al tiempo que arrancaba algunas hierbas del suelo.

Si era una broma no resultaba graciosa o bien Amanda estaba de muy mal humor como para entenderla. Lo fulminó con la mirada antes de responder.

—Sé lo que intentas y no voy a acostarme contigo. Tampoco quiero tu consuelo o tu lástima. No pienso deberte nada —dijo cortante.

—No quiero acostarme contigo —añadió él intentando defenderse.

—En ese caso, no quiero tu lástima —repitió ella.

—No es lástima. Necesito tu ayuda. Quiero casarme contigo —añadió llevando sus profundos ojos marrones hacia ella.

No tenía ningún sentido. Amanda no respondió. Pablo le contó una disparatada historia sobre la muerte de su abuela y cómo Sebastián, Leónidas y el cura lo habían ayudado a encubrirla. Su absurdo relato, por lo menos la distraía de pensamientos más dolorosos.

—¿Por qué querrías casarte conmigo? —preguntó cuando el muchacho terminó de hablar.

—Ya te dije. Si alguien se entera que mi abuela falleció antes de que sea mayor de edad o me case, perderé mis tierras —explicó.

—Sí, pero no entiendo por qué conmigo. Cásate con Magdalena o con otra

de las mujeres que se mueren por ti —replicó Amanda.

—Ya te dije que no busco acostarme contigo, a menos que tú quieras, claro. Quiero una esposa inteligente con la que pueda hablar, una amiga. Si te casaras conmigo podrías seguir con tus proyectos. Yo creo que es importante lo que haces y si quieres acostarte con el cura por mí está bien... —comenzó a explicar Pablo, pero Amanda lo interrumpió.

—¿Qué? Yo no quiero.... bueno.... Facundo y yo nunca... —dijo tartamudeando. Podía notar como el calor alcanzaba sus mejillas.

—Bien, bien. Lo siento. Creí que había algo entre ustedes. Pero aun así, estoy seguro de que serías la esposa perfecta para mí y quizás en un futuro incluso podríamos enamorarnos y formar una dinastía —agregó el criollo moviendo su mano despacio al pronunciar la última palabra.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó ella.

Algunas veces era difícil saber si el muchacho bromeaba o no. Amanda negó con la cabeza, no podía creer que estuviera considerando la propuesta de su amigo.

—Sí —se limitó a decir.

Ella lo miró a los ojos buscando algún indicio de burla, pero no lo encontró. Si bien la gente solía preferir los colores claros en los ojos, el marrón oscuro de la mirada del criollo le otorgaba profundidad a sus palabras.

Pablo no le brindaba la promesa de un amor eterno y sin embargo su oferta la tentaba. Renunció a su hogar y a su orgullo por el padre Facundo, pero no fue suficiente para él. El criollo, por su parte, le ofrecía ser libre para seguir sus sueños, sin importar cuáles fueran y un apellido. Convertirse en la señora Ferreira parecía mejor que ser una Pérez Esnaola rechazada.

—No tienes que responderme ahora mismo, pero prométeme que lo pensarás —pidió Pablo y se puso de pie.

Amanda asintió con la cabeza y observó mientras el criollo se alejaba. Una parte de ella había esperado que la besara antes de irse dándole una pequeña muestra de lo que podría ser su vida si aceptaba.

—¡Espera! —llamó la joven y Pablo regresó.

—¿Sí? —preguntó deteniéndose frente a ella.

Amanda se sonrojó. Hubiera preferido estar de pie o que Pablo volviese a sentarse.

—Si me casara contigo, ¿seguirías viendo a otras mujeres? —preguntó con timidez.

Podía no tener sentido exigirle fidelidad en un matrimonio falso, pero era algo que Amanda necesitaba saber. Pablo no respondió enseguida y cuando lo hizo el corazón de Amanda se aceleró.

—No lo sé. Es posible, pero siempre estaré para ti, si me quieres a tu lado —reconoció.

Aquello no era suficiente, aunque en parte también resultaba algo tierno. Además, amaba al padre Facundo aunque él estuviera ansioso por deshacerse de ella. Pablo era guapo y había demostrado ser un buen amigo, pero nunca sería completamente suyo. Podía parecer egoísta exigir su amor y fidelidad, cuando ella no estaba enamorada de él. Estaba enfadada con el cura, pero aún lo amaba. Lo que sentía por el criollo era muy diferente y aunque no sería difícil quererlo, tal vez eso no fuera lo más conveniente.

—Muy bien, me casaré contigo —aceptó, pensando en que cuando alguien ya ha tocado fondo es imposible que pueda caer aún más bajo.

Pablo sonrió y se sentó a su lado.

—¿Estás segura? ¿No prefieres más tiempo para pensarlo? —preguntó él.

—Nunca he tenido tantas dudas en toda mi vida, pero tampoco tiene sentido esperar —reconoció ella y apoyó su cabeza en el hombro del criollo.

—Gracias —dijo él con voz suave y apoyó la mejilla en su cabeza.

Amanda jamás se hubiera imaginado comprometida con Pablo Ferreira y mucho menos de aquella forma tan peculiar. Se moría de ganas por ver el rostro de Sofía cuando se enterara y se preguntó qué diría su familia al respecto. ¿Se lo tomarían bien, mal o seguirían fingiendo que no existía? Espantó las dolorosas imágenes de sus familiares y del padre Facundo de su mente y se concentró en el momento. Le gustaba sentir el calor de Pablo a su lado y cuando él tomó su mano, ella no la apartó.

Capítulo 39

Capítulo 39: Diego

Pronunciar el nombre de Amanda estaba prohibido en La Rosa. Solo en aquellos momentos en los que ni sus padres ni su tía lo escuchaban, Diego hablaba de ella ya fuera con su hermano o con Sofía. Las opiniones de ambos sobre lo sucedido eran muy diferentes.

Sofía había sido testigo del arrebato de locura que sumió a Amanda en la desgracia, pero pensaba que pronto regresaría a pedirle disculpas a su madre y que todo volvería a ser como antes. Esperaba que fuera pronto, antes de que Antony regresara de su viaje. No quería que las malas decisiones de su hermana perjudicaran su propia reputación.

Sebastián, por su parte, defendía la osadía de Amanda y parecía cargar con una enorme pena sobre los hombros. Las pesadillas lo acosaban y en más de una ocasión se despertaba gritando. Óscar continuaba muy enfadado. Le había quitado todos sus ahorros y en lo posible no le dirigía la palabra.

Catalina lloraba mucho y a Diego se le encogía el corazón cada vez que la veía. La mala suerte perseguía a su pobre tía. No solo había quedado viuda muy joven, sino que debía cargar con la vergüenza de no saber criar a su hija.

María Esther apoyaba la idea de Sofía de adelantar su boda con Antony si el inglés regresaba al pueblo antes que Amanda a la estancia. Todos menos Sebastián pensaban que la muchacha volvería. Lo que no sabían era cuándo lo haría. Diego especulaba que sería después de la boda de Julia Duarte, la hermana del padre Facundo.

Aquel domingo los Pérez Esnaola se dirigieron a la iglesia. Era su segunda visita allí desde la partida de Amanda. Óscar les había advertido en más de una ocasión que no podían hablar con la rebelde de su sobrina a menos, claro, que les pidiera perdón y aceptara vivir bajo sus normas. Sin embargo, lo que sucedió fue muy inesperado.

—Le cederé la palabra a Pablo Ferreira que tiene un anuncio muy importante —dijo el cura y se hizo a un lado para que Pablo se colocara frente al altar.

El criollo se aclaró la garganta antes de hablar.

—Gracias por regalarme algunos minutos de su tiempo. Tengo el agrado de informarles que están todos invitados a mi boda el próximo domingo

—anunció y se detuvo esperando que los murmullos se disiparan.

—No puede ser —susurró Sofía.

Diego se preguntaba con quién se casaría el joven. Tal vez con Magdalena.

—Bueno, no es justo que lo haya dicho de esa manera ya que se trata, en realidad, de una boda doble. Será un día muy especial tanto para mis buenos amigos el doctor Máximo Medina y su prometida Julia, como para mi preciosa Amanda y para mí —agregó y esperó una vez más a que cesaran los murmullos.

—¿Dijo Amanda? —le preguntó Diego a Sofía que tenía los labios ligeramente separados y no respondió.

—Luego de la ceremonia haremos una celebración abierta a todos en la plaza que está aquí enfrente. Habrá música, un banquete delicioso y todo el vino que puedan beber. Todos ustedes, mis queridos amigos están invitados y no olviden comunicarle a quienes no hayan podido asistir hoy que también pueden venir —prometió con una sonrisa y los feligreses se levantaron para aplaudirlo.

Óscar también aplaudió pues no tenía opción, aunque no pasó desapercibida para Diego la vena palpitante en el cuello colorado de su padre. Esa solía ser la señal de alarma de que era mejor no estar cerca suyo.

—¡No pienso pagar por este mamarracho de boda! Mi sobrina desposándose con un simple criollo y una fiesta en donde gente de la peor calaña asista. Ese muchacho me va a escuchar —murmuró con rabia Óscar.

—Por supuesto, que no le daremos ni un centavo. No es más que un aprovechado. Ni siquiera pidió con formalidad la mano de Amanda. Es un descarado —le dio la razón María Esther.

—Jamás pensé que estuviera interesado en ella... —comentó Sofía que parecía más sorprendida que dolida.

Diego también experimentó una gran confusión puesto que pensaba que el criollo estaba enamorado de Julia Duarte o quizás de Magdalena. Incluso había notado en él ciertas intenciones de seducir a Sofía, pero jamás imaginó que podía estar interesado en formar una familia con Amanda.

Óscar esperó a que los feligreses que se encontraban felicitando a los prometidos se marcharan antes de avanzar hasta Pablo a grandes

zancadas. Sebastián y Diego lo siguieron, pero no para apoyarlo, sino para detenerlo en caso que intentara matar al criollo.

—Si lo que quieres es sacarme dinero... —comenzó a increpar Óscar cuando llegó hasta donde estaban, pero Pablo lo interrumpió.

—Oh por supuesto que no, mi amable señor. Entiendo que mi novia con desinteresada humildad ha rechazado los beneficios que le correspondían por haber nacido en un hogar acaudalado como el suyo. No obstante, el infinito amor y la bondad de Amanda es todo lo que exijo como dote —explicó Pablo con un fingido exceso de cordialidad que lograba descolocar a Óscar.

—¿Estás diciendo que pretendes renunciar a la dote y a la herencia de Amanda? ¿Dónde se ha visto que un hombre pague por su propia boda? —preguntó Óscar ofuscado.

—Amanda vale mucho y pecaría de codicioso si exigiera algo más a cambio de su corazón. Por otro lado, nunca dije que seré yo quien pague por la boda —agregó Pablo.

—¡Explícate! —exigió el hombre y pasó una mano por su poblado bigote.

—Hemos decidido que mi querida tía abuela sea la madrina de la boda y ella se ofreció a pagar por todo. Fue muy clara en su carta en donde dijo que no debíamos reparar en gastos, después de todo soy su heredero y la boda debe ser digna de un futuro conde —dijo moviendo su mano para enfatizar la última palabra.

Amanda miraba a su tío Óscar con sus ojos verdes entrecerrados y Sebastián sonreía divertido por la situación.

—Me hace muy feliz saber que mi amada sobrina ha entendido que debe actuar como una señora en lugar de seguir con aquellos proyectos sin sentido de enseñarle a leer a los campesinos —dijo Óscar suavizando el tono cuando comprendió que no iban a pedirle dinero.

Amanda apretó los dientes, pero no dijo nada. Diego no pudo evitar sentirse un poco avergonzado de su padre. Si bien Óscar siempre había menospreciado a Pablo por haber nacido en las colonias, al obtener un título de nobleza su posición social sería superior a la suya.

—Me temo que se equivoca. Como esposo velaré por la felicidad de Amanda y la apoyaré en cualquier proyecto que llene de alegría su corazón —explicó Pablo y dio por terminada la conversación.

El muchacho se acercó a Mariano Bustamante y a sus hermanas quienes

lo llamaban para felicitarlo por su compromiso.

—Quizás sea mejor que regreses a La Rosa hasta la boda. Yo puedo hablar con tu madre para que te acepte de nuevo —sugirió, como si el principal opositor a las ideas de Amanda no hubiera sido él.

—Gracias, pero no es necesario. Aun así, espero que puedan asistir a la boda —añadió Amanda esforzándose por controlar su voz.

—Por supuesto, querida. Hablaré con Catalina, estoy seguro de que tu madre se alegrará mucho —agregó Óscar y se marchó.

—¡Me siento muy feliz por ustedes! Hacen una hermosa pareja —exclamó Sebastián con sinceridad y abrazó a su prima.

—¡Gracias! —dijo ella y correspondió.

A Diego no le convencía aquel matrimonio en absoluto. En primer lugar porque Pablo era un mujeriego y luego porque Amanda jamás aceptaría sumisamente las infidelidades de su marido.

—¿Estás segura? —preguntó Diego una vez que Amanda y Sebastián se separaron.

Ella clavó sus ojos color esmeralda en los de Diego. Parecía molesta con él, quizás porque no le había dirigido la palabra desde que se marchó de la estancia.

—No es que me hayan dejado demasiadas opciones. Además, Pablo es amable y nos llevamos bien —dijo la joven suavizando su mirada.

—Aunque no lo amas... —insistió Diego.

—Lo conozco más de lo que Isabel conocía a su esposo. Tal vez el amor está sobrevalorado en el matrimonio y basta con tener al lado alguien que te entienda —reflexionó.

—No me parece una buena idea, pero es tu decisión —añadió él.

—Así es. Es mi decisión —agregó Amanda orgullosa.

—¡Te maldigo a ti y a toda tu estirpe! —gritó alguien detrás de Diego.

El muchacho se volteó justo a tiempo para ver como Magdalena escupía a Pablo en la cara. El joven se la limpió con el brazo y fulminó con la mirada a Sebastián que se burlaba mientras lo señalaba con el índice. Diego no pudo evitar sentir un poco de lástima por la muchacha. Ahora sabía que

no iba a ser un matrimonio sencillo para su prima.

Los Páez y las mujeres de la familia Pérez Esnaola, se acercaron poco después para felicitar a Amanda. Todos parecían haber olvidado las dos semanas en que la habían rechazado, pero Diego sabía que su prima las recordaría por el resto de su vida. Aun así, se esforzó en recibir cordialmente los buenos deseos.

—La viuda, doña Nazarena de Hidalgo, está organizando junto con un grupo de mujeres la confección de los trajes para los más humildes. Será una fiesta muy lujosa en donde será imposible apreciar la diferencia en la vestimenta de los invitados. Si quieren, puedo hablar con ella para que se sumen al proyecto de costura —sugirió Amanda.

—Claro... —comenzó a decir Sofía, pero se detuvo al ver la mirada de María Esther, quien hizo un movimiento de cabeza negando en forma casi imperceptible.

—Te avisaremos si es que tenemos tiempo —agregó Isabel y acomodó a Manuel que dormía entre sus brazos.

Diego sabía que era una promesa vacía. No tenían el menor interés en confeccionar trajes de gala para los pobres. El muchacho no culpaba a su prima por aquel pequeño acto de venganza hacia su familia. Habían actuado con ella de forma muy cruel y aunque en parte se justificaba, las cosas llegaron demasiado lejos. Ahora la única opción de Amanda era convertirse en la mujer de un criollo mujeriego. No había forma de que esa unión resultara bien.

Capítulo 40

Capítulo 40: Sofía

Sofía tenía sentimientos encontrados respecto al compromiso de Amanda. Una parte de ella se alegraba de que su familia hubiera olvidado el arrebato de su hermana. Aun así, el dolor que le producía el rechazo de Pablo Ferreira había resurgido. Tal vez si Antony estuviera allí, todo hubiese sido más sencillo, pero continuaba en uno de sus viajes.

Durante aquella semana solo dos temas eran recurrentes en el pueblo: la repentina desaparición de Juan Bustamante y la gran boda a la que todos habían sido invitados. Si bien Sofía quería lo mejor para su hermana, al mismo tiempo, temía que la magnitud del evento opacara su propia boda con Antony Van Ewen. La joven echaba mucho de menos a su prometido y la indiferencia que Diego mostraba hacia ella no hacía más que entristecerla.

Óscar Pérez Esnaola había mandado a traer a varios diseñadores y sastres de la ciudad. Al contar con tan poco tiempo para diseñar y confeccionar los atuendos de toda la familia, gastarían una fortuna. A Sofía le encantaba el vestido bordado en hilos de plata que le estaban realizando a una velocidad asombrosa, aunque nada podía compararse a las arcas de dinero que la tía abuela de Pablo había invertido en los preparativos de la fiesta.

Aquel día, eran tantos los invitados a la boda que muchos tenían que permanecer de pie. Tanto ricos como pobres lucían trajes de gala y era casi imposible distinguir a las personas pudientes de los campesinos. Por este motivo, Óscar le aconsejó a su familia que entablaran conversación solo con personas conocidas.

—Luce usted estupenda, señorita Sofía —mencionó un joven que acompañaba a la condesa.

Ella le regaló una sonrisa coqueta e inspeccionó el rostro del muchacho. Le resultaba familiar y tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que se trataba de Leónidas, el joven sirviente que había trabajado para su familia durante años. Se veía muy diferente. No solo lucía muy elegante con su traje de gala y su rostro impoluto, sino que además estaba un poco más alto de lo que Sofía recordaba.

—¡Leónidas! —exclamó al darse cuenta de quién era y la tía abuela de Pablo sonrió mostrando sus encías.

Mientras los mayores saludaban con cordialidad a la anciana, Sebastián abrazó con tanta fuerza a su amigo que se soltó de la mujer, quien estuvo

a punto de perder el equilibrio y caer. Sofía pensó que quizás la condesa le hubiera dado empleo al muchacho.

—¡Por el amor de Dios, Sebastián! —regañó María Esther a su hijo.

Sofía no pudo averiguar más sobre la mujer ni sobre Leónidas, porque en ese momento la jaló del brazo la pequeña María. La hija menor de Juan Bustamante tenía un montón de extrañas teorías que contarle sobre la desaparición de su padre. Estaba segura de que su madrastra había tenido algo que ver con eso y deseaba su ayuda para intentar desenmascararla. La joven apenas escuchaba a su interlocutora, pero María no parecía captar su desinterés.

El padre Facundo pidió silencio y poco después recibieron a las dos parejas que se casaban ese día. Si bien Julia siempre estaba preciosa, Sofía se sorprendió al ver a Amanda. Su hermana lucía un vestido moderno y atrevido. El corset se ceñía a su cintura y resaltaba su busto de una manera muy provocadora. Se veía hermosa, pero tal vez no era el vestido más adecuado para usar en una iglesia. Incluso el rubor tiñó el rostro del cura cuando llegaron al altar. Pablo, por su parte, sonreía tan guapo y petulante como siempre.

Antony era mucho mejor que el criollo, algo que Sofía se obligó a recordar al menos unas diez veces durante la ceremonia. Por fortuna, no permanecieron demasiado tiempo en la iglesia. El ambiente resultaba sofocante con tanta gente. Parecía que todo el virreinato estuviera allí. Los únicos ausentes aquel día eran Ana, Magdalena y, por supuesto, Antony. Incluso Simón había asistido a la boda y observaba a Julia desde un rincón apartado.

Una vez en la plaza el doctor Medina inició lo que sería una sucesión de discursos emotivos. Poco después tuvo lugar la fiesta más extravagante a la que Sofía hubiera asistido jamás. Además de los platillos, el vino y el baile típicos en cualquier fiesta, se había dividido la plaza en varios segmentos de entretenimiento y distintos artistas se esforzaban por dar un espectáculo sin precedentes. Sofía no sabía en donde posar su vista. Primero se acercó a ver a un encantador de serpientes, luego observó una justa protagonizada por enanos con armaduras que montaban en ponis y por último acaparó su atención una función de marionetas que consistían en una parodia de la Revolución que una década atrás había tenido lugar en Francia.

No estaba segura de en qué momento María Bustamante se alejó. Un vistazo rápido alrededor fue suficiente para que Sofía se diera cuenta de que estaba sola y rodeada de desconocidos. Comenzó a sentirse incómoda ante la cercanía de los extraños que la apretujaban para ver el

espectáculo.

—Con permiso... —decía a medida que avanzaba entre la gente dando algunos codazos y recibiendo empujones y pisotones.

Sintió como si hubiera estado conteniendo la respiración hasta que logró salir de allí. Cuando Diego la encontró tenía los ojos enrojecidos y respiraba con dificultad. Lo abrazó apenas lo vio y él correspondió después de un instante.

—¿Estás bien? ¿Te hicieron algo? —preguntó confundido.

Sofía se soltó avergonzada. Desde la noche del beso, él parecía distante. Ella no buscaba confundirlo o algo así, pero lo echaba mucho de menos. Quizás fuera por eso o porque su boda jamás sería tan impresionante como la de su hermana, pero no pudo evitar ponerse a llorar como si fuera una niña pequeña.

—Si alguien te hizo algo lo mataré —prometió Diego, al tiempo que miraba preocupado hacia la multitud.

Sofía negó con la cabeza. Se preguntó cómo podría explicarle a su primo que en realidad nada le sucedía y que tan solo quería estar con él de la forma más egoísta posible. Incluso sabiendo la forma en que la amaba, ella extrañaba su amistad, sus conversaciones e incluso sus abrazos.

—¡Diego, aquí está! ¿Seguimos bailando? —preguntó una muchacha detrás de Sofía, quien sintió como si su corazón se detuviera.

—Quizás más tarde. Estoy cansado —se excusó.

Sofía escuchó a la joven marcharse, pero no se atrevió a mirarla.

—¿Te quedarías conmigo, por favor? —pidió casi con ternura.

—Claro que sí. Dime qué pasa —insistió él.

La joven se secó las lágrimas con el dorso de la mano y luego se aferró al brazo de su primo.

—Hay demasiada gente, casi me aplastan viendo una función de marionetas —explicó, aunque aquel no era el único motivo por el que se había puesto así.

A decir verdad, no entendía por qué se estaba comportando de esa manera. Era muy vergonzoso y por fortuna Diego no la juzgaba, al

contrario, la hacía sentirse protegida.

—Si quieres te acompaño a ver alguna otra función —sugirió Diego, observando a su prima que seguía aferrada a su brazo con mucha fuerza.

—No, a menos que tú quieras ver algo. Yo solo quiero estar contigo —reconoció.

Él parecía sorprendido y Sofía no pudo evitar sentirse en cierto modo culpable. Iba a casarse con Antony y no quería darle falsas esperanzas a Diego. Sin embargo, no veía al inglés hacía mucho tiempo, pero el distanciamiento de su primo, a quien veía a diario era lo que oprimía su alma.

—Podríamos descansar en la escalinata de la iglesia, hasta que se disipe un poco la gente —agregó Diego.

—Sí, eso estaría bien —aceptó Sofía y se dejó guiar por su primo entre la multitud hasta salir de la plaza y llegar a su destino.

Una vez que se sentaron en los escalones de piedra de la entrada, Sofía le soltó el brazo para sentarse y, al hacerlo, sintió frío en el costado de su cuerpo que había estado en estrecho contacto con él.

—¿Te molesta que Pablo Ferreira se haya casado con Amanda? —preguntó evitando mirarla.

—No, bueno... Un poco, pero no demasiado —reconoció ella y se sintió mal apenas lo hizo.

—¿Lo amas? —continuó interrogando con sus ojos verdes clavados en sus zapatos.

—No —respondió con sinceridad.

Decirlo en voz alta resultó revelador, incluso para ella.

—¿Puedo hacer algo para que no estés triste? —interrogó y esta vez alzó la mirada hacia Sofía que volvía a tener los ojos nublados por las lágrimas.

—Es que... —comenzó a decir y luego negó con la cabeza sumergiéndose en sus pensamientos.

Se sentía mala y egoísta. No podía exigirle a Diego su compañía y su cariño a cambio de nada. Retenerlo a su lado no hacía más que romperle el corazón y no podía seguir fingiendo porque se daba cuenta de la forma en que la quería. Pero aun así, no estaba lista para apartarlo de su vida.

Se sentía sola sin él y le hacía mucha falta.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti —insistió y capturó con su pulgar una lágrima que surcaba el rostro de la joven.

—No quiero que estés lejos de mí —reconoció con pesar.

—Estaré siempre para ti, al menos mientras me quieras cerca tuyo —prometió.

Aquello no era verdad. Pronto se casaría con Antony y su amistad no sería más que un hermoso recuerdo. Era una locura pensar que todo podría ser como antes.

—No será así. Tú me quieres de la forma en la que un hombre quiere a una mujer y yo me voy a casar. Es posible que pronto conozcas a alguna joven. Todo será diferente... Todo es diferente ahora... —dijo llorando.

Diego la abrazó muy fuerte y ella se quedó allí con el rostro oculto entre su cuello y su hombro hasta que dejó de sollozar.

—Todo irá bien —prometió sin soltarla.

Aunque sabía que no era verdad la voz suave de Diego y el límite que sus brazos suponían con la realidad que le era hostil, la reconfortaron.

—No es justo. No mereces que sea tan egoísta. Tal vez deberías volver a bailar con aquella joven —sugirió Sofía, aunque deseaba con todo su ser que ese abrazo no se rompiera nunca.

—No eres egoísta... Bueno tal vez un poquito, pero no preferiría estar con ninguna otra persona en este momento —dijo y suspiró.

—No quiero lastimarte, pero tampoco quiero perderte —agregó.

—No me perderás —prometió él.

—Conocerás a alguien y te olvidarás de mí —insistió soltando un quejido.

Diego se separó lo suficiente como para poder mirarla a los ojos. Aún tenía las manos en los brazos de Sofía.

—No habrá nadie más —dijo muy serio.

—No puedo pedirte eso... Me voy a casar con otro —insistió la joven con las mejillas ardiendo.

Por primera vez, sentía auténtico miedo de desposarse con el inglés. Era guapo, tenía buenos modales y muchísimo dinero, pero en ese momento lo hubiera cambiado todo por seguir viviendo en La Rosa con quienes en verdad quería.

—¿No quieres casarte con Van Ewen? —aventuró Diego.

—La verdad es que no lo sé. Algunas veces sí y otras no. Debes creer que estoy loca. Ni siquiera yo sé qué es lo que quiero —reconoció.

—No creo que estés loca. Tal vez estás un poco confundida —aventuró Diego. Estuvo a punto de decir algo, pero se detuvo y volvió a abrazarla.

Su primo tenía razón. Sofía estaba muy confundida. Aquella boda le había servido para darse cuenta de que ya no sentía nada por Pablo, de que quizás su amor por el inglés no era tan fuerte como solía pensar y de que Diego era la persona más gentil y desinteresada del mundo. Le dolía lastimarlo, pero tampoco podía dejarlo ir. Ni siquiera sabiendo lo difícil que era para él permanecer a su lado.

Capítulo 41

Capítulo 41: Isabel

La boda doble había sido un cierre perfecto para el primer año de los Pérez Esnaola en el virreinato del Río de La Plata. Sin embargo, el cambio de siglo los recibió con noticias perturbadoras. Los Páez regresaban de una espléndida cena en La Rosa, a la que habían asistido todos sus seres queridos, sin contar con los Ferreira que habían ido a visitar a la abuela de Pablo a la ciudad. Estaba demasiado oscuro para distinguirlo, pero Isabel vio desde el carruaje la silueta de un hombre que los esperaba en la entrada de Águila Calva.

—Hay alguien junto a la puerta —le dijo a su esposo y abrazó con más fuerza a su bebé.

—Es extraño, todo el mundo está festejando que el 1800 ha llegado —comentó Esteban.

—Espero que no sea un ladrón —dijo Isabel.

—Quédense aquí, iré a ver quién es y qué quiere —ordenó Roberto.

El carruaje se detuvo y el hombre abandonó el vehículo. El desconocido tenía un abrigo largo cuya capucha cubría su rostro. Aguardaba apoyado en la pared, junto a la puerta y miraba el suelo. No pareció reparar en que alguien se acercaba. Algo no estaba bien, podría tratarse de un asesino o bien de un campesino enfermo.

—¿Debería ir yo también? —preguntó Esteban.

—¡No!, quédate con nosotros, cuñado —pidió Isabel.

El encapuchado alzó su rostro y Roberto se acercó. Si las nubes no hubieran cubierto la luz tenue de la luna, justo en ese instante, quizás Isabel hubiese podido distinguir sus facciones. Los hombres intercambiaron algunas palabras en la entrada y luego se abrazaron. Aquello solo podía significar que el extraño era portador de malas noticias.

Esteban bajó de un salto del carruaje y, sin esperar a su cuñada, fue al encuentro de su hermano. El cochero tampoco se molestó en ayudar a Isabel que descendió con dificultad, mientras Manuelito comenzaba a llorar. Avanzó hasta la entrada intentando calmar a su hijo e ignorando que el ruedo de su costoso vestido estaba siendo arrastrado por el fango. Solo cuando llegó a la escalinata de la entrada distinguió las facciones del encapuchado: era Mariano Bustamante y tenía el rostro compungido por el

dolor.

—Entremos. Le pediré a Dionisia que te prepare algo de beber —dijo Roberto e ingresaron en la vivienda.

Se acomodaron en los sillones de la sala, mientras Roberto fue a buscar a la esclava.

—¿Qué ocurrió? —interrogó Isabel, aunque estaba segura de que el estado del muchacho tenía algo que ver con la desaparición de Juan Bustamante.

—Encontraron a mi padre —le confirmó e Isabel sintió el dolor en sus palabras.

Lo sentía mucho por él. Ella aún extrañaba mucho a su padre y sabía lo difícil que resultaría para él afrontar la pérdida y hacerse cargo de los negocios de Juan Bustamante. El anciano manejaba todo y a todos en el pueblo y Mariano con poco más de veinte años, tendría que sostener el imperio que le había legado su progenitor.

—Lo lamento —añadió Isabel.

—Es mejor saberlo que no saberlo, o al menos, eso dicen, pero cuando todavía no lo sabía aún me aferraba a la esperanza de que pudiera estar vivo —confesó.

Esteban tomó la mano de Mariano que reposaba sobre su rodilla y comenzó a trazar círculos con su pulgar. Manuelito, por su parte, había dejado de llorar y se entretenía jalando del cabello de su madre.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Esteban.

—Fue espantoso... Parece que fue un puma, pero era él. Lo sé porque llevaba su arma —dijo Mariano rememorando la escena.

Roberto volvió de la cocina y se sentó junto a su esposa. Parecía afligido. Isabel sabía que gran parte de los negocios de su esposo estaban relacionados con los de Bustamante. Su situación económica podía correr peligro si Mariano no contaba con la misma habilidad de su progenitor.

—No estás solo. Te ayudaremos en lo que necesites —prometió Isabel después de que Dionisia les sirviera un poco de chocolate caliente.

Esteban asintió confirmando las palabras de su cuñada.

—Gracias. ¿Puedo quedarme aquí esta noche? No he tenido el valor para decirles a mis hermanas lo que ha sucedido. María insiste en que Ana lo

quería muerto —pidió Mariano.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que desees. Estoy convencida de que la niña estará más tranquila sabiendo que fue un puma y no su madrastra quien lo mató —dijo Isabel, intentando tranquilizar al muchacho.

La mujer sabía que cuando Mariano se recuperara de su duelo y tomara las riendas de los negocios de su padre, recordaría que los Páez habían estado acompañándolo en el peor momento de su vida. Sin embargo, temía que la relación que mantenían los muchachos pudiera convertirse en un escándalo si llegaba a saberse entre los miembros de la alta sociedad. Esperaba que supieran mantener sus indiscreciones en secreto.

—No lo sé. El doctor Medina dijo que las mordidas del puma fueron después de que muriera. Además, tenía hundida la sien... como si lo hubiesen golpeado —agregó.

—Quizás se cayó —sugirió Esteban.

—No lo sé, ¿creen que María tenga razón? Ana odiaba a mi padre y los esclavos comentaron que llevaba hombres a la casa cuando no había nadie —explicó.

—No sé qué pensar. Si tu madrastra tenía un amante, puede que haya sido él. Quizás actuara guiado por los celos —sugirió Esteban.

—Es posible. Intentaré averiguar con quién traicionaba a mi padre —añadió Mariano cuya tristeza se había convertido en rabia contenida.

En el funeral de Juan Bustamante todo el mundo comentaba que podía haber un asesino entre ellos. La joven viuda que no se había dejado ver desde la desaparición de su marido se presentó del brazo de Magdalena. Ambas llevaban mantillas de encaje negro que cubrían sus rostros, por lo que Isabel solo podía intuir sus expresiones. Un murmullo se extendía a su alrededor.

La llegada de Pablo y Amanda también provocó algunos cuchicheos, aunque más disimulados. Quizás el negro le sentaba bien a la joven o tal vez el matrimonio realzaba su sensualidad. Isabel dejó a Manuel con Dionisia y se acercó hasta ellos. Esperaba que su hermana no siguiera enfadada con ella por no haberla apoyado en sus rebeldías.

—¿Qué tal estuvo el viaje? ¿Cómo se encuentran la condesa y su abuela? —preguntó.

—El viaje bien, mi tía abuela también y mi abuela ha muerto —comentó

Pablo, sin mucho interés.

—Oh, ¡lo lamento mucho! —añadió Isabel que no esperaba escuchar aquella respuesta.

—Mira querida, el doctor Medina —señaló Pablo y se marchó junto a su esposa dejando sola a Isabel.

La joven resopló frustrada, como había ignorado a Amanda, ahora ella y su esposo se mostraban indiferentes. No podía creer que fueran tan rencorosos.

Isabel distinguió a Sofía y a sus primos conversando fuera de la iglesia, lejos de la multitud y fue a su encuentro. Al menos ellos se alegraron de verla.

—¡Qué triste pérdida la del señor Bustamante! No entiendo quién podría haberle hecho algo así —comentó después de saludarlos.

—Escuché que fue un puma —dijo Diego.

—Dicen que alguien lo golpeó y que luego lo atacó un puma —replicó ella.

Sofía compartió una mirada incómoda con Sebastián.

—¡Basta con eso! No alimentes rumores falsos —la reprendió el muchacho.

Isabel dejó de insistir. En otro momento, su primo hubiera querido enterarse de todos los detalles. Madurar lo estaba volviendo aburrido.

—Con permiso... —dijo María Bustamante e Isabel se hizo a un lado para que la niña se ubicara entre ella y Sofía.

—¡Hola!, siento mucho lo de tu padre —le dijo Sofía a su pequeña amiga.

—¡Una testigo ha afirmado que usted, Sebastián Pérez Esnaola, juró que mataría a mi padre! —lo acusó María.

—¡Qué tonterías! Jamás dije eso —se apresuró a decir Sebastián, pero el color había abandonado sus mejillas.

—¿Niega haber jurado que mataría a Juan Bustamante en la fiesta de bienvenida de la condesa? —insistió la niña.

Sofía y Diego intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Por qué mi primo diría algo así? El señor Bustamante era su jefe y era más beneficioso para la familia que él siguiera con vida. Tal vez deberías interrogar a tu madrastra —persuadió Isabel, intentando defender a su primo.

—Sebastián jamás haría algo así —agregó Sofía y se aferró al brazo del muchacho.

—Sí. No puedes andar por ahí difamando a nuestra familia por rumores infundados. ¡Un puma mató a tu padre porque no era demasiado bueno cazando! —le gritó Diego a María y los ojos de la niña se llenaron de lágrimas y se fue corriendo.

—¡Diego, eso fue muy cruel! No estuvo nada bien que le hablara de ese modo a Sebastián, pero ahora es huérfana de padre y madre... —comenzó a reprenderlo Isabel, pero Diego la interrumpió.

—Tienes que irte de este pueblo —dijo Diego mirando a Sebastián con las pupilas dilatadas.

—Quizás podría ir a la ciudad con Leónidas y la tía abuela de Pablo —sugirió Sebastián.

—¡No seas ridículo! No dejes que las tontas especulaciones de una niña te asusten. Nadie le va a prestar atención —se burló Isabel.

—No, tienes que volver a España. Podría escribir una carta así el tío Óscar pensará que hay problemas en sus campos y tú te ofrecerás a ayudar —dijo Sofía con convicción.

Sebastián asintió con la cabeza y cerró los ojos. Isabel no podía creer que estuvieran hablando en serio. Sebastián no mataría a nadie, a menos que...

—¡Por todos los santos! ¡Tú eres el amante de Ana! —exclamó Isabel y los tres le hicieron señales para que guardara silencio.

Quería saber todos los detalles, pero no era el momento ni el lugar para interrogar a su primo. Aunque Sebastián fuera un asesino, no lo delataría. No deseaba que sus malas decisiones afectasen el buen nombre de toda la familia. Sebastián ya pagaría por su crimen en el infierno, mientras tanto el viaje inesperado debía resultar creíble. Si todo salía bien, para cuando empezaran a investigarlo, el muchacho ya estaría cruzando el océano.

—¿Quién le habrá dicho a María lo que Sebastián dijo en la fiesta de bienvenida de la condesa? —preguntó Sofía.

—Tal vez fue Ana —sugirió Diego.

—No, ella jamás lo haría. Estoy seguro de que fue Magdalena. Pablo me dijo que prometió vengarse de él y ella debe haber pensado que lastimando a sus seres queridos lo haría sufrir —explicó Sebastián.

—¿Sabían que la abuela de Pablo Ferreira también falleció? —comentó Isabel.

Sofía y Diego se sorprendieron, pero Sebastián parecía taciturno y distante. Abandonar la vida que disfrutaba en La Rosa no sería sencillo para él, pero no tenía otra opción.

Isabel esperaba que Mariano Bustamante no prestara atención a las palabras de su hermana menor. Observó a la distancia a la niña entrometida y a su hermano. Con un poco de suerte, podría lograr que su cuñado convenciera a su amante de que Juan Bustamante había sido víctima de algún bandido. Si eso no funcionaba, quizás podría encontrar algún hombre que se dejara embelesar por la reciente viuda, alguien a quien pudieran inculpar para que cargara con la acusación y la condena de su primo.

Capítulo 42

Capítulo 42: Sebastián

Cuando Óscar Pérez Esnaola recibió la carta en la que se le comunicaba que sus tierras de España habían sido ocupadas puso el grito en el cielo y comenzó a organizar sus asuntos para viajar lo antes posible. Como era de esperarse su esposa lo acompañaría.

—No es necesario que hagan un viaje tan largo. Yo iré y resolveré todo. Además, no querrán perderse la boda de Sofía —sugirió Sebastián.

Su padre no dudó de la veracidad de la carta. Las palabras que Sofía e Isabel habían escrito para él resultaban muy convincentes. Tan solo fue necesario que Sebastián colocara la carta entre la habitual correspondencia de su padre y esperar a que este la leyera. Por desgracia, sus esfuerzos fueron en vano, puesto que Óscar se negó a permitir que su hijo viajara.

—¡De ninguna manera! Conociéndote te harás amigo de los maleantes y acabarás por dejarles mis tierras —se burló el hombre.

—Me ofendes, padre. Confía en mí. ¡Juro que lo resolveré! —insistió el muchacho.

—Arreglaré todo yo mismo y con suerte estaré aquí para cuando Sofía dé el sí en el altar —gruñó con el rostro cada vez más colorado.

—¿Puedo acompañarlos? —interrogó Sebastián, aunque sabía que era imposible negociar con su padre cuando estaba tan nervioso.

El resto de la familia escuchaba con cautela detrás de la puerta de la cocina. Las palabras de Óscar retumbaban por toda La Rosa.

—¡Soy tu padre y si no quieres que le deje tu parte de la herencia a Diego, harás lo que yo digo! —gritó y dio por terminada la discusión.

Los días pasaban y Sebastián temía que en cualquier momento alguien se presentara a su puerta para arrestarlo. Sus primas, Diego y Pablo Ferreira no dejaban de proponer posibles soluciones que por desgracia resultaban inaplicables.

Óscar se mostraba más malhumorado que nunca, en especial con su hijo mayor. El hombre seguía convencido de que unos intrusos habían invadido una de sus estancias en España y los barcos no partían todos los días. Sebastián no se atrevía a iniciar otra pelea con su obstinado padre para que lo llevara con él, pero sentía que el tiempo y las ideas se le agotaban.

El jueves por la tarde un esclavo le avisó que Isabel lo invitaba a merendar en Águila Calva. No se demoró en ensillar su caballo y partir hacia allí. Era posible que su prima tuviera noticias relevantes para él, después de todo su cuñado y Mariano Bustamante eran muy cercanos.

Al llegar a la estancia de los Páez una criada lo condujo hacia la cocina en donde lo esperaba Isabel. Su prima se encontraba sentada frente a un corpulento hombre al que Sebastián no conocía. No llevaba calzado y su ropa delataba que era una persona muy humilde. Sorbía guiso de un cuenco que bajó apenas al notar la presencia del muchacho.

Sebastián tuvo un mal presentimiento. Si bien alimentar a los pobres era algo que quizás Amanda podría haber hecho, Isabel no era así. Su prima tenía un plan y él creía saber cuál era.

—Querido primo, quiero que conozcas a Estanislao —los presentó Isabel.

El hombre dejó el cuenco sobre la mesa y se limpió la boca con la manga de su mugrienta camisa. Sebastián se acercó y extendió su mano para saludarlo, pero su prima lo detuvo.

—Yo no lo haría. Está muy enfermo y no vivirá mucho —explicó con frialdad como si Estanislao no la estuviera escuchando.

Sebastián retiró su mano y dio un paso atrás. No había prestado atención antes al rostro del sujeto, pero debajo de la suciedad de su piel pudo distinguir algunas llagas rojizas y amarillentas.

—Mucho gusto —se limitó a decir.

Sebastián rodeó la mesa y se sentó junto a Isabel.

—Estanislao es pescador. Tiene dos hijos pequeños y una esposa embarazada en la ciudad. Le he prometido que cuando muera velaremos por el bienestar de su familia. Nos aseguraremos de que no les falte techo ni comida. Él solo debe seguir a Ana Bustamante y confesar su amor por ella cuando lo atrapen. Morir en la cárcel con la seguridad de que sus seres queridos tendrán un futuro, es sin dudas mejor que morir en su lecho sabiendo que sus hijos sufrirán hambre y frío —explicó Isabel.

Estanislao miraba el cuenco vacío con pesar y Sebastián sintió que se le oprimía el alma. No quería que otra muerte pesara en su conciencia, pero tenía que reconocer que era un buen plan.

—No lo sé... —dijo Sebastián.

—Sabes que es tu mejor opción, primo. Además, le darías un sentido a la muerte de este pobre hombre —lo apremió Isabel.

Nubes grises lo acompañaron en su regreso a La Rosa. No podía creer que hubiera aceptado el plan de Isabel. No le gustaba la persona en la que se estaba convirtiendo. Si con la muerte del señor Bustamante salvó tanto la vida de Ana como la suya, ahora solo se beneficiaba a sí mismo.

Cuando Diego y Sofía quisieron sonsacarle información sobre lo sucedido en Águila Calva, Sebastián intentó evadir las respuestas a sus preguntas. Sin embargo, no dejaron de insistir hasta que les contó todos los detalles. Distinguió sus propios miedos e inseguridades en los ojos de su hermano y de su prima. Aun así, no lo juzgaron. No tenía demasiadas opciones.

El domingo en la iglesia, todo el mundo hablaba sobre el sujeto que habían atrapado acosando a Ana Bustamante mientras dormía. Se acusaba al hombre de ser el autor del crimen del viejo. Decían que estaba obsesionado con la mujer y, aunque estaba fuera de su alcance, esperaba que sin el obstáculo de su marido, al fin pudieran estar juntos. Lo más extraño era que nadie en el pueblo lo había visto nunca, pese a que por su aspecto no resultaba fácil de olvidar.

Todo parecía haber resultado bien para Sebastián. No obstante, la culpa lo agobiaba y parecía expandirse en su pecho como una mancha de tinta que cubre las palabras de una carta.

—Me alegra que no tengas que marcharte —comentó Amanda, sentada a su lado.

Junto a ella, Pablo asintió con la cabeza.

—No tenías otra opción —añadió.

Sí, la tenía, pero nadie se atrevió siquiera a sugerirla. Podría haber confesado y pagado por su error. Toda su vida huyó de sus problemas. Siempre, alguien lo protegía y lo ayudaba a salirse con la suya. Escapó de España al enterarse que Adriana estaba embarazada y estaba dispuesto a irse del virreinato, aunque toda la culpa recayera sobre Ana. Había matado a un hombre y dejaba que un inocente cargara con el peso de su error.

Después de misa Sebastián confesó sus pecados con el padre Facundo, pero la penitencia para obtener el perdón no aminoró la culpa que sentía.

—Gracias, padre —dijo y el cura le dio su bendición.

Al salir de la iglesia sintió los ojos de María Bustamante clavados en su espalda. Era como si la niña pudiera leer sus pensamientos y conociera su secreto. Se limpió el sudor de las manos en el pantalón y se apresuró a llegar hasta el carruaje y encerrarse en él. Su corazón latía a toda velocidad y respirar se volvía cada vez más difícil. Estaba a punto de gritar cuando Diego abrió la portezuela del vehículo.

Sofía aceptó la mano que su primo menor le ofrecía para subir y observó a Sebastián con cautela.

—¿Todo está bien? —interrogó.

No había nada en toda esa situación que estuviera bien. Había arruinado su vida y la de otros. Era una pésima persona y cada decisión que tomaba desencadenaba una serie de desgracias imposibles de reparar.

—Sí —le respondió por cortesía.

Sus padres y su tía Catalina se habían marchado en otro carruaje, por lo que cuando Diego se acomodó, el chofer azotó a los caballos y comenzaron a ganar velocidad.

Sebastián se mantuvo ajeno a las conversaciones de los jóvenes y apenas arqueó la ceja cuando Sofía tomó la mano de Diego. No dijo nada. Era la persona menos indicada para opinar sobre una relación. Solo deseaba que su hermano pudiera recomponer su corazón cuando el inglés regresara para reclamar a Sofía como esposa.

Capítulo 43

Capítulo 43: Amanda

La vida de casada no fue impedimento para que Amanda pudiera continuar ayudando en la iglesia. Pablo resultó ser mejor esposo de lo que cualquiera hubiese imaginado. Era apasionado, atento y divertido. No era celoso o, tal vez, sabía enmascarar sus sentimientos de una manera asombrosa. La joven sospechaba que el criollo se consideraba tan virtuoso que no veía al padre Facundo como una posible amenaza. Pero no eran más que suposiciones y ansiaba saber qué era lo que pasaba por la mente de su marido.

—¿No te molesta que vaya a la iglesia casi todos los días? —preguntó, mientras recorría con un dedo el torso desnudo de Pablo, quien se encontraba junto a ella en la cama.

—¿Debería molestarme? —cuestionó y se estremeció apenas cuando Amanda interrumpió su caricia justo debajo de su ombligo en donde las sábanas comenzaban a cubrir su piel.

—Cualquier otro hombre sentiría celos al saber que su esposa se encuentra cada tarde con alguien por el que solía sentir algo —comentó sin dejar de acariciar el vientre del joven de forma sugerente.

—Lo que me cautiva de ti es que eres una mujer libre y valiente. No voy a ser yo quien te limite y se interponga con tus sueños —explicó y empujó con suavidad la nariz de Amanda con la suya.

—No me quejo, pero eres todo un enigma, Pablo Ferreira —confesó.

—No es verdad. Es simple, me gusta estar contigo, pero jamás te retendría a mi lado si quisieras irte... —comenzó a decir, pero Amanda lo detuvo con un beso.

—También me gusta estar contigo —agregó y sintió el calor subiendo a sus mejillas.

Pablo comenzó a besar su cuello y ella enredó los dedos en su cabello. Si bien hablar de sus sentimientos resultaba difícil algunas veces para la joven esposa, él le había enseñado a la perfección a hablar el lenguaje de la pasión. Las caricias de su esposo la hacían temblar de placer y despertaban en ella sensaciones únicas. Mientras que el Padre Facundo representaba la bondad, la amabilidad y la cautela; Pablo era completa locura, pasión y rebeldía.

Cuando Amanda se despertó a la mañana siguiente, Pablo aún dormía abrazándola por la espalda. Evitó moverse puesto que no quería despertarlo. Le gustaba sentir sus brazos alrededor suyo y escuchar el sonido de su respiración tranquila. Aunque él insistía en que era ella quien controlaba la decisión de que estuvieran juntos, en el fondo, temía que fuera Pablo quien se cansara de sus besos. Amaba la relación que estaban construyendo, pero ¿qué pasaría si él decidía regresar a los brazos de Magdalena o de cualquier otra mujer? ¿Acaso era egoísta esperar que el corazón de Pablo le perteneciera por completo cuando el suyo parecía dividido en dos?

Por la tarde, Amanda dictó clases de alfabetización en la iglesia. Se había llevado a Génesis con ella y Pablo se despidió con la promesa de que la pasaría a buscar más tarde para ir a cabalgar. Cuando sus alumnos se marcharon, la joven aceptó tomar algunos mates con el padre Facundo mientras esperaba a su marido.

El cura se mostraba un poco más cómodo desde que Amanda se había casado. Ahora que era una señora y ya no vivía con él, conversar a solas no suponía ninguna amenaza para su reputación. Sin embargo, no pudo evitar sonreír divertida al comprobar que cuando se acercó a él para cebarle un mate, las mejillas del cura adquirieron un adorable color rosado. El padre desvió sus ojos de los de Amanda, carraspeó y dijo:

—Esperaba tener la oportunidad de hablar contigo a solas. Quizás no sea importante, pero creo que es mejor que lo sepas —dijo Facundo y tomó un poco de mate.

—¿Sí? —preguntó ella sentándose a su lado.

—Escuché a la señorita Magdalena conversando con la hija de Juan Bustamante. Mencionaron a Sebastián... —comenzó a decir evitando establecer contacto visual con ella.

El corazón de Amanda pareció encogerse. Hasta donde sabía el plan de Isabel había resultado convincente. Poco después de que lo apresaran, el sospechoso falleció a causa de la peste y junto con su alma desapareció el interés del pueblo en el asesinato.

—¿Qué es lo que sabe, padre? —preguntó con un hilo de voz.

—Parece que un cochero afirma que ese hombre, Estanislao, llegó al pueblo mucho después de la muerte de Juan Bustamante. Además, la señorita Magdalena escuchó a Sebastián decir algo que no debió haber dicho. Si el joven Mariano se enterara... Sé que no debería intervenir, pero Sebastián fue una de las pocas personas que siempre te apoyaron. Incluso yo terminé dándote la espalda, lo lamento. Si hubiera sabido que amabas a Pablo Ferreira, no hubiese temido de mi propia debilidad. Siento

mucho haber sido tan mal amigo —confesó el padre.

Amanda colocó una mano en la mejilla del cura y clavó sus ojos verdes en la dulce miel de su mirada.

—Padre, se equivoca. Si no fuera porque no me permitió quedarme con usted, tal vez nunca hubiera mirado a Pablo con otros ojos... Usted no hizo mal en elegir lo que consideraba correcto. Dejar que me quedara aquí y que viviéramos solos los dos no hubiese sido más que un error. Un muy dulce error —dijo y retiró su mano con suavidad de la mejilla del cura.

—Si tan solo hubieras llegado a mi vida antes de que Dios me llamara para estar entre sus filas, todo podría haber sido diferente —agregó y bajó la mirada.

Amanda sintió que se le encogía el corazón. Tal vez en otra vida podrían haber estado juntos, pero como bien había dicho el padre Facundo, había llegado demasiado tarde.

—Con su permiso, padre, debo ir a salvar la vida de mi primo. Espero esta vez no llegar tarde —se despidió y besó la frente del cura con ternura antes de salir de la pequeña cocina.

Los ojos le escocían, pero ya había derramado demasiadas lágrimas por el modo en el que la afectaban las decisiones tomadas por los demás. Había perdido ante un Dios omnipotente y todopoderoso en su guerra para obtener el amor del cura. No existía deshonra en aquella derrota. No, si tenía en cuenta la magnitud de su oponente.

Mientras cabalgaba pensó fugazmente en Pablo y la promesa que le había hecho de pasarla a buscar. Se convenció a sí misma de que el criollo no se molestaría. Estaba casi segura de que comprendería por qué no había podido esperarlo en la iglesia.

Surcó los campos inclinada sobre Génesis que la llevó hasta La Rosa a la velocidad del viento. Al llegar golpeó la puerta y la recibió Sofía.

—¡Llama a Sebastián! —ordenó sin saludar. No tenía tiempo para formalidades.

Sofía frunció el ceño, pero la obedeció sin replicar.

—¡Prima! —saludó Sebastián y su sonrisa se esfumó al ver la expresión de Amanda.

Ella se acercó y le contó al oído todo lo que el padre Facundo sabía sobre las sospechas de Magdalena de Toledo y Rojas. Cuando se separaron se dio cuenta de que le temblaban las manos. No podría soportar que

colgaran a Sebastián o que lo encerraran en una celda en el Cabildo para vivir en condiciones deplorables. Era el único miembro de su familia que siempre le daba su apoyo incondicional.

—Entiendo —se limitó a decir él.

—Tiene que haber alguna forma —insistió Amanda desesperada.

La joven notó que Diego, su madre y sus tíos acababan de entrar a la sala y los observaban preocupados. Incluso Alister III escondido detrás de Sofía parecía intuir que algo no estaba bien.

—¿Qué sucede? ¿El criollo te lastimó? —aventuró su madre con nerviosismo.

Amanda se apresuró a negar con la cabeza, pero no respondió. Sentía que si comenzaba a hablar no podría evitar llorar. Seguía enfadada con todos por haberla desterrado de la familia sin piedad alguna, pero la consolaba saber que por lo menos ahora su madre se interesaba por su bienestar.

—Mamá, papá... Tengo algo que decirles —dijo Sebastián y su expresión le recordó a Amanda cuando no era más que un niño con el que jugaba en los campos de España.

Amanda le rogó a Dios en silencio para que le diera otra oportunidad a Sebastián. Si bien el muchacho pudo haber cometido un terrible error, no era una mala persona. Desde lo más profundo de su alma pidió perdón y prometió que si su primo se salvaba de un fatídico destino, renunciaría para siempre al amor del padre Facundo. Se alejaría del cura y no permitiría que se apartara de su camino. Si bien él ya había elegido, ahora ella también aceptaría su decisión.

Capítulo 44

Capítulo 44: Diego

Toda la familia se acomodó en los sillones de la sala para escuchar lo que Sebastián les tenía que decir. El joven no tuvo más opción que confesar una parte de la verdad ante sus padres. Diego lo observaba preocupado. Nunca lo había visto tan asustado. No era la primera vez que su hermano se metía en problemas, pero ahora su vida pendía de un hilo y la buena voluntad de su padre era lo único que podía llegar a salvarlo.

—Los hijos de Bustamante creen que fue el amante de Ana quien mató a su padre. Hice y dije algunas cosas que podrían hacer que sospechen de mí. Lo siento, pero si no me dejan ir con ustedes a España me arrestarán —explicó el joven con un hilo de voz.

—¡Ay, Sebastián, por el amor de Dios! No me digas que te acostabas con esa mujer... —exclamó Óscar negando con la cabeza.

—Ana es hermosa —dijo confirmando la suposición de su padre.

—Ya me parecía que algún motivo tenías para querer viajar a España. No creí ni por un momento tu repentino interés por proteger las tierras de la familia —agregó Óscar masajeando su sien.

María Esther que se encontraba sentada junto a Sebastián se le acercó más, tomó su mano y comenzó a acariciarlo. Diego no la había visto comportarse así con su hermano ni siquiera cuando eran niños. Clara, la madre de Leónidas, solía ser quien lo consolaba y ayudaba cuando tenía algún problema.

—Sería una acusación muy grave. Mariano Bustamante tiene contactos importantes en todo el virreinato del Río de La Plata y podrían enviar a Sebastián a la cárcel por culpa de una mujerzuela que no se respeta a sí misma —añadió María Esther mirando preocupada a su esposo.

El hombre guardó silencio como si estuviera teniendo un debate interno. Durante los últimos meses, la rivalidad entre ambos resultaba insostenible, pero Diego estaba seguro de que Sebastián aún le importaba lo suficiente a su padre como para salvarle la vida. Al ver que ninguno decía nada, Diego intentó interceder en favor de su hermano:

—Papá, por favor, tienes que dejar que viaje a España con ustedes. Yo me quedaré y me ocuparé de la producción de los cultivos de La Rosa.

En los instantes que siguieron a las palabras de Diego, parecía que todos en la sala estuvieran conteniendo la respiración al mismo tiempo. Después

de unos instantes en los que la tensión no dejaba de aumentar, Óscar respondió:

—De acuerdo, puedes venir con nosotros. Pero a decir verdad, yo que tú no me preocuparía tanto. Debe haber una larga lista de hombres que pasaron por el lecho de Ana Bustamante. No me extrañaría que sedujera a un asesino para que se deshiciera de su esposo. Las mujeres como esas son de lo peor.

Los hombros de Diego se relajaron. En unos pocos meses su hermano podría estar a salvo al otro lado del océano. Con sus palabras Óscar no ponía en duda la inocencia de Sebastián. Tal vez creía que su hijo era incapaz de cometer un acto tan atroz como un asesinato o bien lo asustaba demasiado la posibilidad de conocer la verdad.

—Gracias —dijo Sebastián con la mandíbula tensa.

Era evidente que no le gustaba la forma en la que sus padres veían a Ana, pero al mismo tiempo, ellos eran su salvación y el viaje la única ruta de escape con la que contaba.

Durante las semanas que siguieron a la confesión del joven, los Pérez Esnaola estuvieron atareados con los preparativos para el viaje. Cuando llegó el día de la partida, toda la familia fue al puerto para despedirse de Sebastián y de sus padres.

Diego se quedaría en el virreinato junto a sus primas y a su tía. Óscar les explicó a sus hijos que su idea siempre había sido que uno de ellos se quedase con sus tierras en Europa y el otro en Buenos Aires a cargo de la estancia. Ante la posibilidad de que no volvieran a verse hasta dentro de muchos años, el hombre contrató a un abogado para que gestionara los trámites para que Diego se convirtiese en el propietario de La Rosa. El muchacho tomaría las decisiones en la estancia aunque Catalina sería su tutora legal hasta que él cumpliera la mayoría de edad o bien, contrajera matrimonio.

—Hasta pronto. Te echaré mucho de menos —se despidió Sebastián y le dio un abrazo muy fuerte a Diego.

—¡Cuídate mucho! —exclamó el muchacho sin soltarlo.

Cuando los hermanos se separaron, María Esther abrazó a su hijo menor con fuerza y Óscar que nunca había sido muy efusivo le palmeó el hombro. Diego sabía que pasarían muchos años hasta que los volviera a ver y aquello le producía una dolorosa opresión en el pecho. Era posible incluso, que esa fuera la última vez que estuvieran todos juntos.

—Cuida muy bien de tu tía y de tus primas —ordenó el hombre retorciendo su poblado y negro bigote.

María Esther lo abrazaba tan fuerte que Diego sentía que su madre le quebraría las costillas. Las lágrimas surcaban los rostros de Catalina, de Amanda y de Sofía e Isabel, por su parte, tenía la mirada perdida en el horizonte. El joven tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no acompañarlas. Incluso el fortachón de Pablo tenía los ojos enrojecidos.

—Tenemos que irnos ya o perderemos el barco —advirtió Óscar jalando apenas de la manga del vestido de su esposa.

María Esther se aferró más a Diego.

—Tal vez debería quedarme con él en La Rosa. Mi niño aún me necesita —sugirió a último momento la mujer acariciando la mejilla de su hijo favorito.

Si bien a Diego solía molestarle bastante que su madre lo tratara como a un niño pequeño, esta vez cerró los ojos y la estrechó con la misma intensidad que ella lo hacía.

—Estaré bien, mamá. Prometo que los visitaré dentro de algún tiempo —dijo intentando que su voz se escuchara segura y tranquila.

—¡No digas tonterías, mujer! Diego ya es un hombre y sabe muy bien cuidarse solo. No sabemos cuánto tiempo tardaremos en desalojar a esos malditos intrusos y tu lugar siempre estará a mi lado —la reprendió Óscar.

María Esther soltó a Diego con pesar y el joven distinguió que tenía el rostro cubierto por las lágrimas. La mujer se demoró mucho menos tiempo en despedirse de Pablo, de Roberto, de sus sobrinas y de su cuñada. Sebastián abrazó a Amanda por última vez y su padre resopló:

—Si perdemos el barco por tu culpa...

—Cuida mucho de Pablo y no dejes que se meta en muchos problemas, pero no lo regañes demasiado cuando lo haga —le pidió Sebastián a Amanda que se rio entre llantos.

—¿Quieres que le deje algún mensaje a Ana de tu parte? —preguntó Pablo cuando su amigo se separó de Amanda.

—No, será más fácil que ella me olvide si no tiene nada mío para

recordarme —respondió y la tristeza se filtró en el timbre de su voz.

—Lamento que haya tenido que ser así —dijo Pablo.

—También yo. Me hubiera gustado mucho quedarme aquí y con el tiempo covertirme en una mala influencia para sus hijos —bromeó Sebastián mirando a la pareja y Diego notó la forma en la que Amanda se sonrojaba.

Pablo sonrió y rodeó la cintura de Amanda con un brazo. Diego pensó que tal vez se había equivocado al juzgar su unión. Hacían una bonita pareja después de todo y solo esperaba que ninguno de los dos arruinara la relación que acababan de comenzar. Ambos eran rebeldes, divertidos e impulsivos y si no terminaban matándose el uno al otro, era posible que tuvieran un matrimonio muy feliz.

Sebastián miró hacia atrás mientras avanzaban en dirección al barco. Llevaba del brazo a su madre que se cubría el rostro con un pañuelo. La brisa trajo con ella el olor a la podredumbre del puerto y le produjo a Diego cierta sensación de melancolía. Recordaba como si hubiera sido ayer el día en el que los Pérez Esnaola pisaron Buenos Aires por primera vez. Aquel día Sebastián se había burlado del nombre de la ciudad. Ahora sus padres y su hermano regresaban a España sin él. Los extrañaría con todo su ser, pero sabía que su hogar se encontraba en La Rosa, junto a Sofía.

Capítulo 45

Capítulo 45: Sofía

La estancia estaba más grande y silenciosa que nunca. Sofía sentía la ausencia de sus seres queridos en los rincones de cada una de las habitaciones. Parecía como si, poco a poco, la familia se hubiera ido desintegrando. Primero su padre había muerto, luego Isabel y Amanda se casaron y ahora Sebastián y sus tíos regresaban a España.

La joven tomó del interior de un libro la hoja suelta con el cuento que había escrito hacía tiempo, la arrugó y la arrojó sobre la cama en la que antes dormía Amanda. Diego tenía razón, era una historia horrible que contaba con un trágico final. En aquel momento, ella se sintió ofendida con su primo y le atribuyó la autoría de la obra a un escritor anónimo. Sin embargo, la vida real estaba demasiado llena de desgracias y de tristezas, como para que ni siquiera las historias permitieran escapar de ellas.

Desde la boda de Amanda, Diego no se separaba de Sofía, aunque eludieron hablar sobre sus sentimientos y no hubo ningún tipo de acercamiento romántico. La joven se sentía agradecida por poder contar con su compañía, especialmente porque Antony continuaba en uno de sus viajes. Si no hubiera sido así, tal vez se hubiese sumergido en una terrible pena y la melancolía hubiera acabado por apoderarse de su alma.

Lo único positivo de la partida de su familia había sido que todos en el pueblo parecían haber olvidado la muerte de don Juan Bustamante. Solo Magdalena de Toledo y Rojas insistía en haber escuchado a Sebastián en la fiesta de la condesa decir que asesinaría al señor Bustamante. Pero si bien ella alegaba estar convencida de que habían sido él y Pablo Ferreira quienes habían cometido el crimen, ningún invitado confirmó sus palabras. Por otro lado, todos vieron a Pablo Ferreira besándola en público y de una forma casi inmoral. A los ojos del pueblo, Magdalena no era más que una mujer despechada que intentaba buscar venganza porque el criollo no había querido pedir su mano y se había casado con Amanda Pérez Esnaola.

Una tarde, Sofía encontró a su primo leyendo recostado debajo de un árbol y se acomodó a su lado apoyando la cabeza sobre el pecho de Diego. Ninguno de los dos dijo nada. El tiempo pasaba y ellos tan solo se quedaron allí disfrutando de la cercanía del otro. Ese tipo de momentos sería lo que más extrañaría cuando regresara Antony Van Ewen de su viaje para convertirse en su esposo. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias del inglés y la idea de que hubiera desistido de volver por ella, ahora no le resultaba tan desagradable.

Doña Catalina le había pedido al joven Simón que le avisara a la familia ante cualquier novedad, pero el secretario había dicho que tanto Antony como el mar siempre actuaban de forma impredecible. Era imposible saber a ciencia cierta el momento en el que su barco regresaría. Simón, por su parte, se había instalado en el pueblo y cortejaba a la señorita Magdalena.

—Diego, ¿puedo preguntarte algo? —quiso saber sin levantarse, mientras acomodaba el cuello de la camisa del muchacho.

—Claro que sí —respondió él y dejó a su lado el libro que estaba leyendo.

Ella se incorporó apenas y se apoyó sobre el codo para poder mirarlo. Sin dejar de juguetear con la tela de la camisa de su primo cuestionó:

—¿Recuerdas aquella noche en la que me dijiste que si hubieras sido el niño del cuento hubieses encontrado la manera de ayudar a la pequeña?

Diego asintió despacio con la cabeza. Sofía distinguió una sombra de dolor cubriendo sus ojos verdes y no pudo evitar sentirse mal por la forma en la que lo rechazó en aquella ocasión. Parecía haber pasado una eternidad desde entonces.

—Dijiste que si no quería casarme encontrarías la forma de ayudarme. ¿Lo recuerdas? —agregó.

—¿Cómo podría olvidar eso? —asintió él y acarició apenas la mano que Sofía tenía en su cuello.

—No quiero irme con Antony, pero no sé cómo romper el compromiso —confesó.

Diego tardó unos segundos en responder:

—Creo que lo mejor sería que le escribieras una carta diciéndole que das por terminada la relación porque su ausencia fue demasiado larga. Puedes decirle que te diste cuenta de que ya no lo amas. Dios mediante, no volverá a presentarse por aquí.

—¿Crees que una carta será suficiente? ¿Cómo se la haré llegar si no sabemos dónde está? —insistió.

—Escríbela y yo se la alcanzaré a Simón. Tal vez él pueda encontrarlo o se la dará cuando regrese de su viaje —añadió.

Sofía volvió a apoyar su cabeza sobre el pecho del muchacho y esta vez él la abrazó. Sabía que Diego haría todo lo posible para impedir que el inglés la alejara de su lado. Pese a eso, no podía evitar sentir miedo ante la

reacción de Antony. Simón había dicho que era un hombre impredecible. Se preguntó a qué se referiría con eso. Sofía no tenía respuestas a los interrogantes que comenzaban a arremolinarse en su mente. ¿Qué pasaría si Antony se negaba a aceptar el rechazo o si decidía enviarla a la cárcel por cancelar su compromiso? ¿Sería capaz de lastimarlos a Diego o a ella? Recordó a los enormes perros del inglés y un escalofrío recorrió su espalda.

Esa misma noche, Sofía se abocó a la tarea de escribir la carta de ruptura. Su intención no era lastimar a Antony. Él había sido un novio estupendo y no era su culpa que ella no hubiera sabido quererlo. Su amor había muerto casi sin haber comenzado. Escribió varios borradores hasta conseguir hacer algo más o menos aceptable. Si su madre se enteraba de lo que estaba haciendo, sin lugar a dudas la mataría.

Querido Antony, mi corazón siempre tendrá un lugar especial para usted. Nunca olvidaré aquellos momentos en los que me hizo sentir amada. Nuestra relación fue intensa y fugaz como un cometa que corta el cielo con su estela. Me apena que mi amor no fuera tan fuerte como para vencer las barreras del tiempo y de la distancia y aunque lo recuerdo con mucho cariño, lo animaré a que no se conforme solo con eso. Si bien lo nuestro no fue más que una bonita ilusión, estoy segura de que encontrará a su amor verdadero.

Con cariño, su sincera amiga, Sofía Pérez Esnaola.

Algunos días después, Diego le hizo llegar la carta al secretario de Van Ewen. Cuando el inglés regresara al virreinato la recibiría y con un poco de suerte no iría a buscar a Sofía.

Doña Catalina, por su parte, aún no conocía la verdad. Sería más fácil para todos si creía que Antony era quien había abandonado a su hija antes de la boda y no que una carta de Sofía había arruinado la posibilidad de un futuro con un pretendiente que podría haber sido perfecto para ella.

Con el correr de los días, las semanas y los meses, el miedo a que el inglés regresara por ella se fue desvaneciendo. Sofía seguía utilizando el anillo que él le había regalado para que su madre no sospechara nada.

Alister III se había convertido en un perro enorme. Seguía teniendo alma de cachorro y parecía no cansarse nunca. Algunas veces sacaba de quicio a Catalina, quien lo echaba a los gritos de la vivienda, pero Sofía lo entraba a escondidas en cuanto su madre se distraía.

Diego pasaba gran parte de su tiempo encargándose de que la producción de la estancia funcionara y algunas veces Isabel lo ayudaba. Aunque Óscar Pérez Esnaola no hubiera visto aquello con buenos ojos, el joven era por fortuna muy diferente a su padre. Los fértiles cultivos de La Rosa, de

Águila Calva y de Esperanza servían para alimentar a gran parte del virreinato.

Algunas veces Sofía pensaba en sus tíos y en Sebastián que ya deberían estar por arribar a España. La joven se preguntaba qué diría Óscar cuando descubriera que no había intrusos viviendo en su estancia. Tal vez se alegraría o bien se enfadaría por haber sido engañado para viajar al otro lado del mundo.

Aquella mañana Sofía estaba bordando un pañuelo sentada a la sombra de un rosal mientras que su madre cortaba algunas rosas para hacer un centro de mesa. Las mujeres observaron a un jinete que se acercaba. El recién llegado se detuvo ante Catalina y bajó del caballo para entregarle una carta. Ella leyó en silencio y sonrió.

—¡Buenas noticias, querida! ¡Tu prometido volverá en pocas semanas!
—gritó radiante la mujer dirigiéndose a Sofía.

La joven se puso pálida y sintió que su mundo se derrumbaba. Después de tanto tiempo no esperaba que Antony Van Ewen regresara. Quizás no había recibido la carta. No sabía qué haría si el inglés se presentaba en La Rosa para reclamar su mano.

Sofía se preguntó cómo reaccionaría su madre cuando se enterara de lo que había hecho. Esperaba que no fuera capaz de obligarla a desposarse con un hombre al que ya no amaba. Su primo jamás aceptaría que Van Ewen la apartara de su lado. Ella estaba convencida de que Diego encontraría la forma de ayudarla y que incluso estaría dispuesto a pelear por ella si era necesario.

Capítulo 46

Capítulo 46: Isabel

Isabel había invitado a desayunar a sus hermanas a Águila Calva. Colocó una manta con dulces y pasteles para disfrutar mientras observaban a los muchachos que estaban jugando al pato en los jardines. Isabel no entendía el atractivo de ese deporte tan brusco y se llevaba la mano a la boca cada vez que alguno estaba a punto de caerse del caballo.

—¡Así se hace! —le gritó Amanda a su marido cuando se acercó a Esteban y tomó con rudeza una de las cuatro manijas de la bolsa de cuero que contenía dentro un pato muerto.

Los muchachos tironeaban entre ellos y se balanceaban inestables sobre los lomos de sus caballos hasta que Pablo logró quedarse con la bolsa. Cuando la arrojó por un aro de metal, Amanda comenzó a vitorear su logro. Solo se detuvo cuando se reanudó el partido.

Aquel deporte sacaba la parte más salvaje de los hombres. Roberto y Pablo no dejaban de insultarse e Isabel esperaba que las rivalidades no acabaran en una pelea de verdad. Diego, por su parte, cabalgaba de un lado a otro del terreno, pero no parecía tener mucho interés en lastimarse solo por participar del juego.

—Es injusto que no me hayan dejado jugar. Estoy segura de que podría hacerlo mejor que ellos y Diego ni siquiera quiere estar ahí —protestó Amanda.

—¡Se ve peligroso! No es un juego para mujeres —dijo Sofía disfrutando de una porción de pastel de limón que ella misma había preparado.

—Roberto insiste en que si juegas bien, las posibilidades de caerte del caballo son muy bajas, pero que ni sueñe en que lo dejaré enseñarle a jugar al pato a Manuelito cuando crezca —aseguró Isabel.

—Parece divertido, pero Pablo va a perder si Diego sigue jugando así. Los Páez son buenos jinetes—comentó Amanda.

Roberto y Esteban ganaron el juego y si bien Isabel había temido que su esposo y Pablo se pelearan, por fortuna las rivalidades no trascendieron los límites del juego. Cuando el sol llegó al punto más alto, los cuatro hombres guardaron los caballos en los establos. Al regresar se veían sudorosos y adoloridos.

Diego tenía menos rasguños y golpes que sus compañeros, pero estaba sediento y acalorado. Cogió un vaso de agua y no dejó de beber hasta

terminarlo. Esteban se dejó caer exhausto y aceptó una galleta casera que Isabel le ofrecía.

—¡Deja eso! Ya mismo iré a preparar el asado —lo reprendió su hermano mayor que después de beber un poco de agua fresca se fue a encender el fuego.

Pablo vertió un poco de agua en su cabello con la jarra y luego se sentó junto a su esposa. Besó a Amanda en la mejilla y dijo:

—La próxima vez haré equipo contigo y aplastaremos a los Páez.

—¿Quién dijo que yo quiero hacer equipo contigo? Quizás Diego y yo seamos los que aplastemos a los Páez —dijo Amanda y le sacó la lengua a Pablo.

—Nadie puede contra nosotros. Aunque quizás me retire invicto, me duele cada músculo del cuerpo —replicó Esteban desde el suelo y se comió otra galleta que Isabel le ofrecía.

—No me gustó el juego, prefiero jugar al Truco —confesó Diego.

—Eso es porque ni siquiera te molestaste en empezar a jugar —se burló Pablo, mientras que Amanda y Esteban rieron.

Conversaron y bromearon hasta que Roberto terminó de preparar la carne y los llamó a almorzar.

—Adelántense. En cuando pueda moverme iré —dijo Esteban.

—¡Ay, cuñado! —exclamó Isabel y le tendió la mano para que pudiera levantarse.

Habían colocado la mesa en el exterior para disfrutar del estupendo día. Los sirvientes llevaron vino y ensaladas, pero fue Roberto quien se encargó de cortar y servir la carne que preparó a las brasas. Se veía deliciosa y todos aplaudieron al hombre antes de comenzar a comer.

—¿Estás bien? —le preguntó Roberto a su hermano dándole una fuerte palmada en la espalda.

El muchacho hizo una mueca de dolor y respondió:

—Mejor que nunca.

—La próxima vez tú y tu hermano no lo tendrán tan fácil —advirtió Pablo.

—Ya te dije que nadie le gana a los Páez. Quizás tengas una oportunidad jugando contra Manuelito, pero solo porque él es muy pequeño para entender el juego —replicó Esteban y todos rieron.

—¿Ya se enteraron de lo de Ana Bustamante? —preguntó Sofía y continuó hablando sin esperar a que alguien le respondiera—. Dicen que utilizó el dinero que su esposo le heredó para mudarse a la ciudad.

—Sí, lo supe. Creo que fue lo mejor. No tenía sentido que siguiera viviendo con sus hijastros. Me contó Mariano que su hermana menor y Ana peleaban todos los días. Desde que se marchó por fin la familia tiene algo de sosiego —comentó Esteban.

—Yo supe que el padre de Magdalena de Toledo y Rojas, aceptó su compromiso con Simón —comentó Isabel que no quería quedar al margen de la conversación.

Amanda observó a Pablo con cautela. Resultaba evidente que quería evaluar la reacción de su marido al enterarse de que la joven a la que había cortejado antes que a ella se iba a casar con un simple secretario. El criollo pareció notarlo porque alzó su copa y agregó:

—Me alegra mucho saberlo. Espero que sean muy felices juntos.

Su esposa sonrió complacida y alzó su copa, seguida por el resto de los presentes. Después de brindar, Pablo le dio un tierno beso en los labios. Amanda correspondió apenas sonrojada. Isabel se alegraba de que su hermana fuera feliz y de que se hubiera reconciliado con los miembros de la familia. Le encantaba participar de ese tipo de reuniones familiares en las que podían intercambiar información de lo que sucedía en el pueblo. En especial ahora que Manuelito se había acostumbrado a quedarse a solas con Dionisia y ya casi no lloraba cuando ella se alejaba por unas horas.

Era una pena que su madre no hubiera podido asistir. Doña Catalina había partido al alba para acompañar a la ciudad a la viuda de Hidalgo y no regresaría hasta el anochecer.

Cuando terminaron de comer y de compartir novedades. Esteban dijo:

—Con su permiso, ahora iré a morir sobre mi cama. Quiero decir... a dormir sobre mi cama.

Pablo y Roberto rieron.

—Entonces, si armamos otro partido de pato yo entraré en su lugar

—sugirió Amanda.

Diego y Roberto intercambiaron una mirada que reflejaba que no tenían planes de volver a jugar y mucho menos con la joven. Isabel no pudo evitar sentir algo de pena por su hermana.

—Estamos cansados, comimos mucho y nos duele demasiado todo el cuerpo como para sobrevivir a otro juego como el que tuvimos —explicó Pablo.

Amanda bajó la vista decepcionada y el muchacho se apresuró a agregar:

—Mañana podemos jugar en casa nosotros. Dame una noche de descanso para sobreponerme.

—Está bien, pero si te gano tendrás que posar para el cuadro del que te hablé —dijo ella y por algún motivo Pablo se sonrojó.

—Acepto, pero si yo gano... —comenzó a decir y terminó la frase en el oído de Amanda.

La pareja reparó en que todos los miraban. Incluso Esteban se había quedado escuchando de pie junto a su silla en vez de irse a descansar.

—Todo estaba delicioso —dijo Pablo intentando disimular su nerviosismo.

—Sí, la verdad es que sí. Fue un almuerzo estupendo —confirmó Amanda avergonzada.

Si bien a Isabel no le agradaba del todo el criollo, se alegraba de que por lo menos hiciera feliz a su hermana.

Capítulo 47

Capítulo 47: Sebastián

Sin sus amigos y su familia, Sebastián se sentía como si fuera un extranjero en su propia patria. La vida no era igual sin ellos, pero quedarse allí, en el virreinato, no hubiese sido una buena opción. Ahora podría empezar de nuevo en la tierra que lo vio nacer.

Su hogar y los campos estaban tal y como los recordaba. Cuando su madre abrió la puerta principal con cautela, el olor a encierro les dio la bienvenida y aunque una delgada capa de polvo lo cubría todo, parecía como si nunca se hubieran ido. Aun así, él había cambiado mucho en tan solo algunos años. Nunca olvidaría el tiempo pasado en Buenos Aires. La Rosa se había convertido en su hogar, mientras que la sala en la que estaba en ese momento se sentía familiar y distante al mismo tiempo.

Comenzó a recorrer su casa e ignoró los gritos de su padre que no entendía quién podía haber sido tan cruel como para hacerlos cruzar el océano por nada. Era evidente que no había rastros de nadie que hubiese vivido allí durante su ausencia. A pesar del mal trago que había pasado, Óscar parecía aliviado de no tener que recurrir a la fuerza para enfrentar a los intrusos. María Esther volvió a contratar a algunos de sus antiguos criados y en pocos días la estancia volvió a estar impecable.

Al tercer día de su regreso a España, alguien llamó a la puerta. No esperaban visitas porque aún estaban terminando de desempacar y de organizar sus cosas. Sebastián se sorprendió mucho cuando una de las criadas le comunicó que alguien esperaba por él. Era la persona con la que más temía encontrarse y al mismo tiempo en quien más había pensado mientras estaba en el barco.

—¡Adriana! —dijo Sebastián acercándose muy despacio.

Lucía tan hermosa como la última vez que estuvo entre sus brazos. Sobre su pecho caían salvajes sus bucles de un color rubio tan pálido que parecía blanco. Sebastián aguardó con cautela mientras sus ojos turquesas se llenaban de lágrimas al verlo.

—Siempre supe que regresarías —confesó ella y se secó la mejilla con el dorso de la mano.

—Lo siento —dijo aunque sabía que no era suficiente.

—Quiero que conozcas a alguien —agregó y se movió apenas.

Sebastián reparó en que una niña pequeña se escondía detrás del vestido de Adriana y sintió una opresión en el pecho. Se arrodilló para verla mejor. Era preciosa, tenía el mismo cabello rebelde y platinado de su madre, pero en sus ojos de color verde esmeralda estaba la prueba de que era una Pérez Esnaola.

—Lo siento —repitió él, porque no encontraba ninguna palabra que pudiera compensar sus acciones.

Durante su viaje de regreso a España, no dejaba de preguntarse qué había sucedido con Adriana una vez que él se marchó. Le alegraba saber que optara por conservar el fruto de su amor. Muchas mujeres morían si intentaban interrumpir su embarazo y muchas otras parían en secreto antes de entregar a su bebé. Por fortuna, no había sido así. Su pequeña estaba viva y lo observaba con timidez, asomada detrás del vestido de su madre.

—Te presento a Victoria, tu hija —añadió Adriana que intentaba contener las lágrimas.

Sebastián se preguntaba qué habría pasado con su familia. Tal vez sus padres la habían apoyado. Aunque tampoco la juzgaría si se hubiera casado con otro para que su hija tuviese un padre. Necesitaba saberlo todo sobre ellas, pero solo pudo decir:

—Lo siento.

—Eso ya lo dijiste.

—Lo sé, pero de verdad lo siento y lo siento mucho —dijo él poniéndose de pie para mirarla a los ojos.

—¿Qué es lo que sientes en verdad? ¿Sientes haberte ido sin avisar? ¿Sientes haberme dejado embarazada? —quiso saber la joven.

—Lo siento por todo eso —se apresuró a decir Sebastián.

—Fue muy difícil —agregó con un hilo de voz.

—Lo sé y lo siento —dijo y se acercó hasta que quedaron muy cerca.

—Ya deja de decir que lo sientes —replicó y golpeó su pecho, pero sin hacerle daño.

—No sé qué más puedo decir... Fui un completo idiota —dijo y la abrazó.

Adriana se puso a llorar en sus brazos. Era tan dulce y frágil que no podía creer que fuera él quien le había hecho tanto daño. Si no hubiera tenido

miedo y se hubiese casado con ella en cuanto quedó embarazada o incluso antes, no habría viajado al virreinato ni matado a un hombre. ¿Cuántas vidas podía ser capaz de destruir una sola persona?

—Una parte de mí siempre supo que regresarías. Nadie más lo creyó, pero yo sí y a pesar de todo no podía evitar extrañarte más que a nada en este mundo —confesó Adriana.

—También pensé mucho en ti. No sabía si estarías bien o si nuestro bebé habría nacido —dijo.

Ella se separó apenas y lo miró a los ojos. Su mirada era triste, inocente y pura, tan diferente a los ojos pícaros de Ana Bustamante a quien también creía haber amado.

—¿En serio? ¿Me extrañaste? —quiso saber.

—Sí —reconoció.

—¿Por qué no me dijiste que te ibas? —insistió y se alejó de él para alzar a la pequeña Victoria.

—No tuve el valor de hacerlo. Lo siento...

—¡Si dices que lo sientes una vez más me iré! — lo amenazó.

—No te vayas. Sentémonos en la sala y conversemos —le pidió suplicante.

Ella asintió y accedió a acompañarlo. Adriana siempre había sido una joven tan buena que parecía un ángel y a pesar del dolor que debía haber atravesado por su culpa, no estaba allí para juzgarlo. No había ningún rastro de odio ni de reproche en su mirada.

Se sentaron en el sofá y aunque Adriana acomodó a su hija sobre sus piernas, una caja labrada llamó la atención de la niña que se liberó de los brazos de su madre y se fue corriendo a jugar.

—¡No rompas nada! —dijo la joven.

—No pasa nada, déjala jugar. Me alegra mucho ver que estás bien... que ambas lo están —agregó Sebastián y acarició con ternura su mano.

Lo podría haber rechazado, pero no lo hizo.

—Cuando me dejaste y mi familia descubrió mi embarazo me llevaron con una curandera. Querían quitarme a mi bebé con unas hojas de perejil, pero no permití que nadie me tocara... —explicó Adriana y se estremeció

al recordar.

—¡Gracias a Dios, no les hicieron daño! —exclamó.

Besó la parte superior de su cabeza, la abrazó y no la soltó hasta que terminó de contar su historia.

—Mi padre estaba muy, muy enfadado. El mero hecho de verme le producía malestar... Me encerraron en un convento y de no haber sido por la buena voluntad de mi tía Marta me hubiera quedado allí para siempre.

—Lamento escuchar eso. No debí marcharme y no volveré a irme si me aceptas otra vez a tu lado. ¿Podrás perdonarme? —le pidió.

Adriana lo miró, se mordió apenas el labio y asintió:

—Creo que sería lindo que pudiéramos estar juntos después de tanto tiempo.

Él se acercó despacio y la besó. Fue un beso suave y tierno con el que sellaba la promesa de que no la volvería a dejar. Ya había causado suficiente daño y no quería que Adriana volviera a sufrir por él.

Un golpe sordo hizo que se separaran. María Esther observaba a la pequeña con los ojos muy abiertos por la sorpresa y a sus pies se encontraba la cacerola cuyo contenido se esparcía por todo el piso. Era evidente que había notado el parecido de la niña con su propia familia.

—Mamá, quiero que conozcas a Victoria, tu nieta. ¿Recuerdas a Adriana?

Capítulo 48

Capítulo 48: Amanda

Amanda agregó un poco de pintura blanca para otorgar mayor luminosidad al cuadro que estaba pintando. En el lienzo había quedado inmortalizado el cuerpo de Pablo, apenas cubierto en su parte más íntima por una fina tela blanquecina. Unas hermosas alas se desplegaban majestuosas tras su espalda y lo elevaban apenas unos centímetros de un turbulento mar.

Era su mejor obra hasta el momento, pero le había prometido a su esposo que no se la enseñaría a nadie. Una verdadera pena, puesto que el cuadro estaba quedando realmente bien y la figura de Pablo era perfecta. No entendía por qué la idea de que alguien lo viera como un apuesto ángel lo avergonzaba tanto. Algunas veces resultaba adorable y Amanda agradecía poder contar con él siempre que lo necesitaba. Incluso accedió a ayudarla en su proyecto de alfabetización cuando se lo pidió. También asistían juntos a las reuniones de los miércoles en la iglesia en las que discutían sobre libros, ideales y política. La compañía de Pablo hacía que fuera cada vez más sencillo poder cumplir la promesa de apartar al cura de sus pensamientos y de su corazón.

Alguien llamó a la puerta y Pablo desde la otra habitación se apresuró a decir:

—¡Yo abriré!

Amanda se limpió la pintura de las manos con un trapo y se asomó apenas por el pasillo para ver quien era. Pablo abrió la puerta y el corazón de Amanda dio un salto. No entendía qué estaba haciendo ella en Esperanza. Si su esposo pretendía escabullirse con la joven mientras estaba pintando, entonces no respondería por sus actos.

—¡Vete, no quiero problemas! —dijo Pablo e intentó cerrar la puerta.

Amanda exhaló el aire que había estado conteniendo. No era Pablo quien la había invitado.

—Espera, no es lo que crees —dijo Magdalena y frenó la puerta con la mano.

Amanda se preguntaba qué era lo que esa mujer pretendía al aparecerse en su casa así como así. ¿Acaso no le bastaba con haber intentado que acusaran de homicidio a Pablo y a Sebastián?

—¿Qué quieres? —preguntó Pablo bruscamente.

—Bueno, no sé si sabes, pero Simón y yo nos vamos a casar... —comenzó a decir, pero Pablo la interrumpió.

—Bien, me alegro por ustedes. Les enviaré un regalo. Ahora, vete antes de que te vea Amanda. No quiero problemas —insistió.

Magdalena se apresuró a entrar en la sala, para que Pablo no pudiera dejarla afuera. Amanda apretó los puños con fuerza. No le gustaba que Pablo le ocultara cosas y mucho menos si se trataba de algo relacionado con esa mujer.

—¡Es importante! ¿Podrías dejar de actuar como un idiota y escucharme? —dijo alzando la voz.

—Bien, bien, no grites —pidió él.

—De acuerdo. Sofía le hizo llegar una carta a Simón —comenzó a decir Magdalena y Amanda se acercó apenas para poder escuchar—. Era una carta para Antony Van Ewen y en cuanto supimos que él llegó a la ciudad, mi prometido se la alcanzó.

—No entiendo qué tiene que ver conmigo —dijo Pablo.

—Cuando Van Ewen leyó la carta se enfureció y comenzó a romper todo lo que tenía a su alrededor. Estuvo a punto de golpear a Simón aunque no era más que el mensajero.

—¿Qué decía la carta?

—Creo que la familia Pérez Esnaola disolvió el compromiso que él tenía con Sofía —explicó.

Amanda se acercó y cuando Magdalena reparó en ella retrocedió unos pasos.

—Disculpa, pero... ¿sabes qué es lo que piensa hacer el inglés? —interrogó Amanda.

Magdalena pareció relajarse, quizás pensara que iba a hacer una escena de celos por encontrarla conversando con su esposo.

—Dijo que no iba a dejar que nadie lo rechazara. Está furioso y Simón dice que es impredecible. Me asusta que pueda intentar herir a Sofía —explicó Magdalena.

—¿Por qué no fuiste a La Rosa a advertirle? —preguntó Pablo.

—Lo hice, pero Doña Catalina me insultó y dijo que por mi culpa se separó la familia. Me odia por lo que dije sobre Sebastián. Se negó a dejarme hablar con su hija y a escuchar lo que me enteré acerca de Van Ewen —dijo triste.

—No tiene sentido. Hace unos días visitamos a mi madre y comentó que había encargado algunas telas para el vestido de novia de Sofía. ¿Por qué las compraría para una boda que planeaba cancelar? —preguntó Amanda y Magdalena se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizás Sofía actuó a sus espaldas porque no quiere casarse con Van Ewen. Lo único que puedo decir es lo que me contó Simón y se veía muy preocupado.

—Es que todo es tan extraño... No sé si debería creer en ti. Desde pequeña, el sueño de mi hermana ha sido casarse con un hombre rico y guapo. Por donde se lo mire, Van Ewen parece ser el partido perfecto... —comenzó a decir Amanda y Pablo carraspeó—. Para Sofía o para las que gustan de los ingleses estirados, claro.

—No me crean si no quieren. Solo pensé en que debía avisarles. No me gustaría cargar con la muerte de Sofía en mi conciencia. Ustedes sabrán qué hacer —agregó Magdalena y salió de la vivienda.

Amanda la observó hasta que el conductor le abrió la puerta del carruaje en el que había llegado.

—¿Qué te parece si vamos a visitar a tu familia? —sugirió Pablo.

—Sí. Solo espérame un segundo, así me cambio.

Catalina se alegró mucho al verlos y le dio un gran abrazo a su hija a modo de saludo.

—¿Quieren que les prepare algo para merendar? —ofreció la mujer.

—No, gracias. Queríamos invitar a Diego y a Sofía a caminar cerca del arroyo —dijo Amanda y su madre pareció un poco decepcionada.

—¡Sofía! ¡Diego! ¡Tienen visitas! —gritó Catalina y unos segundos después los jóvenes se acercaron a saludar a la pareja.

Mientras los cuatro caminaban hacia el arroyo Amanda preguntó:

—¿Qué sabes de Antony?

Sofía dudó unos instantes antes de responder:

—Supe que está en la ciudad.

—¿Sigue en pie su compromiso?

Sofía y Diego intercambiaron una mirada de complicidad, pero ninguno respondió.

—¿Sabe mamá que intentaste romper con él? —continuó interrogando Amanda.

—No, pero quizás crea que Antony se arrepintió si es que nunca más aparece por aquí —dijo Sofía.

—Me temo que Van Ewen no estaría dispuesto a renunciar a ti y a tu dote con tanta facilidad —explicó Amanda.

—Bueno, pero tendrá que renunciar porque yo no lo amo... —dijo con la voz quebrada Sofía que estaba más pálida que nunca.

—¡El amor y el matrimonio no tienen nada que ver! —la reprendió Amanda. Le resultaba exasperante que su hermana fuera tan ingenua.

Pablo carraspeó.

—Es diferente con nosotros. Tú ni siquiera pediste mi dote —dijo Amanda suavizando el tono de su voz y colocando una mano en el brazo de su esposo.

—No voy a casarme con alguien que no amo. Si viene le explicaré que tendrá que olvidarse de mí —concluyó la joven.

—¡Bien dicho! —la apremió Pablo y Amanda suspiró.

—No digo que te cases con él, pero no creo que sea tan sencillo romper el compromiso —dijo Amanda, que aunque no quería ser pesimista, le preocupaba que su hermana pudiera salir lastimada o fuera a la cárcel.

Sofía no soportaría que su madre y todos en la familia la ignoraran de la misma forma que lo habían hecho con ella. De no haber sido por Pablo, su vida habría sido un infierno.

—Lo siento, enviarle una carta a Van Ewen fue mi idea —confesó Diego

que había estado en silencio hasta el momento.

—No te preocupes. Solo quisiste ayudar —dijo Sofía y acarició con ternura el brazo del muchacho.

Aquel gesto ayudó a que Amanda entendiera mejor el repentino desinterés de Sofía por Antony y por la boda. Era evidente que los jóvenes estaban enamorados. Rezó en silencio para que el inglés no les hiciera daño a ninguno de los dos.

Cuando llegaron a la orilla del arroyo Diego y Sofía se sentaron sobre una enorme piedra y Pablo se acomodó en el suelo con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol.

—Ven aquí —dijo el criollo y atrajo a su esposa de la mano suavemente.

Ella se sentó junto a él y dejó que la rodee por la espalda con un brazo.

—¿Cómo hicieron ustedes para casarse? —preguntó Diego.

Sofía tenía la mirada perdida en el agua.

—Nosotros conseguimos la autorización de doña Catalina, quizás por el título de condesa de mi tía abuela o tal vez porque no me interesaba cobrar el dinero de la dote. Puede que hayan preferido que Amanda fuera mi esposa a que siguiese viviendo en la iglesia. De no haber sido así, estoy seguro que no hubieran aceptado que uniese su vida a la de un simple criollo... —explicó Pablo con cierto dejo de melancolía en la voz.

—Algo que no es más que una tontería, puesto que Manuelito también es criollo, así como lo serán los hijos de todos nosotros —agregó Amanda y acarició con ternura la rodilla de su marido.

Capítulo 49

Capítulo 49: Diego

Pablo y Amanda visitaban La Rosa casi todos los días. Tal vez tenían tanto miedo del inglés como el mismísimo Diego. Sofía, por su parte, se asustaba y palidecía cada vez que alguien llamaba a la puerta. Ninguno había tenido el valor suficiente como para explicarle a Catalina lo que sucedía. Todos tenían la esperanza de que Antony Van Ewen se olvidara de su compromiso con Sofía.

El día en el que finalmente el inglés se presentó en La Rosa, era demasiado temprano como para que los Ferreira estuvieran de visita allí. Cuando llamaron a la puerta, Catalina se apresuró a atender. Diego y Sofía abandonaron el desayuno recién preparado para acercarse a ver de quién se trataba.

Al verlo allí de pie tan arrogante como siempre, Diego apretó los puños y sintió que todos sus músculos se tensaban. Detestaba a Antony Van Ewen más de lo que nunca había detestado a nadie. Aún conservaba las marcas en el cuerpo y en el alma por culpa de sus enfrentamientos. Tenía la cicatriz irregular de la sutura que Sofía le había hecho después de que uno de sus perros lo mordiera. Sus movimientos estaban limitados porque le dolían las costillas desde que Antony le había dado patadas en el fango y recordaba con un intenso odio cada indecoroso acercamiento entre el inglés y Sofía.

—Mi señora... —dijo Van Ewen y besó con cortesía la mano de Catalina.

—¡Qué dicha volver a verlo! —exclamó doña Catalina.

—Mi amada Sofía. La he extrañado con toda mi alma —dijo con su ridículo acento mirando a la joven que estaba tan pálida como la taza de leche que no había llegado a beber.

—¿No recibí mi carta? —aventuró Sofía con voz tenue y Antony hizo una mueca de dolor.

Catalina se veía confundida y cerró la puerta cuando el inglés comenzó a acercarse hasta Sofía. La joven retrocedió y Diego la siguió. No pensaba separarse de su prima. Quizás no fuera tan fuerte como para ganarle en una pelea, pero con un poco de suerte podría detenerlo el tiempo suficiente para que Sofía pudiera escapar. Estaba dispuesto a dejarse golpear una vez más si era para salvarla.

—Esperaba que no fuera más que una broma de mal gusto —dijo

arrastrando las erres.

—No, lo siento —dijo ella y retrocedió, pero se chocó contra la mesa.

Antony habló, pero esta vez mirando a Catalina:

—Imagínese mi desesperación al descubrir que el amor de mi vida cancelaba nuestro compromiso.

—¿Qué? ¡Debe haber un error! —exclamó Catalina atónita.

—Lo lamento mucho, pero como le escribí en la carta, ya no estoy enamorada de usted —explicó Sofía.

—¿Qué hiciste, querida? Me temo que yo no sabía nada. Mi hija no sabe lo que dice —se disculpó la mujer.

—¿Entonces la boda sigue en pie? —preguntó Antony.

—¡No! —dijeron Diego y Sofía al mismo tiempo.

—Por supuesto que sí. Estoy segura que la distancia entre ustedes confundió a mi hija, pero estoy convencida de que en cuanto se casen, recordará el profundo amor que se tenían —prometió Catalina y Antony asintió con la cabeza.

—¡No, no, eso no va a pasar porque no habrá ninguna boda! —gritó Sofía.

—¡No es tu decisión! —la reprendió su madre.

—Le devolveré las joyas. Si es por el dinero de mi dote, lo conseguiré. Solo díganme cuánto es —dijo desesperada y se quitó el anillo arrojándolo hacia la cara de Antony que lo atrapó con agilidad.

—Mi hija no hace más que decir incoherencias. Solo tienen que pasar un poco de tiempo juntos y volverá a ser un ángel —insistió Catalina nerviosa.

—La distancia hizo que te olvidaras de lo que sentías por mí, pero ya estoy aquí y no volveremos a separarnos. Te llevaré conmigo a todos mis viajes —Antony la sujetó de las muñecas y la abrazó con fuerza.

Diego notó como su prima temblaba en los brazos de aquel hombre tan alto y desagradable. Se veía demasiado frágil e indefensa entre los brazos del despreciable Van Ewen. Tenía que hacer algo para ayudarla. Cogió un

cuchillo de la mesa del desayuno y aunque su mano temblaba gritó:

—¡Suéltala! ¡No vuelvas a tocar a Sofía!

—¡Diego, baja el cuchillo ahora mismo! —le gritó su tía.

—Si no te marchas ahora y la dejas en paz, te denunciaré por ser un contrabandista y por vender secretos de la corona española a Inglaterra —lo amenazó.

La última parte de la afirmación no había sido más que una mera suposición, pero por la expresión de Antony, Diego confirmó que era verdad. El inglés soltó a Sofía que corrió a esconderse detrás de su primo.

—No puedes denunciarme o de lo contrario te arrestarán también a ti y a tus amigos. Todos movieron mercaderías para mí y aunque yo nunca trato de forma directa con mis compradores y proveedores, todos hablaron contigo, con tu hermano, con Ferreira, con los Páez y los Bustamante —explicó Van Ewen y se acercó a Diego que blandió el cuchillo de forma amenazante.

El inglés detuvo la mano del muchacho y la apretó con fuerza hasta que soltó el arma improvisada. Ahora era Antony quien la tenía en su poder y apoyaba el filo de forma amenazante sobre el cuello de Diego.

—¿Por qué mejor no intentamos tranquilizarnos y volvemos a hablar de esto dentro de unos días? —sugirió Catalina, pero Antony no tenía ninguna intención de apartarse de Diego.

Un gruñido hizo que el muchacho apartara la vista del enloquecido inglés y del arma que podría acabar con su vida en un abrir y cerrar de ojos. Alister III le enseñaba los dientes a Antony.

—¡Vete! —le ordenó el hombre, pero sus palabras no sirvieron más que para alterar al perro que comenzó a ladrar.

—¡Aléjate de Diego! —dijo con firmeza Sofía y Antony retrocedió mientras el perro se colocaba frente al muchacho sin perder de vista al inglés.

—¡Listo! ¡Ahora dile a tu perro que se vaya! —pidió.

—No puedo. Jamás lo entrenamos —reconoció la joven.

Alister III saltó sobre Antony Van Ewen y le apresó su brazo con la mandíbula. Diego hizo una mueca de dolor, pues sabía perfectamente el sufrimiento que aquello podía ocasionar. Antony y Alister se sumieron en una encarnizada lucha en la que el perro lo mordía y el inglés lo

apuñalaba.

—¡No! —gritó Sofía y abrazó a Diego llorando cuando Alister soltó un lastimero gemido y se desplomó sangrando sobre el piso.

Antony había ganado, pero también sangraba y sus mordidas se veían muy mal. Diego estaba seguro de que el inglés iba a necesitar puntadas y se llevó casi por instinto la mano hacia la cicatriz irregular de su brazo. Su prima jamás cerraría las heridas de Van Ewen como había hecho con él.

—¡Retírese ahora mismo! Luego le enviaremos las joyas que le dio a mi hija. No se vuelva a acercarse a esta familia o haremos que lo arresten —lo amenazó Catalina y Van Ewen se marchó tambaleándose.

Diego no sabía si en esas condiciones Antony podría llegar muy lejos, pero por lo menos en La Rosa nadie estaría dispuesto a cuidar de él. Un charco de sangre se extendía alrededor de Alister III que había dado su vida para defenderlos.

—¿Estas bien? —preguntó Diego separándose apenas para mirar a su prima que aún tenía las pupilas contraídas de terror.

—¡Creí que te mataría! —dijo ella colocando sus manos en las mejillas de Diego.

Doña Catalina se acercó a ellos y expresó:

—¡Lo siento mucho! Lamento haber intentado que te casaras con él. Nunca imaginé que podía ser capaz de comportarse de ese modo. Parecía tan correcto...

Sofía soltó a Diego para abrazar a su madre con fuerza.

—Ya se fue, mamá. Todo estará bien —dijo Sofía.

—Sí y no te preocupes. Te conseguiré otro pretendiente que esté a tu altura y no haya perdido la cordura. Ahora vayan tranquilos. Yo me encargaré de limpiar este desastre y luego enterraremos a Alister III. Este perro murió como un héroe —dijo la mujer y Sofía asintió.

Diego subió a su habitación y Sofía lo siguió. El joven formuló en voz alta la pregunta que más lo atormentaba:

—¿Crees que tu madre tenga un nuevo pretendiente para ti?

—Ay, Diego espero que no —se limitó a decir y se sentó sobre la cama.

—¿Estás bien? —le preguntó al tiempo que se arrodillaba en el piso frente a Sofía.

—No lo sé, es triste que Alister haya muerto así, pero me hace muy feliz que no te haya lastimado —dijo acariciando el cabello de Diego con ternura.

—Y yo estoy feliz de que Van Ewen se haya ido. Preferiría morir antes de que te aparten de mi lado —confesó él.

Sofía colocó una mano en la mejilla de Diego y él la retuvo allí con la suya.

Esa tarde Pablo y Amanda los acompañaron para enterrar a Alister III. Lo colocaron envuelto en una manta blanca en un pozo que Diego cavó junto a un rosal de flores rojas y aterciopeladas. Sofía dejó a su lado un par de zapatos, pues sabía que él amaba morderlos y de esta forma quizás su alma tuviera con qué jugar en el cielo.

Diego dio un pequeño discurso en el que le agradecía por haberle salvado la vida con tanto valor y luego todos dijeron algunas palabras de despedida. El último fue Pablo, que si bien no había llegado a conocer muy bien al perro, se sintió en la obligación de hablar porque todos lo hacían:

—Alister pudo ser, en apariencia, el tercero de su nombre, pero siempre ha sido único para todos nosotros.

Las palabras de Pablo, aunque acertadas, hicieron reír a Amanda que intentó disimular llevándose un pañuelo al rostro.

—Adiós —agregó por última vez Sofía y cortó una rosa que arrojó sobre el perro antes de que Diego y Pablo comenzaran a enterrarlo.

Algunos días más tarde, una pareja de campesinos encontró el cuerpo sin vida del inglés. Si bien unos bandidos hurtaron todas sus pertenencias, Simón lo reconoció. El doctor Medina aseguró que el hombre había sido atacado por algún perro salvaje. No llevaba el anillo de compromiso que Sofía le arrojó a la cara y eso preocupó de sobremanera a los Pérez Esnaola. Hacía muy poco que habían conseguido desvincular su apellido de la muerte de Bustamante. Lo último que la familia necesitaba era que comenzaran a investigarlos también por el fallecimiento de Antony Van Ewen.

Capítulo 50

Capítulo 50: Sofía

—¡Diego! ¡Sofía! ¡Vengan rápido! ¡Llegó una carta de Sebastián! —llamó Catalina desde el exterior.

Los jóvenes corrieron emocionados. Hacía mucho tiempo que no tenían noticias de su familia.

—¡Yo quiero leerla! —pidió Sofía emocionada.

—Muy bien, muy bien. Entremos y acompañemos las novedades con un poco de chocolate caliente —sugirió Catalina y le tendió la carta a Sofía que la tomó sonriendo.

Los tres caminaron por el sendero que conducía a la vivienda. Las rosas estaban más hermosas que nunca. Un resplandor cerca del lugar en donde habían enterrado a Alister III llamó la atención de Sofía. Se agachó para observar más de cerca el origen del brillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Diego deteniéndose a su lado.

—¡Mira! —dijo Sofía levantando su anillo de compromiso.

Lo más probable era que Antony Van Ewen lo hubiera dejado caer cuando se marchó de La Rosa aquel día.

—Es extraño encontrarlo después de tanto tiempo —reflexionó observando el anillo que su prima tenía entre los dedos.

Catalina también se acercó a ver.

—¡Gracias al cielo! No llegamos a enviarle las joyas y el anillo tampoco estaba en su poder cuando lo encontraron. Nadie sospechará nunca que fue Alister quien lo mató —dijo aliviada Catalina y colocó una mano en la espalda de su hija para que siguiera caminando.

Sofía se sentó en la mesa del comedor junto a su primo y esperó impaciente a que su madre regresara de la cocina con una bandeja con humeante chocolate y algunas galletas. Una vez que su madre se sentó Sofía comenzó a leer:

Amada familia, quiero contarles que mis padres y yo estamos muy bien. Mi padre duerme tranquilo al saber que nunca hubo intrusos en la estancia

y mi madre está encantada con su nieta. El destino me ha unido una vez más con Adriana quien estaba esperando a mi hija cuando partí hacia las colonias. Mi pequeña Victoria es la niña más hermosa que haya visto jamás. Estoy seguro de que cuando les llegue esta carta ya me habré unido en sagrado matrimonio con mi preciosa Adriana. No quiero que mi hija permanezca en condición de bastarda durante más tiempo...

Sofía leyó las siguientes hojas de la carta en la que Sebastián hablaba sobre los preparativos de la boda. Les contaba de las travesuras que hacía su hija y parecía orgulloso de que heredara su facilidad para meterse en problemas. Además, su primo dedicaba varios párrafos a contar como estaba cambiando España y hablaba con admiración de Napoleón Bonaparte, un militar francés cuya popularidad no dejaba de crecer.

—No puedo creer que ya soy tío y que Sebastián por fin haya decidido sentar cabeza —comentó Diego.

—Espero que puedan ser felices. Hablando de matrimonios, estaba pensando... quizás podrías acercarte a Mariano Bustamante. Es un buen muchacho, bastante atractivo y con la muerte de su padre se convirtió en el hombre más importante del pueblo —comentó Catalina observando a su hija.

Sofía buscó ayuda en los ojos de Diego quien se apresuró a decir:

—Pensé que... Me gustaría pedir la mano de Sofía, querida tía.

Sofía sonrió. Hacía tiempo que esperaba que Diego le propusiera matrimonio o que por lo menos intentara acercarse a ella de forma romántica. Se veía adorable con las mejillas sonrojadas.

—¡Ay, sobrino! Tienes casi la misma edad que Sofía, es mejor que en la pareja el hombre le lleve varios años a su esposa. Además, creo que una unión con los Bustamante sería beneficiosa para toda la familia —concluyó Catalina y se fue a la cocina.

Sofía tomó la mano de Diego debajo de la mesa y él la acarició con su pulgar. No permitiría que su madre la casara con Mariano ni con ningún otro candidato por más guapo y acaudalado que resultara. Tenía un plan que aunque podía resultar un poco arriesgado, iba a funcionar.

—No te preocupes, lo arreglaré —prometió Sofía al ver que su primo parecía triste.

Él la observó, pero ella se limitó a regalarle una encantadora sonrisa.

Aquella noche cuando todas las velas de La Rosa se apagaron, Sofía se escabulló hasta la habitación de Diego. Dormía tranquilo, apenas

iluminado por la tenue luz de la luna. Se acercó a él y se recostó a su lado. Solo una fina sábana lo cubría de la cintura para abajo y tenía el torso desnudo. Distinguió en su brazo la cicatriz de su costura y pensó que no había hecho un trabajo muy bueno. Recorrió con la yema del dedo aquellos lugares en los que la piel de su brazo se levantaba de forma irregular. Aunque sus caricias eran suaves, lo despertaron y Sofía se sobresaltó cuando él cogió su muñeca.

—¿Sofía? —preguntó con sorpresa.

—Sí —dijo sonrojada sintiendo como su corazón latía acelerado.

—¿Qué haces aquí? ¿Estoy soñando? —preguntó incorporándose un poco para apoyarse sobre sus codos.

La joven soltó una risita y le apartó con suavidad el cabello de la frente. Diego se veía muy lindo despeinado y confundido. No pudo evitar rozar sus labios con los suyos, pero se separó enseguida. El muchacho recorrió el brazo de Sofía con ternura y ella se estremeció al sentir sus caricias sobre la tela de su camisón.

—No creo que sea una buena idea que estés aquí —dijo casi en un susurro, aunque Sofía podía notar en sus ojos lo mucho que deseaba que se quedara allí.

Sofía lo besó y esta vez Diego correspondió. Los labios de Diego eran cálidos y suaves. Sofía supo que no quería volver a besar a nadie más por el resto de su vida. Estaba nerviosa, pero deseaba lo que iba a suceder con cada fibra de su ser. Además, su madre tendría que aceptar su matrimonio porque sería la única forma de salvar su honor.

—Te amo —le dijo Sofía al oído y lo abrazó muy fuerte.

—Yo también te amo. Siempre te amé y nunca dejaré de hacerlo —prometió.

Sofía se separó lo suficiente para poder quitarse el camisón por la cabeza. Observó con dulzura a Diego que la miraba sonrojado. Tomó la mano del muchacho y la acercó a ella. Él pareció reaccionar y comenzó a recorrer su figura. La apreciaba con una suavidad exquisita como si temiera hacerle daño.

Sofía apartó las sábanas que cubrían la desnudez del muchacho y se obligó a desviar la vista de allí. Se concentró en sus ojos que la miraban con un amor profundo y con tanto deseo que parecía que sus caricias ardían, pero de una forma agradable. Se colocó a horcajadas sobre él que se incorporó para estrecharla entre sus brazos. Sentía su piel cálida

rozando la suya y el deseo irrefrenable que despertaba en él.

Diego besó sus labios, su cuello y sus hombros; y recorrió su cuerpo con caricias que la hacían estremecer. Cuando la poseyó ahogó un gemido con un beso apasionado. En aquel momento su amor quedaría sellado para siempre. Nada ni nadie en la vida los iba a separar.

Él esperó a que sus cuerpos se acostumbraran el uno al otro sin dejar de besarla y acariciarla como si fuera la persona que más le importaba en todo el mundo. Unos segundos después, ella comenzó a moverse despacio guiada por los brazos de Diego que la hacían sentir en el cielo. Aquella noche hicieron el amor con el cuerpo y con el alma.

El amanecer los sorprendió abrazados y Sofía contempló el cielo teñido de ocre y lila en aquel momento único que parecía no tener tiempo. Podía sentir el pecho de Diego sobre su espalda y sus brazos rodeando su cuerpo de forma protectora. Él la besó en el hombro y sin prisas recorrió su brazo con los dedos. Un nuevo día comenzaba en La Rosa. Un día que marcaría el comienzo de su historia juntos y que dejaría atrapados en el recuerdo las vivencias que los llevaron hasta ese mágico instante en el que casi sin palabras se juraron su eterno amor.